



Tipo de documento: Tesis de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Comunicación y democracia en Crítica y utopía, una revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales: 1979-1989

Autores (en el caso de tesis y directores):

Victoria Cibeira

Mariano Zarowsky, tutor

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2020

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL



TESINA DE GRADO
COMUNICACIÓN Y DEMOCRACIA EN *CRÍTICA Y UTOPIA*,
UNA REVISTA DEL CONSEJO LATINOAMERICANO DE
CIENCIAS SOCIALES (1979-1989)

Victoria Cibeira

DNI: 36.726.916

cibeiravictoria@gmail.com

116-410-5639

Tutor: Mariano Zarowsky

Cibeira, Victoria

Comunicación y democracia en crítica y utopía, una revista del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales : 1979-1989 / Victoria Cibeira. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires. Carrera Ciencias de la Comunicación, 2020.

Libro digital, PDF/A

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-29-1850-1

1. Comunicación. 2. Democracia. 3. Medios de Comunicación Social. I. Título.
CDD 302.2

La Carrera de Ciencias de la Comunicación no se responsabiliza de las opiniones vertidas por los autores de los trabajos publicados, ni de los eventuales litigios derivados del uso indebido de las imágenes, testimonios o entrevistas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina (CC BY-NC-ND 2.5 AR)

A las nuevas generaciones:
Thiago, Luca y Tania.

Agradecimientos

Este trabajo concluye mi primer paso por la Universidad de Buenos Aires y el fin de un recorrido de 7 años por la Facultad de Ciencias Sociales, a quien estoy profundamente agradecida. Mi formación académica y personal no hubiera sido igual sin el apoyo de las personas que me acompañaron a lo largo de este camino.

Primero, sin dudas, a mi mamá Graciela y a mi papá Horacio, quienes siempre confiaron en mis decisiones. Mi paso por la universidad transformó por completo mi manera de pensar y entender el mundo que nos rodea y eso se lo debo a ellos, que me apoyaron e incentivaron durante toda mi formación.

Segundo, a mi tutor Mariano Zarowsky, de quien siento una profunda admiración. No sólo por su pasión por el conocimiento sino, también, por su entera predisposición, dedicación y respeto por el trabajo de sus estudiantes y colegas. Junto a él, quiero agradecer a todo su equipo de investigación, Adrián Pulleiro, Ariel Ídez, Emiliano Sánchez, Facundo Altamirano y Natalia Pastrini, quienes me permitieron participar de sus reuniones y me ayudaron a pensar los temas de mi tesina. Sus debates e intercambio de ideas me recordaron por qué elegí esta carrera.

Tercero, a todas aquellas personas que alguna vez me escucharon hablar de mi carrera y mi tesina, especialmente a mis amigos y amigas que, aunque no entiendan mucho qué es lo que estudio, siguen prestándome atención cada vez que intento explicar una teoría de comunicación.

Por último, a mi novio Hernán, por entender cuán importante fue para mí el paso por la universidad y ayudarme a creer en mi misma.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	4
Índice	5
INTRODUCCIÓN	6
CAPÍTULO I:	
Renovación en comunicación: Algunas perspectivas teóricas	13
CAPÍTULO II:	
<i>Crítica y Utopía en la escena latinoamericana: Intelectuales,</i>	
<i>Democracia y Ciencias Sociales</i>.....	21
2.1 El 79' en la génesis de <i>Crítica y Utopía</i>	21
2.2 Las condiciones sociales para la democracia.....	30
CAPÍTULO III:	
La comunicación como apuesta democrática.....	39
3.1 “Telemática y Sociedad”, el ingreso de <i>Crítica y Utopía</i> al análisis de la comunicación y la cultura	39
3.2 Política, cultura y comunicación: interrogantes de la transición democrática	45
3.3 Nuevas tecnologías de información: un acercamiento desde una perspectiva político-cultural	53
3.4 Democracia política y participación: construcción de una identidad nacional frente al poder transnacional	58
CAPÍTULO IV:	
Renovación identitaria de los intelectuales	63
4.1. Década del 80': Un debate en torno de la autonomía de la actividad intelectual.....	63
4.2. La redefinición del rol intelectual en <i>Crítica y Utopía</i>	67
4.3. El intelectual de la comunicación en el nuevo paradigma democrático	74
CONCLUSIÓN	86
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA	88
ANEXO.....	92

INTRODUCCIÓN

Objetivos e interrogantes

Valoradas como fuentes privilegiadas de intervención político intelectual, las revistas culturales nos muestran una entrada original al análisis de las principales preocupaciones de aquellas personas que participaron de la vida política y cultural de un país. Abordar este tipo de publicaciones significa ingresar en un espacio privilegiado para dar cuenta de los debates intelectuales de una época. En relación con las revistas culturales, Roxana Patiño señala que, al ser pensadas y estudiadas como espacio dinámico de circulación e intersección de discursos, su análisis se vuelve fundamental para la historia de las ideas y la historia intelectual, entre otros campos.¹ Esta perspectiva ubica a las revistas como “constructoras informales de genealogías y proyectos culturales”², en tanto permite estudiar el momento de emergencia de un imaginario cultural antes que el mismo se consolide como proyecto específico y adquiera identidad propia. En este sentido Beatriz Sarlo piensa las revistas como modalidades de intervención cultural en carácter de *bancos de prueba*, como instrumentos de la batalla cultural “donde se experimentan propuestas estéticas y posiciones ideológicas”³. Siguiendo esta línea de pensamiento, entendemos las revistas como espacios donde se construyen las dinámicas culturales de una época en particular. De acuerdo con la autora, es allí donde pueden verse “las marcas de la coyuntura en la que su actual pasado era presente”. Sin embargo, Sarlo afirma que si las

¹ Patiño, Roxana, “Introducción”, en *Revista Iberoamericana* Vol. LXX, Julio-Diciembre 2004, pág. 1.

² *Ibíd.*, pág. 2.

³ Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en *Le discours culturel dans les revues latino-américaines (1940-1970)*, *América-Cahiers du CRICCAL* N° 9/10, 1992, pág.10-11.

revistas “pierden su aura cuando su presente se convierte en pasado”, aún conservan “las pruebas de cómo se pensaba el futuro desde el presente”⁴. Escribe:

La sintaxis de una revista informa de la problemática que definió aquel presente. La historia de las vanguardias latinoamericanas podría hacerse a través de revistas; los procesos de modernización cultural tuvieron a las revistas como instrumento; los debates tienen su arena en las revistas.⁵

Así presentadas, en nuestro medio y desde los años noventa el estudio de las revistas han ido ganando un lugar como ventana de acercamiento al modo en que un colectivo intelectual piensa su intervención en la esfera pública, es decir, “como propuesta de reorganización de la tradición cultural”⁶. Durante el siglo XX, las revistas acompañaron las formaciones intelectuales provenientes de los sectores más innovadores de los campos culturales. Al permitir captar un sentido inmediato de la cultura en un momento dado, su interpretación se vuelve productiva para el estudio de la vida política, social y cultural: al mismo tiempo que informan sobre las costumbres intelectuales de un período, las revistas son lugar de expresión y organización de una multiplicidad de discursos o, como señala Sarlo, se convierten en “un mapa de las relaciones intelectuales, una red de comunicación entre la dimensión cultural y la política”.⁷

Nos interesamos por una época donde los estudios en comunicación se encontraban en pleno proceso de viraje teórico-conceptual. La crisis del marxismo se traducía en el abandono de arraigados postulados teóricos que concentraban sus esfuerzos en el análisis de la estructura de medios y la denuncia de los mecanismos de dominación ideológica. De la mano de la revalorización de las teorías gramscianas, comenzaron a ganar terreno aquellas ideas que situaban el problema de la cultura en las clases sociales y, de esta manera, reivindicaban el lugar del sujeto en el proceso comunicativo.

Nicolás Freibrun afirma que los primeros años de la década del ochenta conformaron un tiempo de la política que, “al articular un lenguaje y una semántica histórica determinada, brindaban un conjunto de significaciones conceptuales al proceso de

⁴ Sarlo, Beatriz, “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, *Op. Cit.*, págs. 10-11

⁵ *Ibíd.*, págs. 10-11.

⁶ *Ibíd.*, pág. 13.

⁷ *Ibíd.*, pág. 15.

transición”. Justamente en estos años, se construye “un tiempo teórico de la democracia”, en tanto concepto clave “de las transiciones políticas”⁸.

El término *democracia* no es ninguna novedad en el campo de las Ciencias Sociales; son sus usos los que se renovaban condensando un nuevo horizonte de expectativas. El concepto se volvió el prismático a través de cuál comprender el nuevo clima de época. En relación con los estudios en comunicación, se adscribía a la idea de que democratizar las comunicaciones contribuiría a poner en juego la multiplicidad de subjetividades que atraviesan lo social. Abandonadas las aspiraciones de revolución, la democracia se presentaba como una alternativa para pensar la comunicación como dimensión conflictiva de la cultura. De este modo, se otorgaba relevancia al análisis de la cultura como conformadora de presupuestos políticos e ideológicos.

Así pues, frente a la decadencia de las ideas articuladas en torno de la lucha armada y la revolución, *Crítica y Utopía* intentó sostener un discurso que acompañara el proceso de emergencia de un clima de ideas renovado en clave democrática y fomentara las nociones de institucionalización y defensa del régimen político democrático como paso fundamental para la transformación y renovación del ideario intelectual de la izquierda argentina.

La presente investigación tiene como objetivo general analizar, a partir del estudio de la revista *Crítica y Utopía* (1979-1989), el modo en que la reflexión teórico-política en el campo de los estudios en comunicación participó de un cambio de paradigma más amplio, que incluía la reflexión sobre una nueva función de la comunicación y la emergencia de un renovado modo de intervención intelectual, en el marco de la transición a la democracia en la Argentina.

Como objetivos específicos nos interesa, en primer lugar, contextualizar la revista dentro del marco de un debate de ideas que se estaba llevando a cabo en torno de la democracia. A partir de allí, poder observar las líneas de continuidad y ruptura sobre los lineamientos teóricos y las metodologías de análisis del campo de los estudios en comunicación respecto a los años de emergencia de este campo en las décadas del sesenta

⁸ Freibrun, Nicolás, *La reivindicación de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014, pág. XVI-XVII.

y setenta. En segundo lugar, intentaremos poner de relieve las relaciones que se establecían entre el surgimiento de un nuevo paradigma democrático y la reflexión teórico-política en comunicación y cultura, es decir, indagar las articulaciones entre comunicación, cultura y política. En tercer lugar, interrogar a la luz de los debates de la transición democrática, las tensiones identitarias de un determinado sector de la intelectualidad de la izquierda argentina, aquel que dedicó sus estudios al análisis de la comunicación y la cultura. Apuntamos, en suma, a contribuir al análisis de la emergencia de un renovado modo de intervención intelectual a partir del estudio específico del pensamiento sobre la comunicación, atravesado por la idea y la expectativa de lo democrático. Por tal motivo, se intentará aquí realizar un trabajo de investigación conceptual contextualizado por un momento histórico determinado.

Este trabajo sostiene que la revista *Crítica y Utopía* constituye una publicación representativa de un sector de la intelectualidad de la izquierda argentina durante la transición democrática. Allí se discutieron las ideas que contribuyeron a dar forma al advenimiento del paradigma democrático. En menor medida, pero no por ello algo menos significativo, desde esta impronta la revista expresó y aportó a un proceso de renovación y transformación de los estudios en comunicación en el país, en especial en su concepción de su relación con la cultura y la política. Es nuestra hipótesis que esta revista ejerció un papel importante en la afirmación del paradigma democrático a partir de la articulación de un lenguaje en torno de la democracia y la política, y que en sus páginas es posible rastrear las huellas de una trama donde se articulan y entrelazan la renovación teórica de los estudios en comunicación, la redefinición de las identidades intelectuales y la reflexión en torno a la democracia como régimen político.

El período de vida de la revista, que abarcó una década, permite explorar la representación de diferentes discursos que expresaron los conflictos que tuvieron lugar en las distintas etapas de la vida cultural argentina en los años ochenta. Sin embargo, en el presente trabajo, la revista no será estudiada de manera totalizadora: nos concentraremos en el análisis de los primeros 8 números que comprenden el período que se despliega entre los años 1979 y 1983, en tanto condensan los años en que tuvo una fuerte presencia el debate en torno al proceso de transición democrática en el país. Esta etapa se presenta

sumamente productiva para indagar acerca de la renovación teórica en materia de comunicación y cultura y su relación con la rearticulación de la identidad del intelectual y las representaciones sobre sus modos de intervenir en la esfera pública. A partir de estas consideraciones, las preguntas que guiarán nuestra investigación son: ¿Cómo se reflexionaba sobre comunicación a partir de la reafirmación del paradigma democrático? ¿Cuál es la dimensión que toma la cultura en este proceso y cómo se concibe su relación con la política? ¿De qué manera se renueva el análisis de los medios de comunicación? ¿Cuál es la relación de este clima de ideas con el fenómeno de institucionalización de la actividad intelectual? ¿De qué manera se ve afectada la representación del rol de los intelectuales por estos procesos? Nos interrogamos, en suma, sobre las complejas relaciones que en el período se tejieron entre la renovación conceptual en materia de comunicación y cultura, la emergencia de lo democrático como horizonte teórico-político y la redefinición de la identidad de los intelectuales. Si, es sabido, la década del 80' significó un momento crucial en la renovación teórica y política en los estudios en comunicación y cultura en América Latina⁹, nos interesa dar cuenta de la complejidad de este movimiento y de su inserción en un específico y conflictivo entramado cultural.

La elección de *Crítica y Utopía* se debe, en primer lugar, a que en sus páginas es posible analizar el desarrollo del proceso de instauración del paradigma democrático en los debates de la región, particularmente en la Argentina, durante la década del ochenta. Aunque es frecuentemente utilizada como fuente bibliográfica, pocos trabajos se han dedicado a su análisis en profundidad.¹⁰ *Crítica y Utopía* se autodefine como una revista de ciencias sociales y, por lo tanto, “un instrumento de difusión de conocimientos”. Se propone como una herramienta de elaboración, “en tanto insumo de otros conocimientos”,

⁹ Cecilia Lesgart afirma que entre los últimos años de la década del setenta y principios de la década del ochenta, la democracia se había convertido en un concepto clave que comenzaba a ocupar un lugar predominante en el vocabulario de las Ciencias Sociales regionales, “desplazando a términos que hasta allí le habían dado sentido al mundo teórico, académico y político”. Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Homo Sapiens, Santa Fe, 2003, pág. 67. En 1986, en su análisis sobre la información, la comunicación y la cultura, Armand Mattelart y Michèle Mattelart afirmaban que “en el transcurso de los últimos años”, la crisis de los paradigmas dominantes ha obligado a “buscar nuevas fuentes o a releer, de forma diferente, materiales ya conocidos, pero, sobre todo, a extender considerablemente su territorio”. Mattelart, Armand y Michelle, *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*, Éditions La Découverte, París, 1986, pág. 33.

¹⁰ Cecilia Lesgart la incluye dentro de su estudio, junto con las revistas *Controversia*, *Mexicana de Sociología* y *Socialismo y Participación*. Ver Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición democrática*, Homo Sapiens, Santa Fe, 2003.

pero, al mismo tiempo la revista pretende convertirse en “ámbito de discusión intelectual”.¹¹ En segundo lugar, en sus páginas podemos encontrar varios actores (Aníbal Ford, Héctor Schmucler y Oscar Landi, entre otros) que, por su peso y trayectoria en los estudios en comunicación, se vuelven significativos para poner de relieve un momento de redefinición del pensamiento en comunicación y cultura, en articulación con las ideas de transición y de democracia. Acordamos con la idea que entiende el uso de la palabra *transición* en tanto comprende un proceso de cambio gradual y paulatino, desde un lugar de partida hacia el estado que se desea alcanzar.¹² A lo largo de los años ochenta, la noción de transición le otorgó nuevos contenidos a la idea de democracia; su interacción le moduló un tipo de cambio político y acentuó los debates en torno a los posibles rumbos a tomar a partir de la salida de los regímenes autoritarios.

De acuerdo a nuestros objetivos, la tesina se estructura en tres capítulos. De acuerdo a nuestros objetivos, la tesina se estructura en cuatro capítulos. El primero capítulo intentará dar cuentas de las principales corrientes de ideas que se encontraban circulando respecto del campo de la comunicación y la cultura en los primeros años de la década del 80’.

El segundo capítulo estará dedicado a dar cuenta del clima de época en el cual emergió *Crítica y Utopía*, tomando en cuenta sus antecedentes y las trayectorias político-intelectuales de sus miembros más destacados. Se situará a *Crítica y Utopía* considerando el proyecto editorial dentro del marco de la institución del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. Se hará énfasis en el rol que jugaron las instituciones del conocimiento a fines de los años 70’ y en la década del 80’, como espacios de libre circulación e intercambio teórico, y como instrumento de fomento para la cooperación intelectual. En torno a la institucionalización de la actividad intelectual, se destacará aquellas voces que defendieron el papel desempeñado por las instituciones del conocimiento como lugares cruciales para el mantenimiento de una reflexión crítica en tiempos de políticas de silenciamiento y censura por parte de los gobiernos autoritarios. Se analizará a su vez, el desarrollo del concepto de democracia en el ideario intelectual de la

¹¹ *Crítica y Utopía* N°1, “Presentación”, 1979, pág. 12.

¹² Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición democrática*, Op. Cit., pág. 84.

izquierda como contrapartida a la idea de revolución. Finalmente, se introducirán las representaciones que del concepto se valen las principales voces de *Crítica y Utopía*.

El tercer capítulo tiene como objetivo principal aproximarse a las transformaciones teóricas en los estudios en comunicación en la Argentina en el período. Es clave para el análisis el contexto en el cual se desarrollaba dicha renovación conceptual en tanto el paradigma de la democracia política ponía en juego una determinada concepción de la relación entre la comunicación, la cultura y la política. Esto nos permitirá pensar un modo posible de la relación, al interior del paradigma democrático. Comenzamos entonces por describir brevemente la situación del campo intelectual a fines de la década del 70', haciendo especial énfasis en la experiencia de exilio en México y las huellas que éste imprimió en la intelectualidad de la región. Luego, nos enfocaremos en el análisis del número 7 de *Crítica y Utopía* dedicado en su conjunto a debatir sobre de las nuevas teorías y problemáticas en comunicación, en especial al análisis de la implementación de las tecnologías y el desarrollo de los procesos de transnacionalización de la comunicación. Este dossier es una clara muestra de la existencia de un campo de estudios en ascenso, con vistas a la delimitación de su espacio de intervención. En un momento histórico donde la definición de un proyecto nacional de cultura y de una identidad nacional se convertía en una demanda urgente, la dimensión cultural y comunicacional del análisis social se revelaba como factor crucial.

En el cuarto y último capítulo, a partir del análisis del modo en que la revista se concibe la función del intelectual, nos interesaremos en poner de relieve la relación de estas representaciones con la reflexión sobre la comunicación y la nueva función que se le atribuía a éstas en el marco del paradigma democrático. Apuntamos a interrogar la manera en que la reflexión en comunicación y la redefinición de su función a partir de los nuevos postulados democráticos influyeron en la configuración de un renovado modo de entender la intervención intelectual.

Si bien es evidente que hay una crisis real de una determinada concepción de lo que había que hacer con los medios, el problema de la democracia, renovado, entró ya de por sí a nuestro horizonte de época nacional, más allá de que lo querramos o no lo querramos.

Nicolás Casullo

CAPÍTULO I

Renovación en comunicación: Algunas perspectivas teóricas

Hacia principios de la década del 80', la cuestión democrática delimitaba la agenda teórica y política de la discusión en ciencias sociales. Democracia se convertía en el concepto paradigmático de un nuevo clima de época. En este contexto, la comunicación, como otras tantas disciplinas, sufrió una alteración en los cimientos de las teorías que la sustentaban, revisados a través del nuevo prisma de la democracia. Para muchos teóricos la comunicación representaba uno de los pilares de la red de relaciones entre sociedad, política y democracia. Entre ellos, se destacan las reflexiones de Nicolás Casullo¹ y de Sergio Caletti².

La crisis del marxismo tradicional no sólo significaba la ruptura con la idea de determinación directa entre base y superestructura. Lo que se encontraba en crisis era, además, el concepto mismo de ciencia. Los intelectuales fueron llamados a una suerte de olvido de las viejas concepciones teóricas y de ciertas abstracciones metodológicas. Aquí radicaba el quid de la cuestión: el viraje metodológico ya no podía concebir el proceso de conocimiento como una verdad que estaba allí y esperaba ser develada sino que, por el contrario, el conocimiento se posicionaba como un proceso en construcción. En el último número de la revista *Controversia*, de 1981, Casullo y Caletti publicaron un artículo donde,

¹ Nicolás Casullo, intelectual argentino ligado al pensamiento peronista de izquierda, se exilió a México en 1974. Allí, formó parte del grupo de argentinos que publicaron la revista *Controversia* (1979-1981), entre los que se destacan Jorge Tula, Oscar Terán, Héctor Schmucler, Juan Carlos Portantiero, Sergio Caletti y José Aricó entre otros. También participó de la revista *Comunicación y Cultura* (1973-1985).

² Sergio Caletti fue un teórico de la comunicación además de periodista y militante del peronismo de izquierda. Al igual que su amigo Nicolás Casullo, Caletti debió exiliarse primero a Italia y después a México durante el gobierno autoritario argentino. Durante su experiencia en el exilio, Caletti participó de la conformación de la revista *Controversia*, y años más tarde de la publicación *Comunicación y Cultura*.

luego de reconocer una crisis del pensamiento socialista-marxista, señalaban la importancia de “ayudar a promover lo que tal vez sea la única posibilidad de una sociedad distinta: aquella que sin modelos terminales reverenciados a priori, permita a todos, al pueblo, a nosotros como parte de él, construir nuevas formas con que el pueblo pueda hacer sus recorridos”³. En cierta manera, se trataba de la necesidad de revisarlo todo, incluso aquello que años anteriores había sido el sostén teórico de la izquierda intelectual.⁴ Quizás haya sido, agregaban Caletti y Casullo, “esta desacralización de la teoría el auténtico acto de perfil revolucionario que hace falta para pensar lo utópico”⁵.

Las publicaciones de Casullo se muestran reveladoras del viraje conceptual que experimentó el análisis comunicacional de la época. Luego de su regreso al país en 1983, Casullo publicó un libro titulado *Comunicación: la democracia difícil*, donde reunía las reflexiones presentadas en una serie de seminarios organizados por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) donde participaron periodistas, investigadores del campo de la comunicación y analistas de problemas político-culturales. En la presentación del libro, Casullo escribía que el tema de la democracia había pasado “a interesar en los estudios sobre comunicaciones, en tanto producción social y categoría conceptual a repensar política y teóricamente, en el marco de la crisis de las ideas comprometidas con los proyectos de transformación de las sociedades”⁶.

³ Caletti, Rubén y Casullo, Nicolás, “El socialismo que cayó del cielo”, en *Controversia* N° 14, México, 1981, pág. 7.

⁴ Al analizar los debates que tuvieron lugar entre los intelectuales de izquierda durante la experiencia en el exilio, Mariano Zarowsky sostiene que no es exagerado plantear que en los desarrollos teóricos de Casullo y Caletti se procesaba la crítica a la experiencia guerrillera al mismo tiempo que se descartaba la tradición marxista y socialista en su conjunto. Al analizar el alcance de algunos de los debates configurados en la experiencia del exilio Zarowsky sostiene que se tiene “la impresión de estar asistiendo a un umbral de época que reclamaba nuevos esquemas de entendimiento y frente al cual se percibía un vacío teórico”, donde se situaban como ejes claves el “balance en clave de reflexión autocrítica de las premisas que habían orientado la investigación en comunicación, la revisión crítica de las categorías teóricas desplegadas en los años sesenta y setenta” y por último, “la revalorización de la democracia en la comunicación y de la comunicación en tanto apuesta democrática”. De acuerdo con el autor, la revisión de las teorías marxistas y la puesta en valor de la democracia formal “formaban parte de una configuración de ideas desde la cual esta franja de intelectuales de la comunicación tramitaba experiencias biográficas, revisaba sus tradiciones de investigación y emprendía un proceso de reformulación epistémica que marcaría la agenda del campo durante las décadas siguientes”. Zarowsky, Mariano, *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*, Eudeba, Buenos Aires, 2017, págs. 145-150.

⁵ Caletti, Rubén y Casullo, Nicolás, *Op. Cit.*, págs. 9-10.

⁶ Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1985, pág. 18.

En efecto, la incorporación de la categoría de democracia al interior de la metodología de análisis comunicacional se inscribió dentro de un proceso de transformación teórico-conceptual. En las décadas del 60' y 70', la producción teórica comunicacional había alineado su perspectiva poniendo el acento en la denuncia de las estructuras de propiedad material de los medios de comunicación, de los grandes intereses mercantiles y en de la denuncia de su influencia en la dominación sociocultural. Categorizadas retrospectivamente como “teorías apocalípticas”, estos análisis se apoyaron principalmente en las teorías estructuralistas de Louis Althusser. Todas estas ideas se establecieron alrededor de un concepto clave: el de *ideología dominante*.⁷

En 1983, Sergio Caletti publicó un trabajo donde analizaba la relación entre las ciencias de la comunicación y los procesos de cambio social.⁸ Con el objetivo de proponer una nueva perspectiva teórica, Caletti argumentaba que una de las formas de vinculación entre teoría y cambio social había sido lo que él denominaba como *denuncismo*. Precisamente, el denuncismo se caracterizaba por poner el acento en el análisis de las bases materiales de propiedad y de poder de los medios de comunicación de masas. En esta perspectiva, la comunicación se establecía dentro unos parámetros rígidos y esquemáticos, asociando su mensaje de manera directa al comportamiento colectivo. Sin embargo, este paradigma se enfrentaba a duras críticas: fundamentalmente, no daba lugar al estudio del receptor como sujeto involucrado en el proceso de comunicación, es decir, al análisis de aquello que acontecía en la recepción del mensaje. Por el contrario, la comunicación se reducía a aquellos parámetros que la instituían en relación con el poder (medios de comunicación monopólicos, estructuras verticalistas, concentración de recursos) y, por lo tanto, era entendida desde una concepción exclusivamente economicista.

Durante mucho tiempo, la teoría crítica del campo de la comunicación se encontró dominada por la idea de determinación entre base y superestructura. Estos modos de interpretación desestimulaban el reconocimiento del estatuto específico de la conciencia subjetiva, de la cultura y de lo simbólico. Sin duda, la revalorización de las teorías de Antonio Gramsci a partir de la segunda mitad de la década del 70' constituyó un capítulo

⁷ Althusser, Louis, “Marxismo y Humanismo”, en *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1967, pág. 191.

⁸ Caletti, Sergio, “Reflexiones sobre teoría y cambio social, en *Comunicación y Cultura* N° 10, 1983.

importante en la renovación conceptual de la época, influyendo significativamente en la búsqueda de nuevas maneras de comprender las formas de producción cultural.⁹

Gramsci aportaba a los intelectuales un punto de vista sobre las condiciones de estructuración de los actores políticos y sociales. Recordemos que sus usos por ese entonces intentaban legitimar una idea de socialismo democrático desde una perspectiva hegemónica que quebrase la lógica de sumisión del pueblo frente al Estado y revalorice la multiplicidad de subjetividades al interior de la formación del poder político. Ubicado en estas claves, las ideas de Gramsci produjeron una ruptura con las concepciones románticas del fenómeno superestructural al situar el problema de la cultura en las relaciones entre clases sociales.¹⁰

Bajo la impronta gramsciana se condensaba en parte un modo de asumir algunos de los desafíos planteados en torno a la cuestión intelectual. Desde este punto de vista, era necesario fracturar el limitado concepto de comunicación que regía en el campo, el cual entendía a los medios sobre todo “en tanto poder”. La democratización de las comunicaciones, aseguraba Casullo, dejaba de ser una consigna más al interior del campo de la información para transformarse en uno de los debates claves de la década del 80’.¹¹ El autor argumentaba sobre las dificultades que oponían los paradigmas ideológicos para comprender el hecho democrático desde el plano comunicativo: los reduccionismos teóricos habían condensado una definición de comunicación que la comprendía como la mera circulación de significados producidos de acuerdo a los intereses de los dueños de los

⁹ En el campo de los estudios en comunicación, la relectura de Gramsci permitió, a partir del concepto de hegemonía, articular las relaciones de dominación y subordinación al interior de la cultura como relaciones vividas. De acuerdo con Armand y Michelle Mattelart, durante la década del 80’ el aporte de la teoría gramsciana logró poner en jaque las teorías estructuralistas. Los autores afirmaban que la noción de hegemonía tuvo una fuerte incidencia en lograr “romper con la idea de un poder vertical” y al mismo tiempo con “las corrientes de pensamiento que han limitado la cuestión de las culturas populares a las prácticas de los partidos “populares”. De esta manera, se comenzó a dar lugar a enfoques que intentaron revalorizar la cultura como espacio de resolución de conflictos políticos, planteando el interrogante de “la organización de la multiplicidad de actores sociales en la construcción de una hegemonía popular, definida no como una empresa de normalización de las diferencias, sino como una articulación de todas esas nuevas formas de conciencia que han surgido con los nuevos movimientos sociales”. Mattelart, Armand y Mattelart, Michelle, *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*, Op. Cit., págs. 86-87.

¹⁰ Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, pág. 347, y Lenarduzzi, Víctor, *Revista Comunicación y Cultura*, Eudeba, Buenos Aires, 1998, pág. 85

¹¹ Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*, Op. Cit., pág. 25.

medios. Por el contrario, la cuestión democrática comenzaba a inscribirse dentro de los estudios en comunicación en tanto categoría fundamental para debatir acerca de “una comprensión más ahiatada y crítica de la cultura conformadora de los presupuestos políticos, ideológicos y científicos”¹². La pregunta por la democratización de las comunicaciones fue la puerta de ingreso al análisis de la dimensión cultural como conflicto político e ideológico. En esta línea se puede leer un vocabulario que se haría muy popular en las narrativas de los intelectuales de izquierda: “comunicación democrática”, el reconocimiento de la “multiplicidad de las subjetividades” y de la “alternatividad comunicacional” con sus “actores sociales” participantes. A la perspectiva que entendía la comunicación desde las estructuras verticales del poder, la pasividad de las masas receptoras y la homogenización de contenidos, Casullo oponía la definición de una comunicación activa, horizontal tanto en su emisión como en su recepción, pluralizando la producción de sentidos sociales y fomentando la participación de la diversidad de actores sociales.

Desde las interpretaciones que reafirmaban la inviabilidad de la estrategia revolucionaria que había caracterizado el ideario intelectual de izquierda de las décadas del 60 y 70', la adecuación de la democracia al ideario de ideas socialistas se presentaba como un desafío teórico para los intelectuales. Esta tarea exigía un examen acerca del papel que había sido otorgado a la democracia política al interior del socialismo y a su vez, a la necesidad de desarticular su histórica vinculación con el paradigma liberal. La incorporación de la democracia significó, en los hechos, la defensa de la libertad individual y colectiva en tanto valor fundamental, libertad que “solo podía ser garantizada a través de la vigencia del Estado de derecho y de la democracia política entendidos, asimismo, como prerequisites indispensables para la construcción futura del socialismo”¹³. De esta manera, la comunicación ingresó como dimensión teórica fundamental, ya que habilitaba el estudio de la heterogeneidad de expresiones y la manifestación de la pluralidad de las disidencias que tenían lugar en la sociedad, como expresión crítica que garantizaría la democracia política. En efecto, en el análisis propuesto por Casullo la comunicación se revelaba como

¹² Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*, Óp. Cit., pág. 27.

¹³ Casco, José María, “El exilio intelectual en México”, en *Íconos*, N° 31, FLACSO, 2008, pág. 158.

contracara de las perspectivas que ponían el acento en la estructura de poder. Por el contrario, revalorizaba su función articuladora y mediadora de la diversidad social:

Como hecho colectivo y heterogéneo de producción de sentidos, la relación entre sujeto social productor y la comunicación como estructura en la cual dicho sujeto es actor, nos lleva directamente al tema democrático, como dimensión que genera a la comunicación y como dimensión alimentada por la comunicación. De esta forma, la comunicación, en tanto producción significativa inaugura el acontecimiento político y cultural, en tanto acontecimiento democrático.¹⁴

De acuerdo con esta perspectiva la comunicación se convertiría en uno de los planteos esenciales de la constitución de lo social y cultural de la política. Esto último afectó directamente el modelo de análisis comunicacional y el rol del sujeto en las interpretaciones teóricas: de una visión que entendía la recepción como un momento de pasividad pura, comenzó a circular una interpretación de la comunicación en tanto “producción permanente y abierta de sentidos desde el sujeto social y cultural activo”¹⁵. La revalorización de la democracia en relación a la producción comunicacional de sentidos, puso el acento en la política cultural como espacio de expresión de disidencias y resolución del conflicto social. Ya en 1982, Casullo escribía en *Comunicación y Cultura* sobre la imposibilidad de construir un concepto de comunicación distinto si este proyecto no pretendía tener en cuenta el contexto de democratización de la realidad nacional.¹⁶ Como queda de manifiesto, los contornos teórico-políticos del debate se estructuraron de acuerdo a una problemática precisa: no se trataba de encontrar nuevas alternativas para llevar a cabo la revolución; se trataba, antes bien, de pensar a la democracia como paradigma que habilitaba comprender la comunicación en tanto conflicto de cultura.¹⁷ No solo se encontraban en juego los postulados teóricos que durante años enmarcaron el análisis de los medios y su comunicación sino que, al mismo tiempo, la noción misma de intelectual estaba siendo puesta en cuestión: su posición en el campo y la valorización de su rol como actor político.

¹⁴ Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*, Óp. Cit., págs. 39-40.

¹⁵ *Ibíd.*, pág. 25.

¹⁶ Casullo, Nicolás, “Materiales sobre Polonia (Solidaridad y los medios de comunicación)”, en *Comunicación y Cultura* N°8, 1982, pág. 179.

¹⁷ Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*, Óp. Cit., pág. 18.

En líneas generales, es posible asegurar que durante estos años se preparó el terreno de discusión frente a la apertura democrática en la región. La inauguración de un nuevo gobierno democrático luego de una experiencia autoritaria fatídica fomentaba la instalación de una variedad de interrogantes en el campo intelectual dando forma a un debate que recién comenzaba a cobrar dimensión. Nos proponemos indagar en los capítulos que siguen de qué manera las intervenciones de *Crítica y Utopía* formaron parte de este debate y, más puntualmente, qué preguntas y perspectivas la ordenaron desde el campo específico de los estudios en comunicación.

CAPÍTULO II

Crítica y utopía en la escena latinoamericana: Intelectuales, Democracia y Ciencias Sociales

2.1 El 79' en la génesis de *Crítica y Utopía*

Cumplido el tercer año del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional, el año 1979 encontró a la Argentina atravesando la dictadura militar más feroz de toda su historia. En esta época, la maquinaria represiva del Estado se materializó a través de la instalación del miedo de la mano de políticas de silenciamiento y censura. Frente al debilitamiento del peronismo, el presidente Gral. Jorge Rafael Videla se afianzó en el poder a partir de las medidas de liberalización económica y flexibilización laboral, sumado a tres factores que marcaron el período sociocultural: censura mediática, persecución política y desestabilización económica. Este es el año en donde hizo su aparición en la escena cultural la revista *Crítica y Utopía, Latinoamericana de Ciencias Sociales*.

Crítica y Utopía vio la luz por primera vez en Argentina en septiembre de 1979. El director de la revista a lo largo de toda su publicación fue Francisco Delich, en colaboración de un consejo de redacción compuesto por figuras destacadas de las ciencias sociales latinoamericanas, a saber: Fernando Henrique Cardoso, Enzo Faletto, Jorge Graciarena, Nobert Lechner y José Luís Reyna. El proyecto editorial fue impulsado desde el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y al momento de la publicación de la revista Francisco Delich ocupaba el lugar de Secretario Ejecutivo de la institución. Su período a cargo de la Secretaría fue ininterrumpido desde 1976 hasta 1983 ya que, a partir de la asunción del presidente Raúl Alfonsín en octubre de ese mismo año, Delich abandonó su cargo para convertirse en el nuevo “Rector Normalizador” de la

Universidad de Buenos Aires. En cuanto a sus estudios, luego de graduarse como abogado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Córdoba, Delich realizó un postgrado en Economía y Sociología en la École des Hautes Études de la Universidad de París. Previo a la publicación de *Crítica y Utopía*, en 1965 Delich había participado del consejo de redacción de la revista *Pasado y Presente* (dos años después de la aparición de su número inicial en 1963) integrada, entre otros, por Héctor Schmucler, Oscar del Barco, Aníbal Arcondo y José Aricó. Su interés por la realidad sociopolítica nacional puede verse plasmado sus libros, ambos publicados en 1970: *Crisis y Protesta Social*, publicado por la editorial de la Universidad de Córdoba, donde Delich presentó un análisis del “Cordobazo”, y *Tierra y conciencia campesina en Tucumán*, publicado por Ediciones Signos¹, en el cual desarrolló la problemática social del norte argentino. Durante los años que se desempeñó como secretario ejecutivo en CLACSO bajo el gobierno autoritario argentino, Delich se caracterizó por impulsar numerosos programas de investigación en diversas áreas que funcionaron como espacios de contención para muchos intelectuales.² En su labor como intelectual, sus preocupaciones se enfocaron principalmente alrededor de las temáticas de la modernización y la democracia. De acuerdo al testimonio de Juan Russo, (con quien compartió como decano de la Facultad de Ciencias Sociales de San Juan la difícil tarea de normalizar la situación de las universidades públicas una vez finalizada la dictadura militar) “Crítica y Utopía fue una revista pionera en América Latina sobre temas de democracia”³. En efecto, su interés por las condiciones sociales de la democracia a instaurar en un futuro en América Latina puede considerarse de avanzada, si tenemos en cuenta que a fines de la década del 80’ las preocupaciones teóricas de la época se caracterizaban por el análisis de las rupturas del orden democrático antes que por su posible recuperación.

¹ En 1970, Aricó fundó junto con Héctor Schmucler, Santiago Funes, Juan Carlos Garavaglia y Enrique Tandeter la compañía Editorial Signos, que en 1971 se fusionaría con la rama argentina de la editorial Siglo XXI mexicana.

² Carlos Strasser recuerda a Francisco Delich como una figura que fomentó el crecimiento de las ciencias sociales en el país a la vez que “luchaba contra los regímenes militares, en pos de la democracia”. Strasser, Carlos, “Francisco José Delich (1937-2016)”, *Revista Uruguaya de Ciencia Política* Vol. 25 N°2, ICP, 2016, págs. 9-10.

³ Russo, Juan, “Pensar y hacer la democracia, sobre Francisco Delich”, en *Estudios* N° 36, Universidad Nacional de Córdoba, 2016, pág. 160.

En cuanto al consejo directivo de *Crítica y Utopía*, su núcleo provenía del campo de la sociología, sobre todo en los casos de Norbert Lechner, Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto. Norbert Lechner, nacido en 1939 en Alemania, fue investigador, politólogo y abogado. En 1971 llegó a Chile, donde hasta 1973 trabajó en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional de la Pontificia Universidad Católica, siendo uno de los primeros participantes de la Escuela de Sociología de esa casa de estudios. Años más tarde, entre 1988 y 1994, Lechner se convertiría en el director de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Chile. Precisamente en ese espacio de formación e intercambio entabló relación con Enzo Faletto. Desde 1958 Faletto participaba activamente en FLACSO, lugar donde realizó su Maestría en Sociología y participó del cuerpo docente. Uno de sus escritos más famosos, *Dependencia y Desarrollo en América Latina*, fue escrito con Fernando Henrique Cardoso, publicado en 1969 por Siglo XXI Editores. Este último autor, también participante como docente invitado de FLACSO, fue reconocido por sus años de militancia intelectual y como uno de los impulsores de la teoría de la dependencia en la década del 60’.

Dos son las referencias necesarias para comprender la conformación de este grupo intelectual y el surgimiento de la revista *Crítica y Utopía*: por un lado, la “Conferencia Regional sobre Condiciones Sociales de la Democracia” organizada por CLACSO en Costa Rica en el año 1978. Por otro lado, el rol fundamental de CLACSO como institución que dio marco a este proyecto a la vez que impulsó y respaldó su publicación.

Del 16 al 20 de octubre de 1978 tuvo lugar en San José de Costa Rica la “Conferencia Regional sobre las Condiciones Sociales de la Democracia”. La misma fue convocada y dirigida por Francisco Delich en conjunto con Enzo Faletto y Fernando Henrique Cardoso, con el apoyo económico de la UNESCO entre otros organismos internacionales. Dicha conferencia definió el inicio de un ciclo de encuentros académicos en los cuales la cuestión democrática se posicionó como eje central del debate. Para numerosos observadores, esta Conferencia marcó un punto clave en la definición de una agenda intelectual, académica y política en torno a las transiciones en América Latina. Es posible señalar este acontecimiento como punto de partida para la conformación del

consejo de redacción de *Crítica y Utopía*: los trabajos expuestos durante este encuentro conformaron los ejemplares 1 y 2 de la revista.

Aunque se trató de un proyecto cristalizado desde la institución CLACSO, las publicaciones de *Crítica y Utopía* tomaron un camino propio. El nombre de la revista reflejaba sus objetivos, expresados en su presentación. El punto de partida era claro: la práctica teórica intelectual latinoamericana debía “reformular críticamente sus propios proyectos”. A partir de allí, se definían dos problemas fundamentales de acuerdo a lo que el momento histórico demandaba. Por un lado, los problemas que suponían las posibles transiciones a regímenes democráticos (es interesante pensar que ya en 1979 la revista situaba la transición como eje central de debate), y por otro lado, el problema de las transformaciones sociales no deseadas y obligatoriamente aceptadas (en referencia a la instalación de los gobiernos de facto en la región) y la redefinición del modelo de sociedad a construir. Para lograr la conformación de este debate, el consejo directivo de la revista señalaba:

Se propone establecer los nudos críticos de las sociedades latinoamericanas para, a partir de ellos como única referencia, establecer el contexto adecuado para una discusión orgánica. Para ello acaso deberíamos comenzar por el examen atento de las paradojas de la región que pretendemos explicar y el vacío teórico que producen cuando la historia no se corresponde con las previsiones y expectativas de los referentes disponibles.⁴

Abandonando pretensiones de universalidad, *Crítica y Utopía* intentaba exponer aquellos nudos críticos que se encontraban en el análisis de las sociedades latinoamericanas, con el objetivo de establecer espacios de debate dentro del campo intelectual. Para ello, se debía comenzar por hacer un examen de las paradojas de la región y, en paralelo, del vacío teórico que las explicaciones disponibles producían al no poder dar cuenta de las coyunturas que el momento demandaba: “las urgencias teóricas de *Crítica y Utopía* no pueden ser otras que las urgencias prácticas de los pueblos”.⁵

Las publicaciones de *Crítica y Utopía* se repartieron a lo largo de una década. En efecto, se publicaron 12 números consecutivos entre 1979 y 1989 (al menos un ejemplar

⁴ *Crítica y Utopía*, “Presentación”, El Cid Editor, 1979, págs. 11-12.

⁵ *Ibíd.*, pág. 14.

por año), al que debe sumarse un número 13, confiscado en la imprenta por la dictadura militar en el año 1980, que nunca llegó a circular.⁶ Los ejemplares 1, 2 y 4⁷ fueron publicados a través de la editorial El Cid Editor, pero esta relación tuvo una vida corta ya que a partir del número cinco, la revista se presentó como “entidad editora Crítica y Utopía, sociedad civil sin fines de lucro en formación”. Sólo una de las publicaciones (Nº2) especificó el tiraje de la revista: 3.000 ejemplares. Sin embargo, puede asumirse que dicho volumen se incrementó con los años si tenemos en cuenta que a partir del número 7 la revista anunció en su última página que los interesados que no radiquen en la Argentina podrían acceder a los ejemplares de la revista sin necesidad de un envío especial. Así fue como a partir de 1982, para facilitar la adquisición de la revista en los países latinoamericanos, se consignó una lista de librerías e instituciones que disponían de ejemplares a la venta de manera permanente.⁸ A lo largo de sus doce números, *Crítica y Utopía* tuvo la particularidad de haber conservado su diseño de tapa: bajo la base de una forma rectangular —2,5 x 15— sus portadas mantuvieron siempre su misma estructura (de orden superior a inferior: título de la publicación, temáticas relevantes, autores participantes, nombre de la revista, imagen relacionada al título del ejemplar). La variable se pudo encontrar en los colores —verde, rojo, azul, amarillo...— y en la elección de la ilustración, siempre de autores distintos.⁹

En líneas generales, la revista presentó una organización clara y estable en todos sus números, tal como sucedió con las portadas. Se trató de una revista-libro, compuesta por 4 secciones: “Advertencia”, “Artículos”, “Dossier” y “Notas Críticas”. Algunos números sumaron secciones especiales como “Notas de Investigación”, “Mesa Redonda”, “Documentos”, “Biografías” y “Correo de Lectores”, pero las mismas aparecieron de manera esporádica. En un promedio de 200 páginas por número, la composición regular

⁶ Juan Russo recuerda que Francisco Delich le comentó que en la etapa final del gobierno militar argentino fue citado por un organismo policial. El objetivo fue intimidarlo para que cesara la publicación de la revista. Russo, Juan, “Pensar y hacer la democracia, sobre Francisco Delich”, *Op. Cit.*, pág. 161.

⁷ Ver anexo.

⁸ La primera lista incluía las ciudades de Santiago de Chile, Quito, Ciudad de México, Asunción y Lima. Pronto esta lista comenzó a expandirse para llegar también a Bogotá, Porto Alegre, Montevideo e inclusive Roma y Génova.

⁹ Ver Anexo.

fue de 6 artículos por ejemplar, 2 notas críticas y al menos 1 artículo por dossier¹⁰. “Advertencia” es el nombre que la publicación eligió para lo que habitualmente se denomina “Presentación”. Al comienzo de cada ejemplar, esta sección informaba a los lectores en unas pocas líneas las temáticas que se iban a exponer en debate y además se especificaban los nombres de las conferencias en caso de que algunos artículos hayan sido objeto de exposición en algún evento previo.

La mayoría de los trabajos expuestos en las publicaciones, a excepción de aquellos artículos extraídos de libros ya publicados, son transcripciones de exposiciones en gran medida organizados bajo la dirección del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Fundado en octubre de 1967, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) se definió a sí mismo como una institución no gubernamental con estatuto consultivo de la UNESCO, creada y formada por centros de investigación en ciencias sociales de la región¹¹. Hacia 1980, definió entre sus objetivos fundamentales servir de instrumento para el pleno desarrollo de sus centros miembros y estimular la cooperación y comunicación entre los mismos. Para la realización de esta tarea, la institución se especializó en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, especialmente en lo que hace a la investigación teórica y aplicada, aspirando a contribuir significativamente a la elaboración de una interpretación latinoamericana de los problemas de la región y el mundo.¹²

¹⁰ Entre otras características, se puede destacar que *Crítica y Utopía* fue una publicación en blanco y negro, sin ilustraciones más que un dibujo al comienzo de cada sección. En la contratapa de cada número aparecía el índice del contenido.

¹¹ Al momento de su conformación, Aldo Ferrer asumió como primer Secretario Ejecutivo del Consejo, cargo que desempeñó por dos años hasta 1969. Sus sucesores fueron Enrique Oteiza en el período que comprende los años 1969-1975, para luego dar lugar a la asunción de Francisco Delich hasta 1983, como ya hemos señalado.

¹² En el año 1980, las actividades principales del Consejo se encontraban canalizadas a través de siete programas: 1) Comisiones y Grupos de trabajo, es decir, foros de discusión sobre temas considerados relevantes para la región, cuya base son investigaciones realizadas o en curso; 2) Becas de investigación fomentadas a través de subsidios anuales para investigadores; 3) Postgrados en ciencias sociales, apoyando actividades de perfeccionamiento para graduados latinoamericanos realizados por instituciones de la región, mediante becas de estudio y profesores visitantes; 4) Asistencia académica individual; 5) Asistencia a grupos académicos, destinados a atender necesidades de financiación de investigadores individuales con dificultades de orden laboral; 6) Estudios e investigación sobre las sociedades avanzadas, promoviendo el estudio de las sociedades desarrolladas, incentivando cooperación regional, y por último, 7) Difusión de los resultados de otros programas, publicaciones y actividades del consejo. *David y Goliath* N°38-39, “¿Qué es CLACSO?”, CLACSO, 1980, pág.34.

Además de organizar seminarios y congresos, CLACSO facilitó el intercambio académico, la gestión de becas, la publicación de textos y la cooperación entre los centros e institutos de investigación más representativos de América Latina. La llegada de Francisco Delich a la Secretaría Ejecutiva en 1976 marcó el inicio de un nuevo rol de la institución. La conformación de grupos de trabajo y/o discusión que se organizaron a partir de sus nuevas directivas convirtieron a CLACSO en “un espacio propicio para la circulación de la comunicación intelectual a través de América Latina y de ésta con el resto del mundo académico, albergando, propiciando y patrocinando el trabajo de intelectuales de diversas tendencias teóricas y de trayectorias heterogéneas”¹³. Durante los años de instalación de las dictaduras militares latinoamericanas, CLACSO cumplió un rol importante en la generación de programas de solidaridad y defensa de los científicos sociales de la región. Según José Casco, los intelectuales que habían sido “víctimas de la represión académica”, encontraron en la institución un espacio para la libre circulación de ideas e intercambio académico entre los centros de estudio más importantes de la región.¹⁴

Estos espacios de discusión y producción fueron heterogéneos, albergaron a intelectuales de diversas perspectivas y posicionamientos tanto teóricos como políticos. En un momento de repliegue de la actividad intelectual en las universidades nacionales y de proscripción de los partidos políticos, este tipo de centros de investigación cumplieron un rol político e intelectual significativo ya que, como hemos mencionado, permitieron la continuación del trabajo académico y la generación de debate e intercambio sobre la situación política.¹⁵ Dentro de este marco institucional es donde la revista *Crítica y Utopía* surgió como una publicación estrechamente ligada a los científicos sociales que conformaron las comisiones y grupos de trabajo de CLACSO, que se orientó a consolidar lazos y espacios de intercambio entre los académicos de la región.

¹³ Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Homo Sapiens, Santa Fe, 2003, pág. 74.

¹⁴ Casco, José María, “El exilio intelectual en México”, en *Íconos*, N°31, FLACSO, 2008, pág. 153

¹⁵ Señalada la importancia de CLACSO en el ámbito académico, cabe destacar que ella no fue la única institución que actuó como refugio para los científicos sociales del período, sino que, por el contrario, formó parte de un grupo extenso. Podemos situar a nivel nacional al Centro de Estudios de Estados y Sociedad (CEDES) y el Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración (CISEA) en Argentina; el Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE) en Chile; el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) en Uruguay y el Programa de Post-graduación en Sociología Política (Iuperj) en Brasil. A nivel regional, sumamos a la par de CLACSO a la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), otra institución de importante presencia en la región durante este período. Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Op. Cit., pág. 75.

Como ya fue mencionado, buena parte de los números de la revista *Crítica y Utopía* corresponden a publicaciones de seminarios y/o congresos organizados por CLACSO. Muchos de ellos son transcripciones de las exposiciones orales o bien, una continuación y/o ampliación de los debates planteados en los eventos. Dichas reuniones académicas se organizaron a nivel regional y su convocatoria atraía a intelectuales de toda Latinoamérica. Tal es así que estos encuentros se caracterizaron por presentar discusiones acerca de temáticas comunes a lo largo de todo el continente. El conjunto de estas reuniones se reveló productivo en cuanto se fomentó “el intercambio y el debate de ideas entre intelectuales de diversas tendencias teóricas que reflexionaron sobre la problemática del autoritarismo, la democracia, el papel de la izquierda, las nuevas tendencias teóricas y políticas del socialismo europeo, entre otras”¹⁶. La persecución política, la intervención en universidades públicas, la expulsión de académicos, la censura mediática y las restricciones a las publicaciones libradas por las dictaduras militares impulsaron a muchos intelectuales a abandonar sus países de origen en búsqueda de refugio en países vecinos. El trabajo de los científicos sociales que las organizaciones nacionales no pudieron contener, se desplazó hacia espacios que se configuraron por fuera de las fronteras nacionales. Muchos de ellos optaron por exiliarse en México debido a una serie de factores políticos, económicos y culturales que contribuyeron a colocarlo como el país más atractivo para los desterrados.¹⁷ Los exiliados denunciaron las atroces violaciones a los derechos humanos que se estaban llevando a cabo en sus países de origen. Finalizada la primera etapa de denuncia, asumieron que debían hacer algo más: fue así como comenzaron a formar parte de instituciones y proyectos locales para, de esta manera, continuar su producción crítica y teórica.

Mucho se ha escrito ya sobre la gran productividad reflexiva del exilio sudamericano en México y no es nuestra intención ahondar más en ello. Lo que nos

¹⁶ Casco, José, “El exilio intelectual en México”, *Op. Cit.*, pág. 152.

¹⁷ Tanto José Casco como Raúl Burgos hacen referencia a México como destino preferencial que abrió las puertas a los exiliados políticos de diversas tendencias. Este hecho se vio motivado por factores políticos, en tanto el proceso de democratización en México produjo en 1976, una revitalización de la actividad política. A esto se le sumó el factor del florecimiento económico como consecuencia del boom del petróleo mexicano. La abundancia en recursos tuvo un impacto considerable en el financiamiento de investigaciones científicas y el desarrollo de instituciones educativas. Casco, José, *Ibid.*, pág. 150 y Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, págs. 231-234.

interesa señalar es que estas circunstancias favorecieron el intercambio de ideas y experiencias políticas entre agentes de distintas latitudes (norteamericanos, europeos, latinoamericanos). De acuerdo a Norbert Lechner, protagonista del proceso, este fenómeno no solamente estimulaba la circulación internacional de los intelectuales sino también la apertura teórica, el trabajo en los centros privados y la multiplicación de grupos de trabajos, que facilitaron y fomentaron el desarrollo de producciones teóricas. Según Lechner:

A mediados de los 70 comienzan a multiplicarse los seminarios regionales y, a iniciativa de CLACSO, grupos de trabajo regionales, configurándose una especie de universidad itinerante que reemplaza los claustros vigilados. Esta transnacionalización disminuye el provincialismo y facilita la renovación de un pensamiento político relativamente autónomo de las estructuras partidistas en cada país.¹⁸

De acuerdo con el autor, la producción teórica se caracterizaba por el uso de un vocabulario común centrado alrededor del concepto de *democracia política* y de las teorías de la transición.

Algunos autores como Cecilia Lesgart subrayaron la importancia de las instituciones gestadas por fuera del Estado en tanto fueron cruciales para “el mantenimiento y ejercicio de una reflexión crítica, una producción teórica disidente y/o alternativa frente a los temas de investigación que promueven los autoritarismos”¹⁹. Otros autores como Kim Park, por el contrario, realizaron fuertes críticas a los intelectuales de izquierda que se agruparon en instituciones privadas. Acusados de gestar una “institucionalización conservadora de las ciencias sociales”, Kim Park limitaba su examen a la denuncia de la “deserción” de los intelectuales de lo que denominó “la izquierda renovada” quienes, a su juicio, permitieron la imposición de ciertas temáticas en la agenda teórica por parte de “fundaciones internacionales”. En efecto, la revista *Crítica y Utopía*

¹⁸ Lechner, Norbert, *De la revolución a la democracia. Los patios interiores de la democracia*, Subjetividad y Política, Chile, FCE, 1988, pág. 29

¹⁹ Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Óp. Cit., pág. 73.

fue señalada por el autor como punto de referencia obligada sobre la ideología de “la izquierda renovada”²⁰.

Dejando de lado la valoración, lo cierto es que *Crítica y Utopía* fue un claro resultado de este fenómeno. Se posicionó como un espacio de discusión crítica que fomentó el intercambio alrededor de ciertos tópicos específicos entre intelectuales de distintas latitudes. La revista era, en ese sentido, una acumulación productiva de experiencias y perspectivas políticas. Más que poseer un perfil denunciista, la revista se presentaba como una plataforma que concentraba sus esfuerzos en poner de relieve el debate acerca de la superación de las dictaduras y el autoritarismo, y el problema de la participación política y social, analizado bajo el prisma de la democracia; más que la simple enumeración de las monstruosidades de los gobiernos dictatoriales locales, la publicación buscaba constituirse como un espacio amplio y plural que indague en la producción y reflexión sobre los fenómenos que atravesaban la región.

2.2 Las condiciones sociales para la democracia

Son muchos los autores que coinciden en que a partir de la década del 80’ la *democracia* se convirtió en el concepto paradigmático por excelencia que atravesó todo el espectro de la teoría política²¹. De tal manera, es preciso cuestionarse cuáles son las razones para que un concepto tan antiguo como lo es el de democracia adquiriera tal relevancia para estos intelectuales y cuáles fueron los sentidos que este concepto condensó en este momento histórico.

²⁰ El trabajo de Park, Kim, *Pensamiento renovador de la izquierda latinoamericana en el contexto neoliberal*, es citado en Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Óp. Cit., págs. 239-244.

²¹ De acuerdo con Nicolás Freibrun, “es «democracia» la palabra clave que deviene en concepto articulando de forma dominante el universo intelectual”. Freibrun, Nicolás, *La reinención de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014, pág. 6. Raúl Burgos afirma que “un descubrimiento teórico y político particular fue determinante, constituyéndose en eje de reflexión, matriz teórico-política y leitmotiv de toda experiencia colectiva: el papel central de la democracia política en el proceso de transformación de la sociedad”. Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Óp. Cit., pág. 303. Para Cecilia Lesgart “la democracia (...) se constituyó en un término que ordenó las discusiones político-ideológicas de una época”. Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Óp. Cit., pág. 17.

Si bien democracia no era una palabra nueva en el vocabulario de la izquierda intelectual, sus usos y significados se alteraron bajo la influencia del contexto histórico-social. Son los conceptos los que pueden aproximarnos hacia una comprensión de las representaciones colectivas en un momento preciso de la historia. Un aspecto fundamental del análisis es la capacidad de poder criticar y poner en duda el supuesto carácter permanente de los significados: es imprescindible comprender que todo concepto tiene lugar en una red de acciones, instituciones y significados políticos. La cuestión central radica en el cruce de acentos que mantienen al concepto vivo, siendo la lucha por la imposición de su acentuación, su propiedad constitutiva. Ernesto Laclau realizó una teoría sobre las propiedades de los significantes y su significación variable. Según el autor, todos los significantes son tanto flotantes como vacíos, es decir que su significación, antes que establecida de antemano de una vez y para siempre, se encuentra en constante variación. Lo que denominamos “realidad”, sostiene el autor, es lo que se construye discursivamente ya que no hay un sentido primero de la significación. Esta manera de analizar las transformaciones lleva a interpretar el sentido de los significantes como procesos de articulaciones en constante oscilación. La ilusión de totalidad es, en verdad, sostiene Laclau haciendo eje en la teoría gramsciana, el resultado de procesos hegemónicos que provocan que un sentido se naturalice y funcione en una sociedad por un tiempo determinado:

Un signifiante como “democracia” es esencialmente ambiguo en razón de la amplitud de su circulación política: adquiere uno de sus posibles sentidos en la medida que va articulado equivalencialmente a “antifascismo”, y otro totalmente distinto si la equivalencia se establece con “anticomunismo”. Hegemonizar un contenido equivaldría, por consiguiente, a fijar su significación en torno de un punto nodal.²²

Tradicionalmente, el concepto de democracia fue utilizado por los intelectuales de izquierda en un plano meramente instrumentalista: mucho más una táctica para acceder a un fin que un objetivo en sí mismo. Articulada en equivalencia con el liberalismo burgués, la vieja y clásica división entre *democracia formal* (o peyorativamente hablando,

²² Laclau, Ernesto, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1993, págs. 44-45.

“burguesa”) y *democracia sustantiva* (o democracia socialista) hacía imposible el deseo de una aspiración democrática institucional como meta a alcanzar.

Según Norbert Lechner, en la década del 80' la democracia reemplazó a la revolución como eje articulador de la discusión latinoamericana²³. La experiencia autoritaria había marcado a fuego a un grupo de intelectuales que comenzaban a poner en cuestión ciertas representaciones teóricas bien arraigadas, lo que generaba las condiciones para la emergencia de una nueva idea de cambio político. Al par de opuestos Autoritarismo/Revolución, se le presentó una fórmula renovada, configurada dentro del marco de una revalorización positiva de las instituciones: Autoritarismo/Democracia. Que el vocablo “revolución” fuera reemplazado por “democracia” no era un dato menor: desde la revisión del pasado bajo el sentimiento de fracaso o derrota del proyecto socialista revolucionario, la formulación de la democracia funcionó durante esos años como una estrategia por la cual la crítica al pasado revelaba las tareas intelectuales del presente. Así lo recordaba Juan Carlos Portantiero reflexionando sobre su experiencia de exilio en México, al señalar dos cuestiones fundamentales de ese momento: “la reflexión sobre la crisis del marxismo y la revalorización de la relación entre democracia y socialismo”.²⁴

El primer acercamiento analítico hacia la temática de la democracia se realizó desde la reflexión sobre las condiciones sociales necesarias para su posibilidad, es decir, sobre los prerequisites necesarios para su despliegue y estabilidad. Los análisis giraron en torno a las determinaciones sociales, culturales y, especialmente, sobre el componente económico, fundamental para su implementación y estabilización como régimen. Sin embargo, como señaló Cecilia Lesgart, esta perspectiva analítica prontamente se desvinculó del curso de acción de los intelectuales: concebida como *variable dependiente* de factores económicos y socioculturales, su análisis se desplazó a su interpretación como *variable independiente*.²⁵ Esta modificación hacía referencia al giro conceptual que encauzaba el análisis de la democracia como una instancia específicamente política, es decir que, aunque no perdía su relación con el campo de las fuerzas sociales, la democracia

²³ Lechner, Norbert, *De la revolución a la democracia*, Op. Cit., pág. 24.

²⁴ Portantiero, Juan Carlos, declaraciones en "La última entrevista a José M. Aricó", en *Estudios* N°5, Córdoba, CEA, 1995, pág. 65.

²⁵ Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Op. Cit., pág. 83.

se convirtió en un concepto a estudiar por sí mismo, independiente del desarrollo de la dimensión económica, social y cultural.

Los interrogantes que guiaron los cuestionamientos del período fueron principalmente, cómo construir una sociedad democrática luego de un pasado marcado por el autoritarismo, cómo dar cuenta de la complejidad de los procesos de transición democrática y cuáles son las herramientas teóricas que posibilitarían poner en cuestión este denso entramado histórico. La revista *Crítica y Utopía* no se mantuvo ajena a estas problemáticas, incorporando en sus índices una vasta y variada producción analítica. En efecto, la revista hizo su aparición en escena titulando sus tres primeros ejemplares bajo el encabezado “Democracia”²⁶. Estos tres primeros números contribuían a preparar el terreno de apertura hacia una discusión sobre la democracia como concepto nodal de la época, centrando el debate en torno a la pregunta sobre la viabilidad de la instalación de un régimen democrático en la región. Al interior de las publicaciones de *Crítica y Utopía* es posible percibir una cierta gama de voces, aunque las tendencias más bien apuntaban hacia las corrientes que sostenían que no había otra salida posible al Estado Autoritario que una transición democrática, reivindicando la importancia de promover reformas y centrando la reflexión en el problema de las instituciones, las reglas y las normas de funcionamiento democrático. Esta posición se identifica con las intervenciones del director de la revista, Francisco Delich. Sin embargo, aquellas corrientes “catastróficas” que consideraban que no estaban dadas las condiciones sociales para una salida democrática y su posterior fortalecimiento también se encontraban presentes.

En *Crítica y Utopía* el debate se inició con un texto de Delich. Tanto por su posición como director como por su rol como Secretario Ejecutivo de CLACSO, sus intervenciones son una muestra de la línea de pensamiento de la revista. Titulado de igual manera que la conferencia que dio origen a la publicación, en el artículo “Las condiciones sociales de la democracia” Delich realizaba una pequeña introducción a los posteriores debates que se abrían en torno a este nuevo concepto. Anticipaba que, más que clarificar hipótesis y brindar respuestas claras, los artículos de la revista proporcionarían los puntos

²⁶ El tercer volumen también se titulaba *Democracia*, pero este ejemplar nunca llegó a ver la luz ya que fue proscripto por el gobierno dictatorial argentino.

de partida para la apertura de la discusión. Sin embargo, el autor dejaba entrever su punto de vista optimista respecto de la viabilidad de la transición al régimen democrático en la región:

Todas las condiciones sociales son buenas para la democracia, algunas más aptas que otras como se menciona, pero ninguna que excluya, si ésta es concebida como un proceso de socialización e institucionalización a la vez, y no como una forma jurídica más o menos ritual, como un modo de organización del disenso y no como la inútil búsqueda de un consenso a veces imposible, como un medio de realización práctica de la libertad y la justicia y no como la legitimidad de un orden social presente o futuro, esto es en definitiva como una práctica del conjunto de la sociedad en todos sus planos.²⁷

Rechazando las explicaciones que vinculaban el grado de desarrollo económico alcanzado por una sociedad con el nivel de su condición democrática institucional, Delich aseguraba que la democracia era un proceso social producto de la sociedad. Este punto de vista sería reafirmado por el autor en el número posterior al realizar un pequeño análisis respecto de los desafíos que la época le presentaba a la clase obrera. Allí Delich afirmaba que “la condición de la democracia política es la democracia social y la democracia en las instituciones de la sociedad civil”²⁸. Estas dos condiciones conducirían a la correcta transición y posterior estabilidad del régimen político. Su postura frente a la posibilidad de la apertura democrática se percibe en su artículo que, aún marcada por un fuerte optimismo, demandaba una acción: la tarea fundamental del movimiento obrero (y de sus intelectuales) era para el autor la democratización de los sindicatos y la consolidación autónoma de los mismos frente al Estado.

Es preciso señalar que no todos los autores que intervinieron en la conferencia se posicionaron en la misma vereda que Delich. Los textos de Gino Germani y José Luis Reyna presentaron un panorama distinto sobre la posibilidad de construir una salida democrática: el propio Germani se ubicaba “dentro de la ya abundante literatura de la catástrofe”²⁹. Ambos autores destacaban las carencias del sistema democrático al afirmar

²⁷ Delich, Francisco, “Las condiciones sociales de la democracia”, en *Crítica y Utopía* N° 1, Buenos Aires, 1979, pág. 24.

²⁸ Delich, Francisco, “Clase obrera: Sindicatos y democracia”, en *Crítica y Utopía* N° 2, Buenos Aires, 1980, pág. 100.

²⁹ Germani, Gino, “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”, en *Crítica y Utopía* N° 1, Buenos Aires, pág. 63.

su incapacidad de establecer un régimen legítimo, que generase las posibilidades de revertir una creciente desigualdad social y la falta de participación real de los distintos grupos de la sociedad. Sin embargo, los autores adjudicaban dichas carencias a los ciclos de ruptura y reconversión del capitalismo y a otros factores puramente económicos, como la dependencia económica internacional inherente de la estructura social moderna.³⁰

En el primer número de la revista se publicó un artículo titulado “Movimientos populares y democracia en América Latina”, firmado, entre otros, por Enzo Falleto³¹. Este artículo se muestra revelador de los desafíos teóricos que la época demandaba a los intelectuales de izquierda. El primer desafío hacía referencia a la crisis de la democracia en sí misma y su aparente imposibilidad de perdurar en el tiempo sin interrupciones de corte autoritario. La segunda problemática consideraba que, en la recuperación de la democracia, los sectores populares no debían conformarse con la simple mejora de sus condiciones de existencia, sino que por el contrario, debían jugar un papel activo en su realización y la problemática de su constitución. Por último y no por ello menos importante, una tercera demanda hacía mella en la necesidad de compatibilizar la demanda democrática con la demanda socialista.

En torno a la primera problemática, los autores elevaban a la democracia como temática crítica de análisis. Realizado un breve recorrido histórico, la ausencia de un régimen democrático estable como experiencia política y social parecía ser la “verdadera historia de los países latinoamericanos”³². Por consecuencia, el Estado había adquirido especial atención como actor y su existencia se volvía indispensable. En términos teóricos, ya no se anhelaba el desmantelamiento del Estado; por el contrario, los autores asumían que la democracia implicaba la existencia de un Estado de Derecho, de una forma de representación de las mayorías y también de las minorías, de un régimen de partidos políticos y, fundamentalmente, de un conjunto de garantías ciudadanas. En esta afirmación

³⁰ Estas intervenciones dan cuenta de la manera en que el análisis se encontraba reconvirtiéndose sin volverse homogéneo: aquí la democracia es entendida como variable dependiente de otros factores.

³¹ Baño, Rodrigo, Beavides, Leopoldo, Faletto, Enzo, Flisfisch, Angel, Kirkwood, Julieta y Morales, Eduardo, “Movimientos populares y democracia en América Latina”, en *Crítica y Utopía* N° 1, Buenos Aires, 1979. Todos ellos participaron del *Taller de Análisis Político*, realizado durante diez años, entre 1980 y 1989 en Chile.

³² *Ibíd.*, pág. 132.

quedaba claro el requerimiento del rol del Estado como garantía fundamental para la conformación de un pacto político que hiciera posible la transición hacia el régimen democrático.

El segundo desafío se presentaba como la necesidad de reformular el concepto de sujeto de la historia y su respectivo papel dentro del nuevo paradigma democrático. Para comenzar su desarrollo teórico, los autores se manifestaban en contra de las perspectivas que habían englobado grandes sectores de personas bajo la categoría de “masas”. En cambio, concordaban en denunciar que las masas eran entendidas como “objetos de la historia y no como sujetos de la misma”, cosificándolas como objetos plausibles de manipulación. Es por ello que reafirmaban la necesidad de una alternativa democrática en donde los sectores populares tuvieran una participación activa real y consciente. La revisión del concepto de sujeto de la historia fue retomada por varios autores a lo largo de los números siguientes, entre ellos, por Fernando H. Cardoso. De acuerdo con Cardoso, el nuevo sujeto histórico de una democracia actualizada nacía exigiendo más que “ciudadanía”: no sólo reclamaba las implicancias de los aspectos formales que la democracia ofrecía (igualdad frente a la ley, derecho igual para todos, pacto constitucional), sino que también demanda la garantía del derecho a intervenir en el plano social y económico.³³ De esta manera, los nuevos agentes sociales se encontrarían fusionando el aspecto político formal de la democracia y el aspecto social de la igualdad.³⁴

Finalmente, el último desafío planteado suponía la puesta en cuestión del modo de pensar la articulación entre la democracia y el socialismo. En términos generales, se argumentaba que para quienes planteaban el socialismo como objetivo, éste debía asumir el problema de la transición. Si bien socialismo coincidía en un primer momento con revolución, con el surgimiento de la alternativa de la modernización, este concepto debía

³³ Cardoso, Fernando H., “La democracia en sociedades contemporáneas”, en *Crítica y Utopía* N° 6, Buenos Aires, 1982, pág. 28.

³⁴ En esta línea, Mario Dos Santos señala que “se evidencia la importancia personalizadora de la participación y de que el individuo viva como decisivos más ámbitos de la realidad que los que actualmente vive. A diferencia de la anterior concepción, que apuntaba principalmente al Estado y a la participación desde organizaciones de masa, se pone de relieve también la importancia de los ámbitos “micro”, de aquello que permite expresar lo personal, lo intersubjetivo en la participación y de aquellas instancias descentralizadas en que es posible la democracia directa”. Dos Santos, Mario, “Democracia en cuestión y redefinición de la política”, en *Crítica y Utopía* N° 8, Buenos Aires, 1982, pág. 63.

transformar sus lógicas políticas.³⁵ Todo indicaba la existencia de una relación problemática no resuelta entre socialismo y democracia, relación que se pondría a prueba en el desarrollo de la teoría política a partir de la producción intelectual de la época. El concepto de socialismo se encontraba en crisis: adoptada la vía del pluralismo y de la democracia política como valores a preservar y resguardar, la idea de socialismo debía afrontar un proceso de reformulación.

En conclusión, este conjunto de debates puede organizarse en posturas que fueron ganando terreno en el campo de las ideas y otras que, al mismo tiempo, retrocedían. Aquellas que perdieron dominio fueron las que continuaban legitimando la importancia de una lucha armada y un conflicto revolucionario, el desmantelamiento del Estado y la consecuente desaparición de las clases sociales, rechazando la posibilidad de una apertura democrática que entrara en relación con una nueva teoría socialista. Por el contrario, las posiciones que fueron ganando terreno eran las que convocaban a la renovación de la cultura política tradicional de la izquierda incorporando una serie de valores que incluían el consenso, el pluralismo, la heterogeneidad, la institucionalidad democrática. Así, pues, la orientación del debate sobre la democracia y sus múltiples articulaciones evidenciaba una crisis de la tradición de la izquierda socialista, tal como se había configurado mayoritariamente en las décadas previas en el continente.

³⁵ Un artículo de Aldo Ricci, por ejemplo, realiza una revisión del momento en que se encontraba el Partido Comunista Italiano (PCI). En sus líneas sostiene que luego de la constatación de la crisis del movimiento comunista internacional, las nuevas estrategias de los partidos comunistas subrayaban la defensa y el desarrollo de las libertades políticas y civiles. Tales libertades y tales métodos de formación de la voluntad política debían ser, de acuerdo a su perspectiva, conservados también en la sociedad socialista si esta quiere posicionarse como una alternativa política viable. Ricci, Aldo, "Hegemonía y Democracia", en *Crítica y Utopía* N°2, Buenos Aires, 1978, pág. 113.

CAPÍTULO III

La comunicación como dimensión fundamental de la apuesta democrática

3.1 “Telemática y Sociedad”, el ingreso de *Crítica y Utopía* al análisis de la comunicación y la cultura

Como vimos, desde los comienzos de la década del 80' ciertas zonas de la intelectualidad latinoamericana comenzaron a recorrer un proceso de transformación. La experiencia histórica de los regímenes dictatoriales latinoamericanos y el consecuente exilio intelectual favorecieron la gestación de nuevos espacios de discusión teórica. Paralelamente, el rechazo generalizado hacia los gobiernos autoritarios y la revalorización del concepto de democracia fueron conduciendo a una creciente revisión de las ideas y paradigmas que habían sido hasta entonces dominantes. El espacio para el despliegue de una profunda renovación del pensamiento de izquierda se cristalizó fuertemente en el exilio sudamericano, siendo México uno de sus lugares privilegiados, para luego trasladarse al debate local con el regreso de los intelectuales a sus respectivos países. Con el apoyo de la teoría gramsciana, la puesta en cuestión de la teoría estructuralista y la influencia del culturalismo inglés, comenzaba un proceso de renovación teórica en materia de comunicación, sostenido en dos ejes centrales: la valorización de la autonomía de lo político como dimensión fundamental del análisis, en contraposición al determinismo económico y simultáneamente, el reconocimiento de la existencia de sujetos políticos heterogéneos (en detrimento de un sujeto único) que, con sus múltiples manifestaciones y expresiones, garantizarían la democracia política.¹

¹ En su recorrido por el estudio de la transición democrática, Cecilia Lesgart sostiene que buena parte de los debates teórico-políticos de los años de la transición democrática se estructuró alrededor de la construcción discursiva de la democracia como significante político. De acuerdo con Lesgart, la revalorización de la

Crítica y Utopía no se mantuvo ajena a estas transformaciones e incorporó en sus números una vasta producción que acompañó los desplazamientos teóricos de la época.² Como ya fue señalado, el tratamiento del proceso de transición a la democracia se constituía como eje central de debate desde el nacimiento de la publicación, marcando desde el comienzo una significativa impronta: la revista se inscribía dentro del marco de las ideas que fomentaban la institucionalización de la democracia por sobre las ideas de transformación revolucionaria. Mientras que los primeros tres números se abocaron enteramente a la discusión sobre la apertura hacia un proceso de transición política, sus requisitos y posibles efectos, los dos números siguientes, publicados en 1981 y 1982 respectivamente, concentraron sus esfuerzos en una producción crítica sobre las experiencias de los gobiernos autoritarios de la región³. Aunque las diversas experiencias en el exilio estuvieron marcadas en un período inicial por la denuncia de las atrocidades de los gobiernos dictatoriales, esta tendencia no delimitó el camino de *Crítica y Utopía*. Por el contrario, la revista se dedicaba al análisis de las huellas que el gobierno dictatorial había dejado en la sociedad para dar cuenta de las salidas viables que posibilitarían el fortalecimiento de una sociedad civil aplastada y silenciada por años de políticas arbitrarias.⁴ Así lo explicitaba el editorial del número 6 de la revista. Allí se afirmaba que

autonomía de la política implicaba un proceso de revisión conceptual a partir del nuevo prisma de la democracia. Esta tendencia intelectual de la izquierda, según sostiene Lesgart, se verificaba en “las críticas a la presencia de determinaciones económicas” y el devenir de “la revalorización de las explicaciones políticas”. La autora señala la importancia de la influencia gramsciana como un aporte fundamental para la instalación de la pregunta por la construcción de los sujetos en oposición a la búsqueda de un sujeto universal y único del proceso de cambio político. Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Homo Sapiens, Santa Fe, 2003, págs. 57-62.

² Tomo la idea de *desplazamiento* que desarrolló Víctor Lenarduzzi al realizar un análisis crítico de la revista *Comunicación y Cultura*. Al estudiar las transformaciones a lo largo de las publicaciones, Lenarduzzi asegura que la idea de desplazamiento hace referencia no a cambios radicales en las concepciones teóricas “ni de la salida de unos conceptos para dar lugar a otros”. Antes bien, escribe el autor, “se producen algunas modificaciones en los énfasis que se ponen en ellos y en los modos de relación con la constelación de conceptos”. Lenarduzzi, Víctor, *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*, Buenos Aires, Eudeba, 1998, págs. 76-77.

³ Recordamos que el número tres de la publicación fue censurado por el gobierno militar argentino. Es decir que “los primeros tres números” en realidad remiten a los números 1, 2 y 4 de la revista.

⁴ Luego de cuestionarse sobre el concepto de democracia en la nueva coyuntura política a principios de la década del 80', Fernando Henrique Cardoso afirma que solamente tenía preguntas respecto de este fenómeno y sobre las posibles direcciones que podían tomar lo democrático. Señala críticamente la presencia de un nuevo espacio donde se desenvolvía el conflicto social; más precisamente, aseguraba que, si los sujetos históricos de la democracia “son el movimiento popular y el movimiento de las clases no propietarias”, entonces el escenario inmediato donde la lucha y el conflicto tenían lugar no eran “los partidos, sino la sociedad civil: los movimientos sociales, la prensa, los sindicatos, la TV, las iglesias, las formas de cultura de

“pensar sobre y desde la sociedad civil es un intento de identificar las potencialidades de nuestras sociedades para construir un futuro deseable”⁵.

La aparición del número siete de la revista puede comprenderse en una suerte de continuidad con los debates planteados en los números anteriores. Allí se ampliaba la mirada y se indicaba un cambio de paradigma teórico. Publicado en el año 1982, este número de *Crítica y Utopía* se titulaba “Telemática y Sociedad”. La mayoría de los trabajos publicados habían sido presentados en el Seminario “Estado, informática, comunicaciones y sociedad civil en América Latina”, que habían organizado CLACSO en 1982 en conjunto con *Crítica y Utopía* y el Curso de Postgrado en Antropología Social de la Universidad Federal de Río Grande do Sul, en Porto Alegre.⁶

En el acercamiento a la temática de la comunicación se pueden leer algunas tensiones que indican el proceso de reconversión teórica en curso. En primer lugar, la elección del concepto “telemática”. Si como afirmaba Alain Minc en el primer artículo del dossier, el término *telemática* se acuñaba para dar cuenta de “la combinación de las telecomunicaciones y del procesamiento automático de datos”⁷, este concepto reducía las complejidades del proceso de comunicación a una simple medición del impacto de la implementación y el desarrollo de las nuevas tecnologías. La utilización de este término pone de relieve cierto imaginario teórico que todavía se encontraba presente asociado a los estudios en comunicación, vinculado a los conceptos de estandarización y clasificación propios del paradigma informático. Sin embargo, es interesante señalar que el título del número ponía en relación este concepto con el de “sociedad”. En el editorial del dossier se anunciaba que el ingreso a la materia se haría “intentando cruzar problemáticas en general tratadas separadamente: a saber, el uso estatal de las nuevas tecnologías para el control

masas”. Cardozo categoriza estos actores como espacios “donde germinaba lo nuevo”. Cardoso, Fernando H., “La democracia en sociedades contemporáneas”, en *Crítica y Utopía* N°6, Buenos Aires, 1982, pág. 35.

⁵ *Crítica y Utopía* N° 6, “Advertencia”, Buenos Aires, 1982, pág. 8.

⁶ El Seminario “Estado, informática, comunicaciones y sociedad civil en América Latina” tuvo lugar en los primeros meses del año 1982, previo a la publicación del ejemplar en julio de ese mismo año. Los trabajos incluidos en este número que fueron presentados durante el seminario son: Fadul, Ana María, “Comunicación, hegemonía y contrainformación”; Fox, Elizabeth, “Comunicación y sociedad civil. Una temática incipiente”; Landi, Oscar, “Comunicación, cultura y proceso político”; Lechner, Norbert, “Por un análisis político de la información”; Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”.

⁷ Minc Alain, “La informatización de la sociedad”, en *Crítica y Utopía*, N°7, Buenos Aires, 1982, pág. 11.

social y la propagación ideológica, y las defensas que opone la sociedad civil, sustrayéndose a los mensajes masivos a través de la reelaboración de las significaciones o a través de la producción y difusión de significaciones diferentes”⁸. De esta manera, la propia elección del nombre del dossier proponía una relación: las tecnologías de la información debían ser interpretadas en interacción con la sociedad como dimensiones de un mismo proceso complejo de comunicación. A partir de aquí, las direcciones de esta búsqueda serían múltiples pero la relación quedaba ya instalada. El diseño de tapa ilustra bien este entrelazamiento teórico: a primera vista, se trata de una simple imagen compuesta por muchos cuadrados pequeños y espacios negros pero, al alejar la vista, se puede ver la clara imagen de un hombre, compuesta por un cúmulo de píxeles.⁹ La elección de la imagen de tapa denota la tendencia hacia la emergencia de una renovación teórica en comunicación, en tanto da cuenta que la construcción misma del sujeto se encontraba atravesada por una serie de dispositivos que ponían el énfasis en las nuevas tecnologías y los nuevos modos de comunicación social.

Las tensiones teóricas y analíticas a las que hacemos referencia se pueden seguir en la organización del sumario. El número establecía una división entre “el *análisis político* (con textos de Norbert Lechner, Oscar Landi, Anamaría Fadul y Elizabeth Fox), y *la informatización de la sociedad y sus efectos en el Tercer Mundo* (con textos de Alain Minc, Juan Rada, Armand Mattelart y Héctor Schmucler)”. ¿Acaso el análisis de la informatización de la sociedad y sus efectos no suponía la necesidad de un análisis político? ¿Esta separación no se encuentra nuevamente en conflicto con la propuesta de estudiar de manera conjunta temáticas tratadas de forma independiente?

La intervención de Norbert Lechner en este número es muy significativa puesto que, por un lado, no provenía directamente de los estudios en comunicación y, por otro lado, debido a que ocupaba un lugar relevante en la revista como parte del consejo editor, su exposición puede ayudarnos a comprender cierto enfoque en torno al modo en que se establecían las relaciones entre comunicación, política y democracia y se pensaba su centralidad para el análisis político y social. En su artículo “Por un análisis político de la

⁸ “Advertencia”, en *Crítica y Utopía* N° 7, Buenos Aires, 1982, pág. 8.

⁹ Ver imagen en anexo.

información”, Lechner verificaba las debilidades de lo que llamaba el “paradigma informático” que, utilizando las herramientas de clasificación, la dinámica de la estandarización y el almacenamiento infinito de datos, intentaba explicar la utilización y significación de la tecnología en el entramado social. Es posible identificar lo que Lechner describía como “análisis informático” con una crítica hacia las corrientes que intentaban describir los procesos de comunicación en términos estrictamente técnicos a partir de las teorías de la cibernética y las teorías de la información. El autor definía la informática como un dispositivo de poder en tanto tendía, por un lado, a reducir la diversidad de los significados y por otro, a homogeneizar la realidad a través de la unificación de los discursos en una misma concepción del mundo. Al establecer una interpretación única de la realidad, la informática volvía “obsoleto el conflicto político”. Apoyándose en los conceptos gramscianos de hegemonía, en una misma acción Lechner señalaba las debilidades del paradigma informático y legitimaba la importancia de la dimensión política del análisis:

A diferencia de éste [paradigma informático], el análisis político no presume la existencia de una realidad objetiva, directamente inteligible. Supone, al contrario, que los hombres toman conciencia de la realidad en el terreno de las ideologías. Y que la lucha por “transformar el mundo” es, por tanto, fundamentalmente una lucha por los códigos interpretativos de este mundo.¹⁰

Se ponía de relieve así la existencia de una multiplicidad de sentidos posibles en la comunicación. Lo que quedaba expuesto era el carácter contingente de los “sentidos únicos”. El artículo de Lechner señala una tendencia que se puede seguir en todos los autores de la revista que abordaron la temática: lo político ingresaba como dimensión insoslayable del examen de las relaciones sociales. Y lo político asume aquí una significación muy precisa: “más que denunciar la manipulación y el control de la sociedad”, se trataba de “abordar las fisuras, las interrupciones, las distorsiones de la comunicación”¹¹.

¹⁰ Lechner, Norbert, “Por un análisis político de la información”, en *Crítica y Utopía* N° 7, Buenos Aires, 1982, pág. 36

¹¹ *Ibíd.*, pág. 39.

La elección del tema del dossier “Telemática y Sociedad” tiene una vinculación con la lectura propuesta por Armand Mattelart y Héctor Schmucler en su libro *América Latina en la encrucijada telemática*. Allí, los autores afirmaban que la noción de telemática intentaba condensar “los nuevos sistemas de comunicación e información, situados en la intersección de la informática, las telecomunicaciones y los medios audiovisuales” como “sistemas complejos e interconectados”¹². En definitiva, la perspectiva que tomaban la mayor parte de los artículos en contra de paradigmas tecnologicistas, lineales y mecanicistas como métodos para analizar la comunicación y sus efectos en la sociedad, pareciera dar cuenta de que la utilización del término “telemática” implicaba un trabajo de apropiación y deconstrucción conceptual. No solamente desde la crítica al análisis estructuralista de la comunicación sino también, desde el énfasis hacia el estudio del conflicto político en la cultura “no tanto entre sujetos” como escribía Lechner, sino entendido como “una lucha *sobre* la constitución de los sujetos”¹³. En efecto, no existiría la actividad política como tal si la realidad tuviese un significado único, ni si los sujetos que entraran en conflicto fueran preexistentes y exteriores a la misma lucha por la significación.

En resumen, el número “Telemática y Sociedad” se propuso como objetivo principal abordar la relación entre las nuevas tecnologías de comunicación y el análisis de los usos y estrategias que los receptores oponían a los mensajes masivos, en el intento por establecer una significación divergente. La revalorización de la democracia y la defensa de la dimensión política del análisis posibilitaban afirmar el carácter contingente de los sentidos construidos al mismo tiempo que enfocaba el conflicto en el plano de la lucha por la construcción de nuevas significaciones, donde la comunicación se visualizaba entonces como dimensión fundamental de la apuesta democrática. En estos términos, se valorizaban aquellas ideas que entendían la comunicación como un proceso conflictivo de constitución de identidades de múltiples sujetos y, en este sentido, como estrategia o prisma privilegiado para el análisis político y social. Es posible entonces identificar en *Crítica y Utopía* tres ejes de discusión o campo de problemas. En primer lugar, la idea de que la

¹² Schmucler, Héctor y Mattelart, Armand, *América Latina en la encrucijada telemática*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1983, pág. 12.

¹³ Lechner, Norbert, “Por un análisis político de la información”, *Óp. Cit.*, pág. 37.

interacción entre cultura, comunicación y política era un vector analítico fundamental para la comprensión de las transformaciones sociales; en segundo lugar, la necesidad de indagar el nuevo rol de las nuevas tecnologías de la información y, por último, la pregunta por la influencia del fenómeno de la transnacionalización de la cultura al interior del campo de la comunicación.

3.2 Política, cultura y comunicación: interrogantes de la transición democrática

Que *Crítica y Utopía* dedicara un número completo al tópico de la comunicación es significativo de las transformaciones que se operaban en torno a los modos de pensar la relación entre cultura, política y democracia. Si bien *Crítica y Utopía* acompañaba una tendencia general de revisión y puesta en cuestión de conceptos teóricos arraigados, la comunicación había sido abordada de manera muy superficial en los primeros números de la revista.¹⁴ Con la publicación del dossier presentado, la revista ingresaba en un campo de diálogo con otras publicaciones que ya se encontraban discutiendo estas temáticas.¹⁵ La redefinición de la idea de cultura, su lugar y su relación con la política, fueron debates que se desplegaron al interior del nuevo paradigma democrático. Se trataba de pensar cómo los procesos de comunicación podían influir en el análisis social, impulsando, —escribía Sergio Caletti en *Comunicación y Cultura*— la búsqueda de “los instrumentos conceptuales adecuados para colocar las técnicas de comunicación al servicio de procesos de cambio”¹⁶. Poniendo en evidencia las debilidades de una tradición sociológica funcionalista que había dejado de lado por completo “la experiencia sociocultural de los receptores”¹⁷, lentamente comenzaban a descartarse aquellos paradigmas que concentraban sus esfuerzos en el análisis de la estructura del medio, dando la bienvenida a esquemas

¹⁴ En el número 4 de la revista, Patricia Terrero refiere al camino crítico que debía todavía recorrerse “para producir en la teoría y en la práctica las opciones políticas, culturales, estéticas que los medios de comunicación requieren”. Terrero, Patricia, “Comunicación dominada. Estados Unidos en los medios de América Latina”, en *Crítica y Utopía*, N° 4, Buenos Aires, 1981, pág. 221.

¹⁵ En 1982 *Comunicación y Cultura* hacía su reaparición en la escena de las revistas académicas. Dirigida por Héctor Schmucler y Armand Mattelart, la revista pretendía realizar un análisis de los procesos de comunicación y de los medios en sus distintas dimensiones: económica, tecnológica, política y cultural. Lenarduzzi, Víctor, *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*, Op. Cit., pág. 29.

¹⁶ Caletti, Sergio, “Reflexiones sobre teoría y cambio social”, en *Comunicación y Cultura* N°10, 1983, pág. 171

¹⁷ Schmucler, Héctor, “La investigación (1975): ideología, ciencia y política” en *Comunicación y Cultura* N°4, Buenos Aires, 1975, pág. 141.

analíticos que ponían de relieve el rol del receptor de la comunicación y la manera en que éste transformaba su propia identidad. En este marco, la democracia se ofrecía como espacio para la expresión de la diversidad, dando lugar a una instancia de cambio frente a una nueva cultura política que buscaba erradicar los patrones autoritarios internalizados en la vida cotidiana y, al mismo tiempo, reconstruir una esfera pública que se entendía había sido desarticulada. En las intervenciones de Oscar Landi y Aníbal Ford en *Crítica y Utopía* identificaremos una serie de ideas que nos servirán para trazar los principales ejes de esta redefinición del pensamiento en torno a la relación entre comunicación, cultura, política y democracia.

La experiencia del exilio en Brasil entre 1976 y 1981 significó para Oscar Landi el ingreso en la nueva problemática de la democracia. Durante su exilio en este país, Landi se vinculó con Fernando Henrique Cardoso, hecho que tal vez explique su vinculación con *Crítica y Utopía*. Si la constitución del sujeto era el eje que guiaba sus preocupaciones¹⁸, este interés se intensificó en el seno de la nueva coyuntura política. El abanico de cambios que había atravesado la sociedad argentina durante la experiencia del gobierno militar hacían imposible para Landi comprender el análisis de los sujetos como identidades preconstituidas e impermeables a los clivajes de la realidad social y política. En este sentido, la aspiración de construir una nueva institucionalidad democrática generaba el espacio para la discusión sobre cómo reconstruir una identidad nacional que se encontraba fragmentada.

Landi se enfocaba en establecer la defensa de criterios académicos que le permitieran articular los conceptos de comunicación, cultura y proceso político como aspectos determinantes para analizar una sociedad que se abría camino hacia un cambio radical. En efecto, Landi entendía la política como “un terreno de luchas simbólicas por la definición del sentido del orden social”, pero estas luchas serían ininteligibles “sino se entendía lo que pasaba con los medios, cuya evolución había conmovido los mecanismos

¹⁸ Oscar Landi transitó su período de formación política e intelectual en las filas del Partido Comunista Argentino a comienzos de los años 60, y participó en la publicación partidaria llamada *Cuadernos de Cultura*. Según Eduardo Rinesi, su principal interés a lo largo de su trayectoria puede resumirse en torno a la “comprensión de los modos de constitución de los sujetos de la historia”. Rinesi, Eduardo, *¿Cómo te puedo decir? Notas sobre el pensamiento de Oscar Landi*, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2013, págs. 23-24.

de formación del sentido común de la opinión pública y el consenso político”¹⁹. El autor desarrollaba una breve crítica de la semiótica del lenguaje (así como también del impacto estructurante de la informática) por reducir la comunicación a un simple intercambio de mensajes que suponía un código compartido, estático e invariable entre dos sujetos homogéneos. Por el contrario, el autor afirmaba la necesidad de pensar que los códigos de interpretación de los mensajes eran en el plano político y cultural, en realidad, “producto de agudos conflictos históricos por la hegemonía en la sociedad”²⁰. De esta manera, el proceso de comunicación social ingresaba como dimensión fundamentalmente conflictiva, compuesta por relaciones en permanente interacción y cambio, producto de relaciones asimétricas entre los sujetos sociales. Por tal motivo, sus planteos se instalaban en aquello que ocurría en el momento de la recepción, en la acción misma del receptor “en la elaboración de sus propias formas de disfrute estético, de la defensa de su identidad nacional, fracturando a su vez, el discurso dominante”. Landi entendía que el análisis de las relaciones sociales podía pensarse desde una perspectiva comunicacional. De esta manera, veía que tanto en la cultura como en la política “nunca se da una relación de simetría absoluta entre el emisor y el receptor de los mensajes”. Tanto uno como el otro “están sujetos a las solicitaciones de diversos códigos, que resignifican en diversas direcciones un mismo mensaje, que imponen brechas, puntos de ruptura y de desvío del sentido de los discursos dominantes”²¹.

En su aparición en el número 10/11 de *Crítica y Utopía*, es posible percibir una mutación en los argumentos y los temas del autor. Publicado un mes antes del retorno de la democracia al país, el objetivo del texto concentraba sus esfuerzos en delinear los desafíos que el nuevo gobierno democrático debía afrontar. A diferencia del artículo publicado el año anterior, en el que lo democrático buscaba su lugar dentro de una aproximación teórica y argumental, el contexto de este artículo difería radicalmente: la transición hacia un régimen democrático era un hecho y, por lo tanto, las preocupaciones por la construcción de legitimidad del gobierno y la recuperación de una identidad nacional aparecían como

¹⁹ Landi, Oscar, “Comunicación, cultura y proceso político”, en *Crítica y Utopía* N°7, Buenos Aires, 1982, pág. 50.

²⁰ Landi, Oscar, “Comunicación, cultura y proceso político”, *Óp. Cit.*, pág. 52.

²¹ *Ibíd.*, pág. 59.

demandas urgentes. Landi ingresaba al debate afirmando que un régimen democrático entendido “como un bien de autoridad, como el referente común en el que se encuentran las reglas para dirimir los conflictos y las diferencias entre los sectores de la comunidad, “es un hecho de *cultura política*”, necesariamente sostenido sobre el piso de “creencias, de la memoria colectiva e individual, de los conocimientos, de las identidades sociales y políticas, del sentido común”²². Luego de una revisión histórica de los años precedentes, enfatizando las cuestiones referidas al “empobrecimiento de la vida cultural argentina”, el autor aseguraba que la consolidación de un régimen democrático solo podía asegurarse si se incorporaba la dimensión cultural, es decir, lo que el autor denominaba “cultura política”.²³ La política, argumentaba Landi, debía reconocer que la cultura se encontraba presente en la constitución misma de lo político y, por ende, de la sociedad, como una realidad altamente compleja. En definitiva, el autor argumentaba en favor de la construcción de una teoría que asumiera la pregunta por la conformación de la identidad de los sujetos en una escena política que se abría hacia la heterogeneidad de las demandas y de los conflictos sociales.²⁴ Landi entendía que la formación de una cultura política democrática era la llave para la constitución de una identidad nacional, la cual no se agotaba en el consenso respecto de ciertas reglas de elección y de control de los gobiernos, sino que también debía expresarse “en la vida cotidiana, las relaciones familiares, en las formas de sociabilidad de los argentinos”.²⁵

Pensando en términos de énfasis, es interesante poner de relieve las dos versiones de Oscar Landi en sus respectivas apariciones en *Crítica y Utopía*. En una primera instancia, Landi intentaba establecer la defensa de ciertos criterios analíticos que, en oposición a interpretaciones esquemáticas de la comunicación, se aproximaba a enmarcar

²² Landi, Oscar, “Cultura y política en la transición a la democracia”, en *Crítica y Utopía* N° 10/11, Buenos Aires, noviembre de 1983, págs. 71-72.

²³ Algunos años después, al intentar definir este concepto, Landi escribe que en el terreno de las culturas políticas se sitúan “las preguntas sobre qué se puede esperar de la política, qué es lo que ella puede modificar o mantener y cuál es el sentido de la participación, de las relaciones entre la vida pública y la privada”. A partir de allí, asegura, debiera “emerger la legitimidad de los procedimientos de la democracia y la confiabilidad en la racionalidad administrativa del Estado”. Landi, Oscar, *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Puntosur, Buenos Aires, 1988, pág.45.

²⁴ Es posible seguir, en la intervención de Landi, una intencionalidad directamente anclada con el momento histórico político: su desarrollo sobre las características de un proyecto nacional democrático se situaba en un clima de época que esperaba, desde su posicionamiento ideológico, el regreso de un gobierno peronista.

²⁵ Landi, Oscar, “Cultura y política en la transición a la democracia”, *Op. Cit.*, pág. 72.

la problemática de la cultura política dentro del paradigma democrático. En su segunda intervención, el autor desarrollaba su enfoque crítico en el seno de la relación entre la política y la cultura en el marco del ideario democrático: su objetivo se centraba fuertemente en la enumeración de las cuestiones que un proyecto nacional de cultura debía atender si pretendía ser exitoso.

El interés de una franja del campo intelectual argentino por la afirmación de una identidad nacional y la construcción de un proyecto nacional de cultura también puede seguirse en “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, un artículo publicado por Aníbal Ford en el número 10 de la revista.²⁶ A diferencia de Landi, esta fue su primera y única intervención en *Crítica y Utopía*.²⁷ El artículo publicado en *Crítica y Utopía* había sido presentado en el Segundo Seminario de la Comisión de Comunicación de CLACSO, llamado “Comunicación y Culturas Populares”, que tuvo lugar del 12 al 16 de septiembre en Buenos Aires en 1983. El texto de Ford ponía de relieve la necesidad de elaboración de un nuevo proyecto nacional por parte de un sector de la intelectualidad de izquierda frente al inminente proceso de apertura democrática, donde la reivindicación de la pluralidad de los intereses que se movían en la sociedad como expresión de los diversos grupos sociales se había convertido en un imperativo para la construcción cotidiana de la democracia.

²⁶ Aníbal Ford se graduó en Letras en la Universidad de Buenos Aires en 1961. Su trabajo de revalorización de las prácticas populares en tanto objetos de estudio válidos encontraba su fundamento en la crítica al análisis literario como herramienta que no atendía a las formas de significación, ni mucho menos a las construcciones significantes del encuentro de la obra con el receptor. Al respecto, Ford señala que la naturalización de la literatura como “algo que está ahí y que hay que aceptar y respetar” no permitía penetrar en el estudio de sus estructuras profundas. Al proponer una desacralización de la literatura desde la cultura popular (porque, como aseguraba Ford, la literatura y la crítica formaban parte de la cultura), el análisis ingresaba “al problema del significado” y de las formas de significar que se dan en las obras literarias, ya que “la literatura se realiz[aba] en la historia y no fuera de ella”. Su desplazamiento desde la crítica literaria hacia una crítica cultural y el estudio de la cultura popular podía rastrearse, de acuerdo con Pablo Alabarces, en sus objetos de análisis elegidos: sus producciones se concentraron “en el análisis del periodismo, las literaturas populares y masivas, el folletín, el radioteatro, la historieta, y las biografías gauchescas, pero precisamente por incluir un anclaje en la recepción”. Ford, Aníbal, “Teórico 1 (13/9/1973)”, en *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época. Política, comunicación y Cultura*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación (UNLP), 2004, pág. 47-52 y Alabarces, Pablo, “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, en *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, N°1, 2006.

²⁷ El artículo se publicaría años más tarde en un libro titulado de igual manera, *Desde la orilla de la ciencia*, que compilaba una serie de ensayos del autor.

El artículo iniciaba con un diagnóstico crítico sobre de las limitaciones de los intelectuales de izquierda frente al interrogante acerca del proceso de conformación de una identidad nacional. Dichas falencias Ford las adjudicaba, en un primer momento, al predominio de un concepto “elitista-distributivo” de la cultura, al que el autor adicionaba la falta de conciencia respecto de la necesidad de una política cultural nacional organizada en torno de un proyecto nacional. Ford llamaba a la intelectualidad a una revisión real, científica y social, del aparato de conocimiento hegemónico, es decir, “de ese paquete de conceptos que articula la base de una reconceptualización de lo cultural: concepto de comunicación (verbal y no verbal), manipulación, aprendizaje, decisión, flujo de información y censura, constitución de lo político y de la identidad, variados canales de participación y elaboración de proyectos”²⁸. La propuesta teórico-analítica del autor era, como bien lo explicitaba el título del artículo, posicionarse por los márgenes de los parámetros establecidos por la ciencia y “salir a exteriores y escuchar con humildad”²⁹. La identidad nacional, entonces, debía conformarse a partir de la reparación en prácticas de la cultura popular, descartadas por la investigación clásica como “saberes no institucionalizados”. Es decir, atender a las acciones, las experiencias, los juegos, las fiestas, la comunicación oral y la no verbal, las prácticas significantes, la relación con el contexto, la elaboración del consenso, la concepción del hombre y del mundo. Según el autor, el estudio de estos procesos posibilitaba captar de qué manera se deconstruían “sentidos trabajosamente elaborados” por la cultura formal. Considerando lo dicho, se podría reconocer en la postura epistemológica de Ford un gesto político de legitimar la voz de la cultura subalterna como dimensión fundamental en la construcción de los tejidos y discursos socioculturales. Si de lo que se trataba era de ir reconstruyendo de manera

²⁸ Ford, Aníbal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, en *Crítica y Utopía* N° 10/11, Buenos Aires, 1983, pág. 53.

²⁹ Si bien Ford recuperaba esta frase de un discurso de Perón pronunciado el 1 de mayo 1974 en la Playa de Mayo, su mención no se realizaba por primera vez. Un año antes, el autor había publicado un artículo donde rescataba la importancia del receptor en el proceso de intercambio comunicativo frente al intento de creación por parte de los gobiernos autoritarios de un receptor vacío, dominado. En contraposición a la versión que sostenía que el pueblo era plausible de ser manipulado, Ford advertía la “capacidad tremenda del organismo humano para seleccionar, ampliar y manipular las señales que acometen sus sentidos”. Ford, Aníbal, “La utopía de la manipulación”, en *Contraseña* N° 1-2, 1982, pág. 301.

realmente democrática el país entonces, aseguraba Ford, era necesario reparar “en las miles de microhistorias donde se va cocinando una Argentina cultural y política”³⁰.

Ford no solamente retomaba a Perón: el título del artículo “Desde la orilla de la ciencia” está tomado de una frase de Arturo Jauretche.³¹ A diferencia de otros autores de la revista, como ejemplo, Francisco Delich, Héctor Schmucler u Oscar Landi, su pertenencia a la tradición del pensamiento “nacional-popular” puede rastrearse en su defensa de las prácticas de la cultura popular como dimensión insoslayable del proceso de análisis político y social, y en la revalorización del desarrollo de políticas culturales dentro del marco de un proyecto nacional de cultura, que hiciera hincapié en la defensa de la identidad nacional: “Problemáticas gauchescas”, señalaba Ford, que exigían “una constante reconceptualización del campo cultural, de las políticas culturales y de su “infraestructura” legislativa e institucional”³². De esta manera, el autor abogaba por la emancipación de la problemática político cultural, que se había excluido del campo político (desplazada a un rol inferior de acuerdo a las dinámicas del poder y los modelos economicistas de decisión) y la reubicaba como dimensión central del análisis. “Una sociedad –escribía Ford– no se procesa a sí misma sólo a través de lo reconocido en los paradigmas hegemónicos sino también a través de múltiples formas de comunicación y contacto, de subsuelos, no siempre observados o jerarquizados”³³.

Su interés por la construcción de una identidad nacional y el desarrollo de un proyecto nacional demandaba una reflexión en torno al concepto de cultura (y sus condiciones de producción) que no desestimase la participación y la producción de

³⁰ Ford, Aníbal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, pág. 57.

³¹ No es exagerado pensar que Ford se encontraba realizando una analogía entre su coyuntura histórica y la experiencia de los hombres de FORJA durante la “década infame” en los años 30’ en la argentina. En efecto, Ford explica en detalle de qué manera los jóvenes radicales como Jauretche, Scalabrini Ortiz y Manzi, habían llevado adelante “un salto cualitativo en la denuncia de la dependencia y en el análisis político y económico”. Derrocado su líder político y establecido un gobierno de facto, estos jóvenes radicales afirmaron, en la visión de Ford, la necesidad de desconocer todo aquello que se había aprendido, exigiendo “una virginidad mental a toda costa y resolución inquebrantable de querer saber exactamente cómo somos”. Esta frase la retoma Ford de Scalabrini Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, Ediciones Reconquista, Buenos Aires, 1940, pág. 11.

³² Ford, Aníbal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, pág. 59.

³³ *Ibíd.*, pág. 59.

saberes que la cultura subalterna generaba. Si lo que se pretendía era la creación de una nueva identidad nacional, de rearticular una identidad fragmentada, allí se encontraba el quid de la cuestión: comenzar por desprenderse de aquellas ideas que entendían la cultura en términos elitistas y comenzar a atender a los conflictos y demandas que se producían al interior de la cultura argentina, en todos sus niveles. Concluye Ford:

La Argentina ha sufrido un proceso de destrucción de sus tejidos políticos y culturales, de dispersión de sus razonamientos colectivos, de bloqueo de sus formas de buscar un propio modelo de felicidad, de dignidad, de justicia, de grandeza; un proceso de represión, de censura global que no creo que sea necesario describir. Esto hace que cierto discurso integrador de la nación –aquel que está por debajo de las opciones políticas– se haya en parte dispersado. (...) Pero esta observación de lo micro que parte de un diagnóstico de fragmentación, ruptura y dispersión de una zona importante de los tejidos y discursos socioculturales, no se fundamenta en la necesidad de observar desde ángulos no ortodoxos la génesis de posibles configuraciones o cristalizaciones, cercanas o lejanas; sino fundamentalmente en su validez como forma de explorar o de recibir la problemática cultural actual de mi país y de aportar a que se genere una política que atienda las necesidades culturales de fondo de los argentinos.³⁴

Crítica y Utopía acompañaba la renovación teórica del campo, al mismo tiempo que los intelectuales de la comunicación³⁵, desde sus saberes específicos, intervenían en los debates del período en torno a la transformación de los lenguajes, conceptos y discursos políticos. Frente a la demanda de una nueva identidad nacional que se encontrara articulada en un proyecto nacional, la importancia puesta en la cultura y la comunicación se revelaron como factores cruciales. La revista participaba, en este sentido, en una coyuntura de renovación teórico-política, con el objetivo de poner en relieve los nuevos procesos culturales que se articulaban en el proceso de transición democrática. En este camino, fueron quedando desplazados posicionamientos teóricos que concebían la nueva cultura

³⁴ Ford, Anibal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, págs. 56-57.

³⁵ De acuerdo con Mariano Zarowsky, la categoría de *intelectuales de la comunicación* no hace referencia a un grupo de intelectuales identificables a partir de un interés en una temática particular. Por el contrario, refiere a la capacidad de este grupo de delimitar un campo de acción situado entre la problemática de la comunicación y la cultura y la intervención política. A partir de la reflexión sobre los vínculos entre la comunicación, la cultura y la tecnología, pero también entre los medios masivos, las ideologías y las significaciones sociales, los intelectuales de la comunicación “se proyectaron como figuras públicas legitimadas por su capacidad para darle a sus investigaciones una significación social, cultural y, eventualmente, política”. Zarowsky, Mariano, *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*, Ciudad de Buenos Aires, Eudeba, págs. 12-13.

como una formación posterior a la “revolución”; por el contrario, la nueva concepción suponía atender a las producciones conflictivas que se producían al interior de la cultura como condición para sentar las bases de una nueva política cultural. Como lo entendía Ford, “no hay grado cero en la cultura”³⁶.

3.3 Nuevas tecnologías de información: un acercamiento desde una perspectiva político-cultural

Otra línea de trabajo sobre la que la revista generaba espacios de debate tiene como eje la problemática de las nuevas tecnologías, sus impactos en la sociedad y las maneras de pensar las políticas culturales para su control. La cuestión de la tecnología de la información ingresaba en el número 7 de *Crítica y Utopía*, consolidándose como una preocupación central de los intelectuales que abordaron temáticas sobre comunicación y democracia.

En los primeros años de la década del 70’, las investigaciones en torno del rol de las tecnologías de la información ponían el acento en la denuncia de los vínculos que éstas mantenían con el imperialismo cultural. Siguiendo las ideas paradigmáticas de la época, la crítica teórica se afianzaba alrededor del juicio hacia los sistemas de importación de tecnología como vehículos ideológicos, reforzando las interpretaciones sobre el imperialismo político y cultural. En efecto, las primeras aproximaciones hacia la temática se articularon a partir de la lógica de la “denuncia”³⁷: la problemática se articulaba en base al vínculo que se establecía entre desarrollo tecnológico y dominación entre naciones.³⁸

³⁶ Ford, Aníbal, “Respuesta a una encuesta. Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta”, en *Revista Latinoamericana* N°2, 1973, pág. 109.

³⁷ Según la visión de Armand y Michele Mattelart, en aquella época, la noción de imperialismo cultural suponía asumir una posición heterodoxa en el campo de la izquierda. “Hablar de imperialismo cultural era romper con la tradición economicista de un movimiento obrero internacional presto a condenar las experiencias que se atrevían a poner a la cultura por delante de la economía”. Mattelart, Armand y Mattelart Michele, *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*, Éditions La Découverte, Paris, 1986, pág. 209.

³⁸ La teoría de la dependencia tuvo una fuerte presencia en los intelectuales latinoamericanos como primera tentativa de las ciencias sociales de la región para refutar los postulados de la sociología funcionalista y las teorías economicistas, que se caracterizaron por desestimar la dimensión histórica en sus análisis. La teoría de la dependencia y la noción de imperialismo cultural estuvieron en el centro de las corrientes que vinculaban los estudios de comunicación al estudio de la denuncia de las bases materiales de propiedad y de

Estas características dotaron de sentido a aquellas primeras aproximaciones a la cuestión tecnológica de la mano de su poder potencial en cuanto herramienta para el control social y para una mejor prevención de tumultos y desórdenes. Poco después, el paradigma de la dependencia y conceptos como el de imperialismo cultural fueron objeto de numerosas críticas y revisiones. Simplemente para señalar aquellas que nos interesan, diremos que se les reprochó haber construido una noción de comunicación que insistía fuertemente en el emisor sin dar lugar a aquello que ocurría en el momento de la recepción. De manera análoga, esta teoría tendió a enfatizar el rol de las metrópolis o naciones centrales y minimizó las acciones que las sociedades receptoras podían hacer de aquellas tecnologías que se importaban.

La mirada hacia las tecnologías de la información fue mutando. Aquellas perspectivas que suponían una dimensión neutral de la tecnología, cuestionadas únicamente por los usos que los países centrales le imprimían (la tecnología de la información era “moralmente buena o moralmente mala según era aplicada a propósitos loables o reprobables”³⁹), lentamente comenzaron a perder peso a partir de la introducción de una dimensión histórica en el análisis. De acuerdo con esta nueva perspectiva, no sería posible comprender el rol de las nuevas tecnologías en las sociedades latinoamericanas si su estudio no se articulaba como un proceso intrínsecamente relacionado con los procesos socio-políticos de los países de recepción.⁴⁰

¿Cómo intervenía *Crítica y Utopía* en este debate? Si bien otros artículos trabajaron la temática⁴¹, nos interesa analizar las intervenciones de Alain Minc y de Armand Mattelart y Héctor Schmucler, éstos últimos por su especialización en los estudios en comunicación

poder en la producción social de significación. Sergio Caletti se pregunta hasta qué punto existía una íntima relación entre la corriente que puso el acento en descubrir y demostrar la lógica de la dominación de clases “con el intento análogo de denunciar las bases de la dominación cultural transnacional”. Caletti, Sergio, “Reflexiones sobre teoría y cambio social”, *Óp. Cit.*, págs. 174-176.

³⁹ Mattelart, Armand, “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural”, en *Comunicación y Cultura* N°1, Santiago, 1973, pág. 84.

⁴⁰ En un artículo en *Comunicación y Cultura*, Héctor Schmucler afirma que existían tecnologías vinculadas a proyectos históricos determinados, que rompían con la idea de una supuesta “evolución civilizatoria” necesaria para todas las naciones por igual. Schmucler, Héctor, “Veinticinco años de satélites artificiales”, en *Comunicación y Cultura* N°9, México, UAM, 1983, pág. 40.

⁴¹ El artículo al cual hacemos referencia es: Rada, Juan, “La revolución de la microelectrónica: efectos en el Tercer Mundo”, ambos en *Crítica y Utopía* N°7, 1982.

de la región.⁴² Sus intervenciones en *Crítica y Utopía* marcaron el tono de las reflexiones del número dedicado en gran medida a las nuevas tecnologías de la información.

Es interesante tener en cuenta la postura presentada por Alain Minc en su artículo “La informatización de la sociedad”⁴³, publicado en el número 7 de *Crítica y Utopía*. El texto tenía por objeto analizar el impacto de la combinación entre las telecomunicaciones y el procesamiento automático de datos en la sociedad. Minc planteaba la necesidad de desarrollar políticas públicas para que, desde el Estado, se intentara trabajar en lo que el autor identificaba como tres problemáticas cruciales: el problema de la soberanía nacional frente al desarrollo de banco de datos internacionales; el análisis de los beneficios en materia de productividad económica que proporcionaban la utilización de estas nuevas tecnologías y, por último, su influencia a largo plazo en la sociedad como por ejemplo, las transformaciones en el lenguaje y el aprendizaje. La propuesta de Alain Minc hacía especial hincapié en la dimensión económica del análisis; esta perspectiva podría ser caracterizada como poco materialista si por ello se entiende que pasaba por alto el papel cumplido por los sistemas de comunicación en el proceso de desarrollo socio-cultural de las naciones.

Desde una óptica diferente, el trabajo de Mattelart y Schmucler realizaba un breve recorrido acerca del desarrollo de la introducción y expansión de la tecnología informática en América Latina. El texto era apenas algunas líneas de lo que un año más tarde, en 1983, se convertiría en un estudio mayor acerca del proceso de informatización en la región, libro que publicaron en coautoría bajo el título *América Latina en la encrucijada telemática*.⁴⁴ La emergencia de una nueva mirada acerca de “la cuestión de las nuevas tecnologías de la información” debe comprenderse en el marco de los desafíos que el proceso de transición hacia la democracia planteaba a los intelectuales, en el pasaje desde regímenes políticos

⁴² De acuerdo con su análisis de la revista *Comunicación y Cultura*, Víctor Lenarduzzi sostuvo que, con el objetivo de realizar un recorrido por los perfiles que asumió el debate de las nuevas tecnologías, los artículos pioneros al respecto “fueron escritos especialmente por Armand Mattelart y Héctor Schmucler”. Lenarduzzi, Víctor, *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*, Op. Cit., pág. 40.

⁴³ Este artículo está incluido en el volumen *Policy implications of Data Network Developments in the OECD Area* (París 1980), publicado por la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico. Además, el texto es un breve recorrido del libro *La informatización de la sociedad*, La Documentation française, escrito por Nora Simon y Alain Minc en 1978.

⁴⁴ Este libro es el resultado de un estudio detallado de los procesos que se gestaron a partir de la introducción de las nuevas tecnologías de la información en el continente.

autoritarios a otros de participación y representación democrática. Una línea de pensamiento que recorría el artículo de Mattelart y Schmucler se vinculaba al intento de emanciparse de aquellas teorías que desatendían el desarrollo histórico de las tecnologías de la comunicación y se limitaban a cuestionar los mecanismos de control social “inherentes a las tecnologías”. Este carácter demonizador que en una primera instancia se utilizaba para dar cuenta de las acciones de censura por parte de los regímenes autoritarios, fue dando lugar a acercamientos que incluían entre sus desarrollos lo que Schmucler y Mattelart denominaban como “genealogía de los sistemas de comunicación”. En definitiva, los autores intentaban poner de relieve los límites de los acercamientos a la cuestión tecnológica señalando que la falta del análisis material cumplido por los sistemas de comunicación en América Latina “ha ocultado con frecuencia la verdadera significación de éstos en la formación del Estado y de la sociedad civil”⁴⁵ A la visión ahistórica de los nuevos sistemas de manejo de la información, los autores proponían la noción de *proceso* como elemento central para comprender el rol de los medios de comunicación en la formación de los mecanismos sociales. Las corrientes economicistas (que veían en los sistemas de comunicación solamente mecanismos de reproducción del modelo económico), y las corrientes ideologicistas (producto de una visión abstracta e idealista sobre la constitución y funcionamiento de los medios de comunicación), no lograban percibir que el ingreso de las nuevas tecnologías constituía “un elemento estructural de todas las relaciones sociales”⁴⁶. Escribían los autores:

Cada aparato de comunicación y las contradicciones sociales que los recorren no son las mismas en todos los casos. Incluso la concepción de libertad de prensa no es la misma para todos los aparatos, ni todas las formaciones sociales capitalistas la conciben de la misma manera. Sin embargo, lo que se puede verificar es que permanentemente uno de los modelos institucionalizados de tecnología se presenta como punto aglutinante de los otros y otorga coherencia relativa al conjunto. La naturaleza integradora de la tecnología informática que aparece como una nueva locomotora que arrastra tras sí al conjunto de elementos del sistema,

⁴⁵ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, en *Crítica y Utopía* Nº 7, Buenos Aires, 1982, pág. 80.

⁴⁶ Sobre el mismo punto, ver Mattelart, A. y Schmucler, H., *América Latina en la encrucijada telemática*, págs. 126-127.

impone un reacomodo de todos los aparatos de comunicación y de información y redefine la función que cumple cada uno de ellos en la producción del consenso.⁴⁷

De acuerdo con su diagnóstico, la democracia por venir tenía por delante el desafío de contrarrestar tendencias que se verificaban en la sociedad: la tendencia hacia la centralización mediática, la formación de monopolios y la homogeneización de los mensajes.⁴⁸

Aquellas corrientes teóricas que fueron perdiendo espacio se caracterizaban por reducir la heterogeneidad no solamente de los sujetos sociales, sino también de los múltiples códigos de interpretación que circulaban al interior de la sociedad. El paradigma democrático se presentaba revelador en tanto permitía el análisis de la introducción de las tecnologías de la comunicación, anclado en una dimensión político-cultural, no como control omnipresente, sino “en tanto problema político”⁴⁹. Si la comunicación ingresaba como dimensión conflictiva del análisis cultural, comprender el rol de las nuevas tecnologías no podía significar otra cosa que sumar una nueva dimensión del análisis del conflicto social, en tanto “la revolución tecnológica de los medios de comunicación alter[aba] profundamente los mecanismos de formación del sentido común, de la opinión pública y del consenso político.”⁵⁰.

La expansión de los medios de comunicación y de las nuevas tecnologías generaban cambios significativos en la organización material de la cultura. Su papel en la formación de nuevos mecanismos de interacción social y en la construcción de nuevas significaciones sociales comenzaba a inscribirse al interior de un análisis político-cultural. Cabe cuestionarnos acerca del conjunto de interrogantes que, a partir de la década del 80’, se enfocaban en el potencial de las tecnologías de la información para conducir a la sociedad

⁴⁷ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, *Op. Cit.*, págs. 81-82.

⁴⁸ Landi refuerza esta idea al oponerse a aquellas perspectivas que entendían la inserción de las nuevas tecnologías de la información como una instancia autónoma de las conflictivas relaciones sociales. El autor afirma que esta perspectiva favorecía el análisis de “la concentración económica de los medios a escala monopólica, como la manipulación informativa” y, sin embargo, este hecho era “sólo un aspecto de un proceso más complejo de producción de la significación social”. Landi, Oscar, “Comunicación, cultura y proceso político”, *Op. Cit.*, pág. 50.

⁴⁹ Lechner, Norbert, “Por un análisis político de la información”, *Op. Cit.*, pág. 37.

⁵⁰ Landi, Oscar, “Comunicación, cultura y proceso político”, *Op. Cit.*, pág. 56.

hacia un régimen democrático. Frente al discurso que sostenía la importancia de “informatizar la sociedad”, se opusieron aquellos que marcaron el acento en la necesidad de “democratizar la informática”⁵¹. El ingreso al paradigma democrático planteaba a los intelectuales de la comunicación una serie de cuestionamientos acerca de la relación democracia/comunicación: ¿acaso la inserción de nuevas tecnologías fomentaría mayor democratización y participación en las prácticas comunicativas o, por el contrario, facilitarían la concentración y monopolización de los discursos? La necesidad de sentar las bases para una apropiación social de las nuevas tecnologías desde la perspectiva de una profundización de la democracia se encontraba presente. Sin embargo, era ilusorio, señalaban Mattelart y Schmucler, esperar que la informática, por sí sola, echara abajo la estructura de la sociedad, la pirámide de los poderes que la regían. La telemática, según los autores, podía facilitar el advenimiento de una nueva sociedad, pero no la construiría espontáneamente y por sí sola. La cuestión central radicaba entonces, no en las propiedades constitutivas de la tecnología sino en el tipo de mecanismos sociales que se intentaba poner en funcionamiento con ella. Mattelart y Schmucler planteaban con precisión lo que estaba en juego en el asunto al cuestionarse cuál sería “el grado de participación real de los ciudadanos y de la colectividad –es decir de democracia– a partir del modelo de institucionalidad tecnológica que se pretend[ía] imponer”⁵².

3.4 Democracia política y participación: construcción de una identidad nacional frente al poder transnacional

Los mecanismos de censura y silenciamiento impuestos por parte de los gobiernos autoritarios de la región constituyeron un punto clave en la emergencia del debate por las distintas maneras de participación política al interior de la sociedad. Discutir sobre transición a un régimen democrático suponía, a su vez, interrogarse sobre nuevas formas de acceso y participación política real que hicieran visible la heterogeneidad de demandas que surgían desde la sociedad. Los medios de comunicación fueron objeto de discusión en

⁵¹ Mattelart, Armand y Mattelart, Michele, *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*, Óp. Cit., pág. 165.

⁵² Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, *Op. Cit.*, 1982, pág. 84.

cuanto a su capacidad de fomentar (o bien ocultar, según la perspectiva) el ingreso de voces distintas de los sectores diversos de la sociedad.

Un desafío nuevo para la democracia se sumaba a la lista: la capacidad de afrontar el poder de las empresas transnacionales de comunicación. De acuerdo a los diagnósticos de la época, las grandes empresas internacionales de medios se encontraban presentes en todas las etapas del proceso de producción del mensaje, desde la generación hasta la distribución misma de los productos mediáticos. Simultáneamente, las agencias nacionales de noticias trabajaban en interacción con bancos de datos internacionales dando lugar a un funcionamiento transnacional de la información que prescindía el límite de las fronteras nacionales y encontraba su racionalidad en la producción y el consumo planetario.⁵³

La influencia del poder transnacional en la construcción de la cultura nacional fue un debate que se intensificó a lo largo de la década del 80', a partir de la disyuntiva entre *cultura transnacional* y *cultura popular*. Según la caracterización que hacía por entonces Néstor García Canclini, mientras que la teorías “deductivistas” se caracterizaban por una mirada verticalista de la comunicación, brindando especial atención a las maniobras de dominación ejercidas por los medios masivos de comunicación, por otro lado, las teorías “inductivistas” se enfocaban en la idealización de la autonomía de las clases populares, entendidas como entes aislados de la cultura transnacional.⁵⁴ Esta circunscripción del análisis impedía la rearticulación de una nueva concepción de la comunicación, lo que se sumaba a la fuerte carga homogeneizadora que implicaba la transnacionalización de los canales de información. Sin embargo, numerosos autores reafirmaban la importancia de

⁵³ En su diagnóstico sobre el estado de las telecomunicaciones en América Latina, Armand Mattelart y Héctor Schmucler aseguran que la ampliación de los conglomerados de empresas de medios de comunicación brindaba algunos ejemplos de empresas de la región que habían logrado establecerse en todo el proceso de la producción de mensajes. De acuerdo con los autores, las nuevas tecnologías de la información ofrecían la oportunidad de “desarrollar aún más la tendencia vigente a la monopolización de los mensajes”. Mattelart, Armand y Schmucler Héctor, *América Latina en la encrucijada telemática*, Óp. Cit., págs. 26-28.

⁵⁴ García Canclini sostiene que los deductivistas “afirman que la expansión transnacional del capitalismo va eliminando inexorablemente las formas tradicionales de vida”, mientras que el inductivismo “identifica lo popular con lo tradicional y valora apocalípticamente todo cambio modernizador” Lo que Canclini intentaba introducir al caracterizar las falencias de estas dos perspectivas teóricas, era la importancia de la “doble inscripción de la producción cultural” en tanto proceso histórico que daba identidad a los grupos sociales en articulación con la lógica estructural del sistema transnacional. García Canclini, Néstor, “Cultura transnacional y culturas populares en México”, ponencia presentada al coloquio “Cultura transnacional y cultura popular”, realizado por el instituto para América Latina (IPAL) en Bogotá, Colombia, 1985. Reproducido en *Cuadernos Hispanoamericanos* N°431, mayo, 1986, págs. 8-11.

una definición de comunicación que incluyera y expresase la pluralidad de las identidades culturales de América Latina, con el objetivo de construir un nuevo paradigma analítico que ubicara el proceso de constitución de la identidad nacional en el centro de la formación de una cultura transnacional.⁵⁵

Respecto de este debate, es posible destacar en *Crítica y Utopía* dos argumentos centrales. En primer lugar, Schmucler y Mattelart adscribían a la idea de que, en la era transnacional la disolución de las fronteras nacionales en manos de la lógica del sistema transnacional, resultaba en un proceso de implementación de tecnologías a nivel planetario, es decir que, tanto los países productores como los países receptores incorporaban la tecnología de manera simultánea. Según los autores, muchas veces las naciones del sur del continente sirvieron como “lugar de experimentación” para el desarrollo de sistemas generados por empresas multinacionales.⁵⁶ A partir de esta transformación, las naciones comenzaban a estar definidas más por las interrelaciones que mantenían en el complejo transnacional que por el lugar que ocupaban en los mapas. El impacto se producía no solamente en el ámbito político y económico sino, también, fuertemente en la organización de la cultura, es decir, en la interpretación de cómo la naturaleza de la tecnología informática, como hemos citado, imponía una reorganización de los aparatos de comunicación y de la producción de la significación social.

En relación con ello, otro de los tópicos que se discutía en *Crítica y Utopía* se vinculaba al proceso de disolución de los llamados “macro sujetos”. El fenómeno de transnacionalización desafiaba a los Estados nacionales mediante un nuevo tipo de complejidad: la revolución tecnológica y la monopolización de la información influía directamente sobre el poder y sobre la construcción de políticas locales, ya que las mismas se veían desbordadas por la influencia de los centros de decisión internacional. Según Oscar Landi, si la democracia política pretendía posicionarse como un nuevo régimen que fomentase el derecho a la información y una real participación en el plano político, esto no

⁵⁵ Juan Martín Barbero en el análisis de la influencia de la cultura transnacional, aseguraba que solo en la medida en que se tenga en cuenta “la pluralidad de modos culturales” será posible “replicar a esa homogeneización”. Gonzaga Motta, Luis, “Comunicación popular y los modelos transnacionales. Entrevista a Jesús Martín Barbero”, en *Chasqui, Revista Latinoamericana de Comunicación* N° 8, 1983, págs. 7-8.

⁵⁶ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, *Óp. Cit.*, pág. 82.

se lograría “compitiendo en espejo con las transnacionales de la cultura de la información, sino mediante la consolidación de los que denominamos un nuevo principio de organización del campo cultural”⁵⁷. Siguiendo esta línea de pensamiento, las políticas de intervención por parte del Estado debían estar dirigidas hacia la conformación de una nueva concepción de la cultura nacional, enmarcada en un proyecto nacional de cultura, que lograra hacer frente la concentración y homogeneización informativa de la era transnacional. En la misma línea, Aníbal Ford sostenía que la llave de una política cultural nacional se encontraba en la activa participación de los diversos sectores de la sociedad en la construcción de los parámetros de una identidad nacional. “Nuestra identidad”, escribía Ford, “no es otra cosa que esa operación de manejar la información, de revertir los mecanismos de interrupción, interferencia, expropiación, tanto actuales como históricos, tanto hacia adentro como hacia afuera, desde nuestras necesidades, desde nuestro pueblo, desde nuestro país y nuestra historia concretos”⁵⁸.

Los avatares de la discusión ponían de relieve la existencia de un debate en plena transformación tanto como la gestación de nuevos acercamientos teóricos. Estas huellas pueden encontrarse en la convivencia de diversos autores en las páginas de *Crítica y Utopía*. Nos referimos a las intervenciones de Anibal Ford, Héctor Schmucler, Armand Mattelart, Norbert Lechner y Oscar Landi que, si bien partían desde tradiciones y posiciones diferentes, tanto teóricas como ideológicas, sus conclusiones convergían en algunas posiciones generales en cuanto a las direcciones que el análisis comunicacional debía asumir.

Si, por un lado, había coincidencia en afirmar la necesidad de enmarcar la problemática de la comunicación y la cultura dentro del contexto de la transición hacia un régimen democrático, por otro, continuaban algunas posiciones que desconfiaban del potencial pluralista de la democracia como una característica inherente a la misma. Las palabras Schmucler y Mattelart son reveladoras en este punto:

⁵⁷ Landi, Oscar, “Cultura y política en la transición a la democracia”, *Op. Cit.*, pág. 87.

⁵⁸ Ford, Anibal, “De la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y Proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, pág. 63.

Estamos en presencia de un modelo en que los procesos de descentralización se ofrecen como formas de participación social. Participación ilusoria que en realidad tiende a la atomización de la sociedad, que sustituye las formas de comunicación de la vida comunitaria, que disgrega el poder de lo colectivo y propone una nueva cultura basada en la exasperación del individualismo. Cualquier proyecto verdadero de democracia deberá tomar en cuenta estas nuevas realidades.⁵⁹

Quedaba claro que la democracia había planteado a los intelectuales un abanico de posibilidades que se abría para explorar nuevos horizontes teóricos a la vez que se discutían y ponían en cuestión paradigmas que hasta hace unas décadas atrás conformaban la hegemonía teórica. Este proceso de expectativas debía enfrentarse a una serie de desafíos: mayor participación política, redefinición de la cultura y la identidad nacional, y mayor pluralidad y heterogeneidad de los canales de información.

⁵⁹ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, *Op. Cit.*, pág. 84.

CAPÍTULO IV

Renovación identitaria de los intelectuales

El objetivo de este capítulo es poner de relieve el modo en que, en *Crítica y Utopía*, los procesos de renovación conceptual en materia de comunicación y la consolidación de un paradigma democrático fueron acompañados por un movimiento de redefinición en torno a la definición del intelectual y su rol en la sociedad. Para ello, realizaremos un breve recorrido por los debates que tuvieron lugar en la década del ochenta sobre la función del intelectual, que giraron principalmente en torno a su capacidad para intervenir en la esfera pública de manera autónoma. Luego pondremos de relieve las distintas perspectivas que *Crítica y Utopía* consolidó en torno de este debate y de qué manera una multiplicidad de voces y visiones convivieron en la publicación. Revisados estos puntos, nos concentraremos en las reflexiones que, en relación con este tópico, ofrecieron los intelectuales que trabajaron temáticas del campo de la comunicación y la cultura en la revista, a fin de reconstruir en su especificidad los vínculos que articularon la reflexión en comunicación, la pregunta por su relación con la democracia y un modo renovado de concebir la figura y la intervención intelectual.

4.1. Década del 80': Un debate en torno de la autonomía de la actividad intelectual

Intentar una definición acabada del término intelectual es una tarea que no compromete este trabajo. Acordamos con la idea que dicho término construye sus dimensiones y su significación a partir de condiciones históricas particulares, por lo que una definición

concluyente sería superflua.¹ Antes bien, es el proceso de construcción de su representación y el análisis de sus posicionamientos como actor activo de la realidad social lo que se nos presenta sumamente enriquecedor para comprender los procesos de rearticulación y cambio al interior del campo intelectual que caracterizaron la época de transición democrática en la Argentina.

Roxana Patiño señala que los primeros años de la década del ochenta se caracterizaron por “complejos movimientos en los que cada sector del campo intelectual debió diseñar inexcusablemente su lugar”². Esta afirmación hace referencia a un extenso debate sobre la identidad del intelectual que volvía a generar polémicas a partir de las ideas sobre la recuperación de la democracia. A grandes rasgos, el debate giró en torno a las relaciones establecidas entre el campo intelectual y el campo político. La experiencia del gobierno autoritario y el ascenso del ideal democrático marcaban el comienzo de un nuevo proceso de transformación identitaria: el análisis de la categoría del intelectual exigía su contextualización dentro de los procesos de cambio cultural en relación con los cambios histórico-políticos e ideológicos de la sociedad. Pues bien, los estudios sobre la cultura durante la transición democrática argentina adquieren relevancia para nuestro trabajo en relación con los procesos de autocrítica y renovación de la identidad intelectual que marcaron la época, especialmente en sectores de la izquierda y el peronismo. La llamada “derrota política” se tradujo en la transformación de una identidad intelectual que, agotados para buena parte de los actores los postulados marxistas, comenzaban a condenar la violencia revolucionaria y la lucha armada en pos de una revalorización de la democracia como espacio para dirimir los conflictos sociales. Justamente, fueron aquellas ideas en torno a la reivindicación de la democracia que tornaron residuales las

¹ Carlos Altamirano asegura que el concepto de intelectual “no tiene un significado establecido: es multívoco, se presta a la polémica y tiene límites imprecisos”. Según el autor, los interrogantes que se articulan alrededor de la pregunta ¿qué es un intelectual? tienden a trasladarse hacia la pregunta por la función del intelectual. En efecto, en el desarrollo histórico-político del concepto, los intelectuales se han definido a sí mismos mucho más por sus deberes como actores de la cultura (dimensión normativa) que por sus rasgos distintivos. Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2013, pág. 17 y 55.

² Patiño, Roxana, “Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)”, en *Cuadernos de Recienvenido*, N°4, Universidad de San Pablo, San Pablo, 1997, pág. 6.

problemáticas de una identidad intelectual nucleada en torno a la idea de revolución, o mejor, a un tipo de cultura política revolucionaria.³

Brevemente, señalaremos que el debate que tuvo lugar a principios de la década del 80' acerca de la imagen de la figura del intelectual se consolidaba alrededor de la crítica de su representación en tanto “intelectual comprometido”. Esta definición se articulaba a partir de la idea de que la militancia había cobrado tal relevancia entre las capas intelectuales en las décadas previas que su identidad había quedado por completo rendida a los parámetros de su actividad política. La idea que afirmaba “todo es política” había ejercido una fuerte presión sobre la autonomía de la actividad intelectual. En la base de la construcción de una imagen intelectual consolidada alrededor del ideal revolucionario como modo de resolución del conflicto social se encontraba la disolución de las líneas que marcaban la independencia entre los campos intelectual y político.⁴

Beatriz Sarlo aseguraba hacia 1985 que el error de la intelectualidad de la década del 70' había sido rendir la lógica intelectual a la lógica de la política, convirtiendo el quehacer intelectual en una práctica de “antiintelectualismo” y “servilismo”, sea cual fuera el amo⁵. La actividad intelectual, de acuerdo con su pensamiento, debía construirse en base a una combinación entre compromiso personal y libertad cultural. La autora dirigía su crítica por igual hacia la imposibilidad de este colectivo para intervenir en la escena social

³ Raúl Burgos señala que la perspectiva institucional que asumió el debate en torno a la transición democrática suponía un viraje en la resignificación del concepto de *democracia* junto con el de *revolución*. El autor identifica tres etapas del proceso de aproximación a una posición “institucionalista” por parte de un sector de la intelectualidad argentina de izquierda: el pasaje de la concepción teórica y política de transformación social revolucionaria hacia el desplazamiento de la idea de “revolución”, “el realce del concepto de *democracia* en el proceso transformador y, finalmente, hacia la sobrevalorización de la democracia política y el esfuerzo de su construcción institucional en torno de temas como ‘pacto social’, ‘reforma política’, ‘gobernabilidad’, etc.” Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y Política en la experiencia de Pasado y Presente*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2004, págs. 308-312.

⁴ De acuerdo con Silvia Sigal, durante las décadas del 60' y 70', el modelo de intelectual argentino en su relación con la política atravesó tres etapas. La primera, de fuerte influencia sartriana, se caracterizó por la imagen de un intelectual crítico que reivindicaba la autonomía de la actividad intelectual frente a las exigencias del plano político. Un segundo momento, se caracterizó por el predominio de la idea de la pérdida de la independencia de la obra del intelectual, que pasaba a estar a entera disposición del posicionamiento político. El comienzo de una tercera etapa, en los inicios de la década del 70', se caracterizaba por “una exigencia de fusión entre autor y obra, y por la disolución de la entidad intelectual, de la distancia entre pensamiento y comportamiento”. La actividad política cada vez con mayor intensidad se convirtió en la dimensión dadora de sentido de toda práctica intelectual. Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Editorial Punto Sur, Buenos Aires, 1991, pág. 249.

⁵ Sarlo, Beatriz, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, *Punto de Vista* N° 25, 1985, pág. 2.

en carácter de ciudadanos; los intelectuales se habían posicionado en tanto representantes de otras “macro entidades” como, por ejemplo, el Pueblo, la Nación, la Revolución o el Partido.

Como herramienta argumentativa para organizar sus discursos, los escritos de Pierre Bourdieu acerca de la autonomía de los campos fueron utilizados por quienes intentaron establecer límites entre el campo político y el campo cultural. A partir del reconocimiento de la existencia de una independencia entre ambas esferas (sin por ello desconocer su profunda interacción) fue posible establecer la figura específica de los intelectuales en tanto “actores en función de su pertenencia a un sistema autónomo con reglas de consagración y poder que le son propias, considerando lo político como exterior al campo cultural”⁶.

En la nueva trama democrática, la imagen de un intelectual que respondía a la lógica política como único criterio de verdad entró en decadencia. Distanciándose de la tradición socialista, las ideas de la transición rompían con la idea que consideraba que el pueblo debía ser educado y guiado. Su compromiso ya no debía encontrarse subordinado a los lineamientos del partido sino, antes bien, comprometido con la política en tanto debate democrático. Pero esto no significaba que frente a la decadencia del ideal revolucionario de los setenta debía erigirse el conformismo; todo lo contrario, la intelectualidad de izquierda se encontraba confinada a revisar el pasado reciente a fin de construir su identidad en el presente. Esta ruptura significaba la necesidad de reafirmar una identidad intelectual en tanto sujeto autónomo pero, al mismo tiempo, la necesidad de concebirlo en tanto figura atravesada por una tensión constitutiva ineliminable entre la dimensión cultural y la política.⁷

Si bien este discurso fue dominante en la reconstrucción de la identidad intelectual de la década del ochenta, no todos los intelectuales adscribieron a esta perspectiva. Un

⁶ Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Óp. Cit., pág. 16-17.

⁷ Sarlo afirma que sería conveniente repensar las relaciones entre cultura, ideología y política “como relaciones gobernadas por una tensión ineliminable, que es la clave de la dinámica cultural, en la medida en que cultura y política son instancias disimétricas y, por regla general, no homológicas”. Se trataría, entonces, de pensar al intelectual como sujeto atravesado por esta tensión y no como “subordinado a las legalidades de una y otra instancia, listo para sacrificar en una de ellas lo que defendería en la otra”. Sarlo, Beatriz, “Intelectuales: ¿escisión o mimesis?”, Óp. Cit., pág. 6.

sector representativo aunque periférico en el campo negaba la supuesta crisis del marxismo y sus voces se alzaron en contra de quienes, amparados por el proceso democratizador, pretendían abandonar la revolución como método de acción para así lograr “acomodar su pensamiento a las circunstancias”.⁸

De todas maneras, con la generación intelectual que ganó terreno con la recuperación de la democracia, se consolidaron las ideas que abogaban por la autonomía e institucionalización de la actividad intelectual y que, en simultáneo, postulaban la necesidad de no renunciar a una postura crítica. Al mismo tiempo que aquellas ideas que entendían la función intelectual como guía de un sujeto macro iban perdiendo espacio, la formación de la categoría de democracia permitía pensar las condiciones de ejercicio de esa nueva identidad intelectual: desde el campo cultural, se configuraba un nuevo momento en su relación con el Estado y la política.

4.2. La redefinición del rol intelectual en *Crítica y Utopía*

La tensión entre la imagen del intelectual comprometido y aquella del intelectual alejado de las pasiones políticas atraviesa la historia argentina. Lo hizo también aunque, de manera renovada, en los años de la transición a la democracia. La revista *Crítica y Utopía* no se encontraba ajena a estos debates: su presentación, en su número inicial, expresaba la configuración de algunas de las ideas respecto de la identidad del intelectual que orientarían la vida de la publicación, ideas que se afianzarían en los artículos publicados por los miembros del consejo directivo, especialmente Francisco Delich⁹. El punto de partida elegido por la revista fue la revisión del desempeño del rol intelectual durante la experiencia del pasado reciente: a través de la crítica a la actividad intelectual de la década

⁸ Mangone, Carlos, “El santo oficio de los intelectuales”, *La Bizca* N°3, Buenos Aires, 1985, pág. 5.

⁹ Es interesante destacar la participación de Delich en otro momento de renovación de la figura del intelectual de la historia argentina, como integrante del consejo de redacción de la revista *Pasado y Presente* en la década del sesenta. Partiendo de la crítica a un marxismo ortodoxo, la revista se posicionaba como un espacio de generación e intercambio de ideas por parte de un nuevo sector de la izquierda. La tensión entre la imagen del intelectual comprometido políticamente y el intelectual alejado de las pasiones políticas alcanzaba un nuevo giro con la emergencia del peronismo como fuerza política y el ingreso de las masas a la escena pública, planteando la necesidad de reorganización del colectivo intelectual, principalmente en todo lo que refería a su aspecto normativo. Aricó, José María, “Pasado y Presente”, en *Pasado y Presente* N°1, Córdoba, 1963, pág. 3.

del 70', el consejo de redacción de *Crítica y Utopía* proponía las nuevas tareas que, entendía, la época demandaba. Si bien el conjunto de los intelectuales latinoamericanos había sido capaz de quebrar el monopolio ideológico de la dominación externa y, por lo tanto, había sido exitoso en denunciar críticamente la dependencia que suponía el colonialismo cultural, no obstante, todavía no había podido sortear los peligros de la abstracción del “análisis coyuntural con aspiraciones de universalidad”¹⁰. Esta afirmación hacía referencia a la crisis de los paradigmas dominantes de las ciencias sociales, aquellos que a partir de grandes marcos referenciales pretendían dar cuenta de la totalidad de lo social. El punto de partida para el análisis que se proponía *Crítica y Utopía* era distinto: se trataba de impulsar una nueva definición, un nuevo estilo de trabajo científico que “privilegie el análisis de los problemas y que construya teoría a partir de éstos”¹¹.

La incapacidad de promover una renovación ideológica de los movimientos sociales (en especial, del movimiento obrero), también fue señalada como una deficiencia de la década anterior. Según Delich, en los comienzos de los años setenta, una serie de factores (el fuerte debate político-ideológico y la disputa por la hegemonía en el interior del peronismo) pusieron de relieve una tendencia hacia un proceso de mutación teórica que, según el autor, finalmente no ocurrió. Frente a estos hechos, Delich argumentaba en favor de la capacidad de la democracia de generar espacios de intercambio de ideas: los años de silencio bajo el gobierno militar habían preparado el terreno para un cambio ideológico, “pero solamente el debate libre posibilitará una transformación de los discursos”.¹²

Otro nudo fuerte de conflicto expresaba la necesidad de articular una nueva función del intelectual en el marco de un nuevo paradigma democrático que pudiera atender las particularidades de una nueva cultura política basada en los principios de la democracia. En esta línea, Fernando Henrique Cardoso señalaba que la intelectualidad debía recorrer todavía un largo camino para poder transformar la idea democrática “en algo compatible con la necesidad de cambios estructurales, sin desfigurarla”. Este proceso requería, según

¹⁰ *Crítica y Utopía* N°1, “Presentación”, 1979, pág. 12.

¹¹ *Ibíd.*, pág. 11.

¹² Delich, Francisco, “Desmovilización social, reestructuración obrera y cambio sindical”, en *Crítica y Utopía* N°6, 1982, pág. 95.

Cardoso, actualizar el concepto de *democracia* “como respuesta creativa a una sociedad cuya base civilizatoria y cuyas ansiedades son distintas de las sociedades del pasado, aún del pasado inmediato”¹³. La apuesta de *Crítica y Utopía* apuntó a una reformulación crítica de los proyectos de los intelectuales de izquierda a través de un renovado modo de acercarse a las ciencias sociales. Antes que intentar abarcar un gran bloque de ideas, se trataba de enfocar los esfuerzos en la elaboración de procesos de conocimiento: romper con las grandes teorías, atender al desarrollo de los procesos y problemas que la sociedad demandaba para luego formular las teorías sociales, reafirmar los métodos del conocimiento científico; estas consideraciones daban cuenta de un distanciamiento de la imagen del intelectual “con mentalidad de preceptores o de profetas”, según las palabras contemporáneas de los editores de *Punto de Vista*.¹⁴

El advenimiento del ideario democrático fomentaba el cuestionamiento de las ideas, los proyectos y la metodología de análisis de los intelectuales de izquierda, al mismo tiempo que vía modificada su relación con la política. En coincidencia con la posición de *Punto de Vista*, el consejo de redacción de *Crítica y Utopía* aseguraba que la elaboración y discusión teórica no podía estar jamás separada de la discusión política, ya que esta última se constituía como “una de sus dimensiones, que no hay razón alguna para privilegiar, pero tampoco para desechar o subestimar”¹⁵. En medio del debate local sobre el rol del intelectual, en 1982 Delich publicó un artículo en el que discutía acerca de la construcción de una identidad política al interior de un régimen democrático. Allí, el autor señalaba la importancia de definir con mayor precisión los actores políticos en la arena de la contienda democrática. Si, sostenía Delich, el proceso de transición a la democracia requeriría la

¹³ Cardoso, Fernando H., “La democracia en las sociedades contemporáneas”, en *Crítica y Utopía* N°6, 1982, pág. 37.

¹⁴ En el editorial de su número 17 la revista *Punto de Vista* reflexiona sobre el lugar del intelectual frente a la apertura política hacia la democracia, meses antes de las elecciones presidenciales de octubre de 1983. El consejo de redacción afirmaba que “las alternativas políticas que se avecinan traerán la discusión y la controversia dentro de ese campo; ellas son necesarias y sólo una visión beata de la democracia puede temerlas. Sin embargo, sería olvidar la experiencia de esta década si cada posición intelectual se convierte en una máquina de guerra intolerante dispuesta a que suenen nada más que sus argumentos y a demonizar toda diferencia. Las reconstrucciones de la cultura argentina, de sus instituciones y de sus redes, de todo aquello que ha sido degradado material e ideológicamente, constituirá un desafío para los intelectuales. Porque esa reconstrucción exigirá debate y espíritu crítico, pero también nuevas ideas y los intelectuales no deben participar en ella con mentalidad de preceptores o de profetas, sino como ciudadanos”. *Punto de Vista* N° 17, “Editorial”, 1983, pág. 3.

¹⁵ *Crítica y Utopía* N°1, “Presentación”, 1979, pág. 10.

recuperación de lo viejo (la actividad política silenciada por la violencia del gobierno autoritario), también demandaba una innovación respecto de la lógica que había orientado actividad intelectual en el pasado reciente (la sobreestimación de la lógica política por sobre la lógica intelectual). El problema de la redefinición de la identidad de los actores se transformaba, entonces, “en un problema central”.¹⁶ La tarea de revisar críticamente la tradición de la izquierda intelectual se verificaba a partir de la revalorización de la democracia política. El autor aseguraba que al mismo tiempo que se afianzaban las ideas que defendían la organización democrática de la política, los intelectuales se encontraban alterando sus propios rasgos constitutivos:

Pero estos actores no pueden –dramáticamente– organizar su identidad sino a partir de parámetros que no pueden modificar sin modificarse y que no controlan sin controlarse: la situación de dictadura por una parte y las relaciones en las cuales estas identidades operan prácticamente. En otros términos, los actores se constituyen como tales a condición de construir simultáneamente las condiciones de la democracia, lo que implica que no pueden construir cualquier identidad sino sólo aquella permitida por las relaciones que simultáneamente se proponen establecer y estabilizar.¹⁷

La revalorización de la política tenía fuertes influencias de una experiencia reciente que había censurado cualquier posibilidad de participación y expresión de disidencias en la toma de decisiones políticas. “Mientras no vivamos una situación de diálogo social”, aseguraba Lechner en la misma línea, “no tendremos un consenso explícito sobre los límites ordenadores de la convivencia social”¹⁸. Según el autor, sólo a partir de la política era posible hacer explícito el conflicto sobre las normas clasificatorias que organizaban la vida social. Sin embargo, esta revalorización de la actividad política, en tanto generación de disenso, se encontraba enmarcada dentro de los límites del régimen de la democracia política.

La intervención de Silvia Sigal en el número 13 de *Crítica y Utopía* se hacía eco del debate. A partir de una entrevista que había realizado al sociólogo francés Alain

¹⁶ Delich, Francisco, “Teoría y práctica política en situaciones de dictadura”, en *Crítica y Utopía* N° 8, 1982, pág. 27.

¹⁷ *Ibíd.*, pág.27.

¹⁸ Lechner, Norbert, “Por un análisis político de la información”, en *Crítica y Utopía* N°7, 1982, pág. 39.

Touraine¹⁹, Sigal abordaba la temática haciendo hincapié en el análisis del rol de la intelectualidad latinoamericana. Luego de caracterizar a los intelectuales populistas por su “anti-intelectualismo”, a la pregunta de Sigal sobre la dirección de las nuevas orientaciones intelectuales, Touraine respondía argumentando en defensa de la autonomía del mundo intelectual respecto del mundo de la política. No obstante, para el sociólogo francés, “los intelectuales cumplían la función de construir una ‘conciencia de unidad nacional’ y, además, debían lograr penetrar “las múltiples demandas y fuerzas sociales en el sistema político”²⁰. El autor aseguraba que el intelectual podía desempeñar su rol como tal siempre y cuando su actividad se encontrara profesionalizada. Por tal motivo debía, como tarea prioritaria, abocarse a “la reconstrucción de las grandes instituciones universitarias del continente”²¹.

El discurso que sostenía la defensa de la institucionalización de la actividad intelectual fue una temática que el consejo de redacción de la revista se propuso impulsar. La idea de la institucionalización de la actividad intelectual comenzaba a ganar terreno en detrimento de aquella representación que abogaba por el desmantelamiento institucional: definir un estilo de investigación y discusión colectivo se constituía una tarea imprescindible para el desarrollo de una teoría social que pudiera atender las demandas de la región. Junto con esta idea, el consejo de redacción de la revista expresaba la necesidad de promover la formación de un lenguaje específico como dimensión fundamental para el fortalecimiento de la actividad académica. De acuerdo con los argumentos, la reflexión en ciencias sociales requería “inevitablemente un alto grado de clarificación conceptual”²². El desarrollo de este lenguaje específico no era una tarea que debía ser llevada a cabo individualmente; la complejización y el avance en las ciencias sociales se encontraban ligados a la socialización de un código compartido, es decir que la discusión académica

¹⁹ Alain Touraine formó parte del cuerpo docente en el segundo período de ELAS (Escuela Latinoamericana de Sociología) y profesor invitado en la tercera etapa, desde 1960 a 1968. Dentro de sus estudios sobre la sociedad latinoamericana, se concentró principalmente en el análisis del trabajo y la conciencia de los trabajadores, y los golpes de Estado de la región, donde se abocó al estudio del papel del sujeto en los movimientos sociales.

²⁰ Sigal, Silvia, “América Latina y sus intelectuales. Conversación con Alain Touraine”, en *Crítica y Utopía* N° 13, 1985, pág. 37.

²¹ *Ibíd.*, pág. 42.

²² *Crítica y Utopía* N°1, “Presentación”, 1979, pág. 13.

requería cada vez más “un alto grado de conocimiento de los códigos institucionalizados”²³. Así se explicitaba en la presentación de la revista:

Es cierto, la construcción del conocimiento en ciencias sociales requiere la profesionalización y la institucionalización de la actividad; es también cierto que este carácter profesional implica la manipulación de códigos, entre ellos un código simbólico capaz de expresar con precisión argumentos y conclusiones. Esto permite, como es sabido, no solamente la contrastación lógica o empírica inicialmente, sino la acumulación misma del conocimiento. Admitiremos también entonces la utilidad de la formalización, sea como construcción hipotética de modelos, como exploración de instrumentos de medición y desde luego como organizador de resultados.²⁴

Si la revista pretendía convertirse en un ámbito de discusión intelectual, la formalización de la actividad al interior de instituciones (en este caso en particular, las posibilidades que brindaba CLACSO a los intelectuales en tanto promotor de investigaciones), y la utilización de un lenguaje específico como rasgo característico de la actividad académica²⁵ permitiría atender los nudos críticos de la praxis social, que no podían ser otros que “las urgencias prácticas de los pueblos”²⁶.

Si, como afirma Zygmunt Bauman, las definiciones del intelectual no suelen ser otra cosa que autodefiniciones y, como tales, hay que considerarlas como recursos de legitimación de quienes las enuncian²⁷, podemos decir entonces que en la revista *Crítica y Utopía* se encontraba configurando una nueva idea del intelectual como actor en la sociedad. A lo largo de sus publicaciones, es posible poner de relieve un distanciamiento

²³ *Ibíd.*, pág. 13.

²⁴ *Ibíd.*, pág. 12.

²⁵ Estas afirmaciones se enmarcaban en un proceso de decadencia de la imagen del “intelectual universal” en occidente. En esta línea, Gisele Sapiro rechaza, citando a Foucault y Bourdieu, la figura del intelectual en tanto “maestro de la verdad y la justicia”, portador del conocimiento universal. Junto al crecimiento del lugar de los expertos, comenzaba a ganar terreno la figura del “intelectual específico”, la cual conservaba la dimensión crítica del intelectual universal, pero a diferencia de este último se pretendía “específica y no global, anclada en un saber especializado”. Alejado por igual de las pasiones políticas y de la neutralidad del experto, el rol del intelectual específico, según Foucault, no era “formar la conciencia de la clase trabajadora, puesto que ella existe” sino, por el contrario, permitir que esta conciencia “entre en el sistema de información para difundir y ayudar, en consecuencia, a otros trabajadores o personas que no son conscientes de lo que acontece”. Sapiro, Gisèle, “Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés”, en *Prismas* N°15, Buenos Aires, 2011.

²⁶ *Crítica y Utopía*, Óp. Cit., pág. 12.

²⁷ Según Bauman, todas las definiciones del intelectual tienen un rasgo en común: son autodefiniciones. Efectivamente, “sus autores son miembros de la misma rara especie que intentan definir. De allí que toda definición que propongan sea un intento de trazar un límite de su propia identidad”. Bauman, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes*, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1997, pág. 17.

de aquella imagen del intelectual que suponía una función educadora del pueblo a través del uso de un lenguaje pedagógico y rendido a la lógica de la política. Por el contrario, se reafirmaba una fuerte vinculación entre las ideas de revalorización de la democracia política y la construcción de un rol determinado para el intelectual. Esta relación suponía una *función civil* del intelectual en tanto éste interviniera en la esfera pública y se encontrara comprometido con las instituciones democráticas de la sociedad.²⁸ Aludiendo al papel de actores democráticos como garantes del proceso de democratización, la defensa de la institucionalización y especialización de la actividad intelectual comenzaba a ofrecer a estos intelectuales espacios y herramientas de intervención en el campo político y en el campo cultural, sin necesidad de perder su autonomía en el proceso. Así, quienes se agruparon en torno a *Crítica y Utopía* reclamaron para su práctica intelectual un modo de intervención específica, basada en la defensa de la institucionalización de la actividad intelectual en conjunto con la formación de un lenguaje especializado. La revisión del pasado reciente funcionó para los autores como estrategia para diseñar su nuevo lugar de intervención en el campo intelectual²⁹, que se reconfiguraba a partir de los postulados en torno a la recuperación de la democracia y se inscribía en una suerte de socialización institucional cuya referencia principal fueron las universidades (sumado a otros espacios claves del proceso como las revistas y los centros de investigación) como espacios de consagración y reconocimiento simbólico del intelectual.³⁰

²⁸ Martina Garategaray sostiene que a partir de la década del 80' con el advenimiento democrático como terreno de formación de nuevas ideas y proyectos intelectuales, fue posible observar una mutación en el rol intelectual. Distanciándose de la tradición socialista que entendía al intelectual como guía y formador de la conciencia del pueblo, se configuraba una nueva identidad que desempeñaba una "función civil", entendida a partir de "su intervención en la esfera pública como en su compromiso con las instituciones democráticas". Martina Garategaray, "Democracia, intelectuales y política. Punto de Vista, Unidos y La Ciudad Futura en la transición política e ideológica de la década del 80", en *Estudios* N°29, Buenos Aires, enero-junio, 2013, pág. 58.

²⁹ Omar Acha analiza el discurso que hegemonizó las lecturas intelectuales sobre la década del 60'. Su argumentación se desarrolla en base a la problematización de la eficacia cultural que ejerció el libro de Oscar Terán *Nuestros Años Sesenta*. Acha, Omar, *Cambias de ideas, Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, Editorial Prometeo, Buenos Aires, 2017, pág. 155.

³⁰ Nicolás Freibrun afirma que una de las claves del proceso de recuperación de la democracia fue la apropiación de las universidades como lugares de reconocimiento de la actividad intelectual. Lejos de perder su capacidad crítica, los intelectuales se encontraban articulando un espacio de intervención cultural y política propio: "Debe entenderse la institucionalización como un proceso de autonomización". Freibrun, Nicolás, *La reinención de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2014, pág. 28.

4.3. El intelectual de la comunicación en el nuevo paradigma democrático

Indagar el itinerario de los intelectuales de la comunicación que intervinieron en *Crítica y Utopía* se revela productivo para analizar el modo en que se articulaba un determinado modo de interpretar la función del intelectual en relación con la reflexión sobre la comunicación, en el seno de un nuevo paradigma democrático. Además, resulta interesante poner de relieve una propuesta de intervención intelectual diferente de aquella enunciada por las principales voces del consejo de redacción de la revista, para poner en evidencia los distintos matices que se desplegaron al interior de la revista en torno del modo en que se pensó la figura del intelectual bajo el marco común de la democracia.

Hasta el momento, hemos señalado la importancia que las intervenciones de Francisco Delich, Norbert Lechner, Fernando H. Cardoso, Silvia Sigal y Alain Touraine adjudicaron a la autonomía de la actividad intelectual como muestra de su compromiso con las Ciencias Sociales. Estos autores se interesaron por revalorizar la actividad intelectual a partir de la defensa de la necesidad de la institucionalización y especialización académica, el desarrollo de un lenguaje especializado y la delimitación entre el campo intelectual y el campo político, haciendo hincapié en la constitución de una suerte de esfera pública ciudadana como espacio de intervención propio del intelectual en las instituciones democráticas. No obstante, aunque no ocupaban una posición central en la revista, los artículos de Anibal Ford, Oscar Landi y Héctor Schmucler y Armand Mattelart planteaban una construcción de la imagen intelectual que se configuraba a partir de su especificidad como estudiosos de la comunicación y la cultura. Mientras que los integrantes del consejo de redacción provenían de la tradición disciplinar de la sociología, este grupo de intelectuales se destacaba particularmente por su dedicación a los estudios en comunicación. A partir de sus reflexiones teórico-políticas, es posible encontrar distintas perspectivas respecto de la construcción de la representación del intelectual: el eje Ford-Landi argumentaba en favor de una idea populista del intelectual que insistía en la expresión y recreación de lo popular como condición del hecho democrático. En tanto Ford concentraba sus esfuerzos en reivindicar los saberes populares como fuentes legítimas de saber, Landi, aunque manteniendo una perspectiva populista, presentaba ciertos argumentos que tendían levemente hacia la defensa de la formalización y especialización

del lenguaje, en línea con las ideas planteadas por el núcleo liderado por Delich. En esta línea de pensamiento populista no ingresaban Schmucler y Mattelart quienes, si bien apuntaban al estudio de las formaciones populares con el objetivo de “reivindicar la pluralidad de intereses que se mueven en la sociedad como expresión de grupos y de intereses específicos en el seno de las clases subalternas”, argumentaban en favor de la importancia de elaborar conceptualizaciones compartidas que conduzcan la actividad intelectual hacia formulaciones teóricas.³¹

Aunque pertenecían a tradiciones distintas, ambas líneas de pensamiento participaban de un denominador común: el problema de la democracia como eje estructurador del debate. Este nuevo planteo marcaba el “horizonte de época nacional”, con interrogantes que atravesaban “centralmente el mundo de las políticas de comunicación, los análisis de los comunicólogos y de los estudiosos de la comunicación”³². La reivindicación de la democracia política se ponía en relación con un nuevo concepto de comunicación como producción significadora de la voluntad colectiva, en conjunto con un fuerte movimiento de reflexión acerca de la función del intelectual en la sociedad democrática. La ruptura con la imagen del intelectual del pasado significaba un distanciamiento tanto con la representación del intelectual de izquierda como el peronista, en el marco de un largo proceso de autocrítica y renovación teórico-conceptual. Las ideas de la democracia política se consolidaban de la mano de los conceptos de pluralidad y heterogeneidad, es decir, de la promoción de la diversidad de expresiones de la sociedad civil en la generación y la resolución de conflictos. Los debates en torno a la comunicación ingresaban en el ideario de la época como un desafío para los intelectuales interesados en el análisis de la cultura y se fundamentaba en la necesidad de articular estas discusiones con los ejes del nuevo paradigma democrático: pensar el lugar de la cultura en la conformación de la esfera pública de la transición implicaba rearticular el espacio y las funciones de los intelectuales respecto de su propio campo y de su relación con el campo político y cultural.

³¹ Matterlart, Armand y Schmucler, Héctor, “Construir la democracia”, en *Comunicación y Cultura*, N°12, México, 1984, pág. 10.

³² Casullo, Nicolás, *Comunicación: La democracia difícil*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1985, pág. 180

Las intervenciones en *Crítica y Utopía* de los intelectuales que abordaron temáticas acerca de la problemática cultural en relación con la comunicación se concentraron principalmente en los números publicados entre 1982 y 1983, previos a las elecciones de octubre de este último año en la Argentina. En medio de un clima de ideas hegemonizado, como ya hemos señalado, por la importancia que se le adjudicaba a la recuperación de la democracia como sistema político, una serie de intelectuales se ocupó de promover (y reflexionar sobre) el rol de la comunicación en su especificidad y en su papel en el nuevo escenario político.³³

En esta línea pueden seguirse las intervenciones de Aníbal Ford, Oscar Landi, Héctor Schmucler y Armand Matellart, intelectuales de peso comprometidos con el desarrollo de las Ciencias de la Comunicación. Sus líneas de trabajo abordaron, principalmente, la importancia de una redefinición del concepto de comunicación (como dimensión del conflicto cultural), la cuestión de la construcción identitaria nacional frente a la fuerte tendencia homogeneizadora del fenómeno de la comunicación transnacional, el análisis de los impactos de las nuevas tecnologías de la información y, por último, la necesidad de creación de un proyecto nacional de cultura que articulara estas problemáticas. Fue así como la especificidad de los estudios en comunicación ganaba terreno a partir de su independencia de las otras disciplinas de las ciencias sociales: la comunicación comenzaba a posicionarse como un campo que atravesaba todos los ejes de las relaciones sociales y por ello, demandaba cierta delimitación del área de acción. Así lo aseguraban Schmucler y Matellart en su intervención en *Crítica y Utopía*:

Desde la aparición del modo capitalista de comunicación, que implica un modo específico de producción y de circulación de mercancías, mensajes y personas, comienzan a evidenciarse problemas que las actuales tecnologías pondrán claramente al desnudo. Problemas semejantes, aunque con una función radicalmente distinta de las tecnologías en juego: los nuevos sistemas de manejo de la información constituyen un elemento estructural de todas las relaciones

³³ Esta categoría de intelectual de la comunicación hace referencia a una figura histórica, ya que su despliegue tuvo lugar entre fines de los años sesenta y mediados de los años 80'. Este grupo se caracterizaba particularmente por la heterogeneidad de sus orígenes: provenientes de diversas disciplinas teórico-políticas, sobresalían aquellos intelectuales que "proyectaron su labor específica en la crítica cultural y las ciencias sociales hacia una dimensión pública. Zarowsky, Mariano, *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales*, Eudeba, Ciudad de Buenos Aires, 2017 pág. 13

sociales y resumen en su modo de operar –implícito en su misma arquitectura- las formas de control económico y de constitución de consenso.³⁴

Como vimos, el artículo de Schmucler y Mattelart se encontraba dedicado al análisis del desarrollo de las tecnologías de la información en la región en la década del 80'. Su intención fue proponer un estudio que se enfocara en el desarrollo histórico de los sistemas de comunicación, ya que aseguraban que en su genealogía podía encontrarse su significación en la formación histórica del Estado y la sociedad civil.³⁵ Esta apuesta tematizaba su propia colocación intelectual y, a la vez, delimitaba un modo de intervención en el campo al resaltar la importancia del estudio de los sistemas de comunicación como dimensiones clave de la condensación de las representaciones culturales. La tarea del intelectual se actualizaba al interior del paradigma democrático, proyectando una tarea de fondo: una comprensión más “crítica de la cultura conformadora de los presupuestos políticos, ideológicos y científicos” dominantes³⁶. Estos intelectuales se encontraban intentando definir un campo de acción propio de los estudios en comunicación y cultura, siendo la comunicación un objetivo a lograr, “desde la cultura, desde ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales”³⁷. Sus artículos significaban un esfuerzo por ligar la comunicación, entendida como producción permanente, al nuevo paradigma de la democracia, en el intento por construir los estudios en comunicación y cultura como un campo disciplinar institucionalizado y, al mismo tiempo, definir un espacio de acción intelectual legitimado desde donde discutir las políticas de comunicación de la democracia.

En el artículo “Desde la orilla de la ciencia” de Aníbal Ford es posible encontrar las huellas de un proceso de autodefinición del rol intelectual a partir de la reflexión sobre la función de la comunicación en el paradigma democrático. Si bien su posición no es central en la revista, sus ideas se amplificaron con la publicación de su artículo en formato de libro en la editorial Puntosur, la cual formaba parte de las editoriales relevantes del período en el

³⁴ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Telecomunicaciones e informática: inventario para el futuro”, en *Crítica y Utopía* N° 7, 1982, pág. 69.

³⁵ *Ibíd.*, págs. 81-82.

³⁶ Casullo, Nicolás, *Comunicación: La democracia difícil*, Op. Cit., pág. 27.

³⁷ Schmucler, Héctor, “Un proyecto de comunicación/cultura”, en *Comunicación y Cultura*, N°12, México, 1984.

ámbito de las Ciencias Sociales y en espacios de discusión intelectual. Como vimos, el objetivo del texto concentraba sus esfuerzos en delimitar un nuevo espacio de intervención intelectual que no estuviera teñido por un uso elitista del concepto de cultura y que hiciera hincapié en la importancia de articular una política cultural nacional. Para ello, Ford insistía en la necesidad (del intelectual) de “salir a exteriores y escuchar con humildad”³⁸. De acuerdo con Zarowsky, esta actitud de Ford con ciertos “tintes antiintelectualistas” suponía una revalorización de los saberes populares, al atender a ciertas prácticas desprestigiadas por los parámetros jerarquizados de la ciencia, a saber, la memoria, las identidades, la cultura popular y la vida cotidiana. Estas nuevas instancias de conocimiento también presentaban formas de expresión novedosas, como la oralidad y el testimonio, poco atendidas por la ciencia social. Al respecto, Ford afirmaba que debido a la hipervalorización de lo escrito en el marco histórico-cultural, las reglas y los usos de la conversación tanto política como cotidiana se encontraban “desatendidos en la reflexión sobre nuestra identidad”.³⁹

Según Zarowsky, en esta “doble operación político-epistemológica”, es decir, la afirmación de los saberes populares y su autocolocación como actor que interviene desde los márgenes de la ciencia, Ford se representaba un modo de intervención intelectual: en su “ir al pueblo”, el autor apelaba a lo popular “como fuente de saber, al mismo tiempo que a la capacidad del crítico en tanto intérprete directo, como fuente de legitimidad”⁴⁰. Zarowsky define este movimiento como “el giro populista de Ford”, quien no admitía saberes extranjeros ni un aparato conceptual preexistente. En sus palabras:

Pareciera que los razonamientos sobre la cultura popular constituyen el ingreso a una “espiral infinita”. Difícil encajonarlos en las pautas de la investigación clásica. Autoincluyen al investigador y cruzan sujeto con objeto de estudio. Lo comprometen con su práctica laboral, con su práctica política, con su biografía personal. Levantan saberes no institucionalizados: en el juego, la acción, la decisión, la fiesta, la comunicación oral y aún no verbal, las prácticas significantes, la relación con el contexto, la elaboración del consenso, la concepción del hombre y del mundo. Y aún saberes especiales: en torno del territorio, la sociedad, el gobierno,

³⁸ Ford, Aníbal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, pág. 50.

³⁹ *Ibíd.*, pág. 52.

⁴⁰ Zarowsky, Mariano, *Los estudios en comunicación en la Argentina*, *Op. Cit.*, pág. 106-107.

los trabajos, la naturaleza. Someten a un proceso de retroalimentación positiva no sólo de la cultura como “sector” sino también, y fundamentalmente, a la teoría o a la concepción de lo político, de lo social. Y esto mediante procesos en los cuales muchas veces se destruyen “sentidos” trabajosamente elaborados.⁴¹

Es interesante aquí poner de relieve de qué manera la tensión *especialización del saber-saberes populares* tenía lugar en *Crítica y Utopía* bajo el marco del paradigma democrático. En este pasaje, Ford señalaba la importancia de los saberes no institucionalizados en tanto discursos en donde se encontraban los elementos para configurar una nueva cultura y una nueva identidad nacional. Los espacios micro-sociales y los saberes cotidianos se configuraban, según el autor, como fuentes de saber siendo el intelectual un actor legítimo para su interpretación y para la expresión de su diversidad en la lucha por la imposición de los sentidos sociales. Esta postura epistemológica contrasta con aquella presentada en la revista por el núcleo de intelectuales liderados por Francisco Delich, quienes insistían en la formalización del lenguaje como rasgo que definía el compromiso del intelectual con su actividad. Paradójicamente, los estudios en comunicación se reorganizaban de cara a un proceso de normalización e institucionalización de la disciplina. En efecto, mientras que Ford planteaba el espacio de intervención del intelectual como una apuesta en los márgenes de la ciencia, su artículo surgía como producto de su intervención en el Segundo Seminario de la Comisión de Comunicación organizado por CLACSO, en septiembre de 1983. Es interesante observar de qué manera, a pesar de intentar posicionarse por fuera de los parámetros de la ciencia hegemónica, su intervención en CLACSO daba cuenta de una fuerte tendencia hacia la búsqueda de un respaldo institucional que permitiese y propiciase el debate en torno a la dirección de las políticas culturales en el gobierno democrático que estaba por surgir.

Es interesante observar que, en paralelo, en noviembre de 1983, en el seminario “Televisión: Libertad política o proyecto cultural” organizado por Nicolás Casullo desde la oficina del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET) en Buenos Aires, varios intelectuales de la comunicación, entre ellos Ford, discutieron acerca de la importancia de abrir el debate en torno a la relación entre democracia y comunicación

⁴¹ Ford, Aníbal, “Desde la orilla de la ciencia. Acotaciones sobre identidad, información y proyecto cultural en una etapa de crisis”, *Op. Cit.*, pág. 56

social. Allí, uno de los planteos que recorrió las intervenciones de los seminarios se concentraba en discutir los nuevos contenidos de la comunicación social y las expectativas de cambio en tiempos de democracia, junto con renovar la idea de “la figura profesional en relación a las reformulaciones del modelo comunicacional”.⁴² De acuerdo con Casullo, pensar la comunicación suponía comprenderla en tanto política, mensaje y también representatividad social en términos democráticos y, por lo tanto, el rol del intelectual de la comunicación debía discutirse desde estos parámetros con el objetivo de convertir “la democracia comunicacional en un imprescindible cambio comunicacional”.⁴³ En esta línea, Ford argumentaba en dicha reunión que a comienzos de los años 80 se estaba constituyendo un paquete entre cultura, comunicación y política, que configuraba una nueva manera de apreciar lo cultural.⁴⁴ Esto suponía, de acuerdo con el autor, “ingresar culturalmente a los sectores no culturales”, siendo tarea fundamental del intelectual trabajar en nuevas formas de entender la comunicación atravesada por el ideario democrático, posibilitando la intervención y participación de nuevos actores sociales en la construcción de las significaciones sociales que circulaban en la sociedad.

La intervención de Oscar Landi en *Crítica y Utopía* también contribuía a consolidar la emergencia de una renovada función del intelectual a partir de su reconsideración del concepto de comunicación en relación con la cultura y la política al interior del paradigma democrático. Como ya hemos relevado en el capítulo anterior, su artículo publicado en el número 10/11 de *Crítica y Utopía* apuntaba, en la misma sintonía que Ford, a legitimar el universo de las prácticas de la cultura popular, sus creencias y sus diversas estrategias puestas en práctica en la vida cotidiana como mecanismos de resignificación del discurso oficial. De esta manera, la necesidad de elaborar una política cultural nacional en el marco de la transición democrática también suponía organizar los modos de intervención intelectual para que dicha actividad lograra sortear “el corporativismo implícito en algunos

⁴² Casullo, Nicolás, *Comunicación: La democracia difícil*, Op. Cit., pág. 52.

⁴³ *Ibíd.*, pág. 202.

⁴⁴ Ford, Aníbal, “Periodistas y medios”, en Casullo, Nicolás, *Comunicación: la democracia difícil*. Buenos Aires, Op. Cit., pág. 87.

intelectuales” que, frente al análisis de la cultura popular, solían otorgarse el poder de definir qué es y qué no es cultura.⁴⁵

La transición hacia la democracia se presentaba, según el autor, como una oportunidad para recomponer el campo cultural nacional. Sin embargo, a diferencia de Ford, Landi hacía hincapié en la posibilidad de consolidar la comunidad académica y fortalecer las instituciones del pensamiento para la reconstrucción de un campo cultural a partir de la revalorización del ideario de la democracia política. De manera simultánea, la apuesta por la democracia como sistema político significaba por parte de la intelectualidad una estrategia de construir su propio poder simbólico. Escribe Landi: “La consolidación de la democracia requiere la formulación de un nuevo *campo intelectual*”⁴⁶. Al mencionar este concepto, Landi dedicaba una extensa nota al pie para desarrollar su definición. Sin hacer ninguna referencia explícita a Pierre Bourdieu, el autor definía al “campo intelectual” como un espacio donde se estructuraban posiciones y jerarquías diferentes a partir de la división social del trabajo. No obstante, el rasgo que Landi se interesó por resaltar fue la capacidad de autonomía de funcionamiento del campo “respecto de la economía, la política y la vida social”, no sólo por la especificidad de la producción de sus bienes simbólicos sino, escribía el autor, porque el campo intelectual podía “determinar, hasta cierto punto, sus propios principios de legitimidad y de consagración de la actividad intelectual”⁴⁷.

Es posible observar aquí cierta vinculación de la argumentación de Landi con las posiciones que en *Crítica y Utopía* promovían la necesidad de recrear el campo intelectual a partir de la construcción de instituciones académicas y el desarrollo de un lenguaje especializado. Sin embargo, su argumentación en torno de la función del intelectual presentaba ciertos matices: al afirmar la necesidad de un nuevo principio de organización del campo cultural, que ubique a la cultura popular como su polo dinámico, Landi aseguraba que el intelectual no debía posicionarse por fuera del pueblo si pretendía sortear los obstáculos que presentaba un concepto elitista de la cultura.⁴⁸ En palabras del autor:

⁴⁵ Landi, Oscar, “Cultura y política en la transición a la democracia”, *Op. Cit.*, págs. 85-86.

⁴⁶ *Ibíd.*, pág. 72.

⁴⁷ *Ibíd.*, pág. 89.

⁴⁸ Al respecto, Lenarduzzi señala que, con frecuencia, lo popular se constituía para los intelectuales como una “diferencia irreductible”. Por un lado, el pueblo era aquello que los intelectuales no eran, pero a lo que se

Esto supone evitar falsas opciones entre el intelectual y el especialista por un lado y el pueblo en general por otro. Porque en la Argentina, la gran mayoría de los intelectuales son parte del pueblo, porque lo popular debe ser un principio de organización general y no una subcultura cerrada y porque sus circuitos de producción son complejos y articulan redes insospechadas entre lo especializado y lo no especializado.⁴⁹

Al afirmar que la cultura se encontraba presente en la constitución de la sociabilidad de lo político, Landi definía como tarea primordial del intelectual el desarrollo de una política cultural que se hiciera cargo de la complejidad de la realidad. En relación con el campo político, los intelectuales se encontraban frente a un tema crucial que planteaba la democracia: la definición de un proyecto nacional de cultura que trabajara políticas de comunicación y que lograra mediar la tensión estructural entre “la determinación y ejecución de medidas de gobierno con arreglo a ciertos fines y las condiciones institucionales pluralistas de su elaboración y control”⁵⁰.

Una mirada enfocada en los intelectuales no sólo muestra, en suma, aquello que se estaba discutiendo en la época sino, también, el desarrollo mismo del pensamiento sobre la comunicación y la cultura. El proceso de renovación teórico-conceptual a partir del cuestionamiento de arraigados postulados teóricos y el distanciamiento de las teorías de análisis funcionalistas y estructuralistas estimulaban una fuerte reflexión sobre el concepto de comunicación y la redefinición de su función en el nuevo paradigma democrático. En este marco, aquellos intelectuales que se dedicaron a los estudios en comunicación y cultura participaron de un proceso de renovación de su identidad: la comunicación, pensada dentro los parámetros del paradigma democrático, comenzaba a ser entendida como dimensión del conflicto cultural y por lo tanto, los intelectuales debían lograr dar cuenta de los conflictos e intereses plurales de la sociedad, a fin de garantizar su participación en la disputa por la imposición de las significaciones sociales. En definitiva, la renovación teórica de la materia demandaba cierta especificidad en su función como intelectuales de la comunicación.

debían. Pero además de esta diferencia, Lenarduzzi asegura que había una diferencia: “Lo otro estaba alejado, separado de ellos. Y quizás éste haya sido uno de los tópicos políticos clave que configuraba el discurso de la intelectualidad de izquierda sobre lo popular”. Lenarduzzi, Víctor, *Revista Comunicación y Cultura. Itinerarios, ideas y pasiones*, Eudeba, Buenos Aires, 1998, pág. 62.

⁴⁹ Landi, Oscar, “Cultura y política en la transición a la democracia”, *Op. Cit.*, pág. 85.

⁵⁰ *Ibíd.*, pág. 86.

El advenimiento del paradigma democrático revalorizaba lo político como dimensión insoslayable del conflicto cultural, espacio donde tenía lugar la lucha por la imposición del sentido social. En términos teóricos, la democracia planteaba las reglas para la expresión de la diversidad, la producción y resolución de conflictos entre los sujetos sociales que participarían del régimen democrático. En esta línea, la dimensión política del análisis posibilitaba afirmar el carácter contingente de los sentidos construidos y la necesidad de desarrollar instrumentos conceptuales que permitieran poner los estudios de comunicación al servicio de los procesos de cambio. Para ello, la reflexión teórica en comunicación, pensaba en clave democrática, se caracterizaba por atender las prácticas de resistencia al orden establecido, haciendo hincapié en el rol del receptor. Además, este análisis se enfocaba particularmente en el estudio de las nuevas tecnologías de comunicación y el fenómeno de la transnacionalización de la cultura como dispositivos que podían alterar e influir en la constitución misma de las significaciones sociales.

En medio de este particular clima de época, la voz que asumieron los intelectuales de la comunicación participaba de este proceso de renovación teórico-político y contribuyeron a la emergencia en *Crítica y Utopía* de una renovada representación de la función intelectual y de su espacio de acción. En definitiva, lo que se estaba poniendo en tela de juicio era la posibilidad de proyectar nuevas formas de intervención intelectual a partir de los estudios en comunicación social: la reflexión en comunicación y cultura en el marco del paradigma democrático suponía una suerte de especificidad en su función como intelectuales, al exigir la representación de la pluralidad de los actores sociales en la lucha por la imposición del sentido social. “Una comunicación democrática, una cultura popular, como proyecto de otras relaciones sociales y otra vida cotidiana”, escribían Schmucler y Mattelart, debía “desplegarse en el seno de organizaciones múltiples con auténtica participación”⁵¹. Esto suponía entender la comunicación democrática en tanto política, como un “requisito de las organizaciones de la sociedad civil”.⁵²

En resumen, la emergencia de un renovado modo de intervención intelectual y el proceso de reflexión teórico-conceptual sobre la función de la comunicación participaban

⁵¹ Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor, “Construir la democracia”, *Op. Cit.*, pág. 9.

⁵² *Ibíd.*, pág. 9.

de un cambio de paradigma más amplio, el nuevo paradigma democrático. De esta manera, es posible poner de relieve que la construcción de la figura del intelectual por parte de los intelectuales que participaron en *Crítica y Utopía* presentaba ciertos matices. Si bien se partía desde el marco común del paradigma democrático, se desplegaron distintas posiciones bajo la tensión entre *especialización del saber y saberes populares*, anteriormente señalada. Por un lado, se ubicaban quienes entendían que el rol intelectual se construía a partir de la revalorización de la autonomía de la actividad, el desarrollo de instituciones democráticas desde las cuales intervenir en la esfera pública y abogaban por la consolidación de un lenguaje especializado. Como vimos, este núcleo se identificaba con las posturas del consejo de redacción, que incluía a Francisco Delich, Fernando H. Cardozo y Norbert Lechner y, por lo tanto, podemos señalarla como una posición relevante en la revista. No obstante, al analizar las intervenciones de los intelectuales de la comunicación identificamos ciertas argumentaciones que se diferenciaban de esta última postura. Pensar una comunicación democrática suponía la consolidación de una figura intelectual que atendiera a los saberes de la cultura popular. En esta línea de pensamiento, condensada principalmente en la intervención de Anibal Ford, el saber se encontraba en el pueblo, en sus prácticas, experiencias, costumbres y hábitos cotidianos, siendo el intelectual el actor legítimo para su interpretación y reflexión. Esta perspectiva se distanciaba de la idea de la construcción de un lenguaje especializado como rasgo propio de la identidad intelectual, siendo la fuente de saber los “saberes no especializados”.

De la idea de un proyecto revolucionario popular sobre la vida de los medios de comunicación, se pasa a la actuación abierta de los mismos, en los marcos de la democracia institucional no regida por ningún proyecto, o razón histórica, supremo indefectible. ¿Cambió la realidad o cambiamos nosotros?

Nicolás Casullo

CONCLUSIÓN

A través del análisis de la revista *Crítica y Utopía* exploramos ciertos procesos político-intelectuales significativos en los que se inscribió el campo de los estudios en comunicación y cultura durante el período de transición a la democracia en la Argentina. Intentamos dar cuenta de las distintas líneas de pensamiento que recorrieron el proyecto editorial de la revista, articuladas bajo el concepto *democracia* como nuevo eje ordenador. Buscamos evidenciar las resignificaciones de los discursos de un sector de la intelectualidad que se interesó particularmente por los estudios en comunicación y cultura. Fue a partir de estos objetivos que consideramos las mutaciones identitarias del intelectual en diálogo con la renovación teórico-política de las teorías en comunicación. En definitiva, nos interesó exponer ciertos aspectos relevantes sobre los modos en que se anudaron el proceso de transición democrática, la redefinición del rol intelectual y la reflexión en comunicación, sin por ello suponer que un proceso haya sido consecuencia directa de otro; por el contrario, enfocamos nuestros esfuerzos en atender al análisis de la interacción y articulación de estas tres dimensiones. Intentamos dar cuenta cómo fueron elaborados estos debates en la revista, de qué manera *Crítica y Utopía* expuso los argumentos a lo largo de sus números, destacando las intervenciones de sus principales voces y de los colaboradores que abordaron las temáticas sobre comunicación y cultura.

Teniendo en cuenta que las revistas se nos presentan como una plataforma privilegiada para distinguir los relieves de los debates intelectuales, el análisis de las dimensiones señaladas nos permitió trazar una reconstrucción del intercambio de ideas que circularon en un momento dado. En estas páginas, revisamos de qué manera la democracia se consolidó como el nuevo prisma que atravesó los debates de la época, incluyendo la renovación teórica en materia de comunicación. En efecto, los números de *Crítica y Utopía*

se encontraban organizadas alrededor de este eje temático, lo que le permitió a la publicación ingresar al debate sobre la democracia desde variadas disciplinas. De modo constante, estas elaboraciones se interrogaron por las condiciones sociales necesarias para el advenimiento de este régimen político, acerca de sus fortalezas, pero también de sus debilidades.

En el capítulo uno nos interesamos por el rol fundamental que jugó el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales para el desarrollo de la revista: atentos a su desempeño como institución del conocimiento, identificamos la importancia que esta organización brindó a los intelectuales como espacios de discusión e intercambio académico. La coyuntura de principios de la década del 80' constituyó un período de profundos cambios para una zona de la intelectualidad de izquierda. La crisis del marxismo, las medidas represivas de los gobiernos autoritarios y la experiencia del exilio prepararon el terreno para una renovación teórica. El concepto de democracia comenzaba a ganar espacio mutando en su significado y valorización. En el presente trabajo buscamos, justamente, dar cuenta de las conexiones de este proceso con la renovación de las ideas acerca del rol intelectual, identificando estas problemáticas en su relación con la reflexión sobre la comunicación y la cultura. En la década del 80', la democracia se posicionó como eje articulador de la discusión intelectual latinoamericana; si bien existieron perspectivas que ejercieron sus críticas, el proceso de transición democrática fue recibido con optimismo en las páginas de *Crítica y Utopía*, en paralelo al despliegue del debate sobre la necesidad de renovar la cultura tradicional de izquierda a partir de la reivindicación de una serie de valores: institucionalidad, consenso, pluralismo y heterogeneidad. Estas problemáticas y sus entrecruzamientos fueron elaborados en la revista, constituyendo una suerte de entramado teórico desde el cual se participó de los debates que la época demandaba.

En el segundo capítulo nos preocupamos por recuperar las huellas en *Crítica y Utopía* de este proceso de transformación teórica de los estudios en comunicación. Más allá de la amplia variedad de temáticas, los estudios en comunicación se establecieron como un punto de debate fuerte de la revista no sólo por incluir entre sus autores a intelectuales con larga trayectoria en el campo como Armand Mattelart y Héctor

Schmucler, sino también, por dedicar un número completo a la reflexión sobre la temática. En estas páginas revisamos los modos en que se articularon los principales argumentos sobre tres ejes de problematización bien delimitados, a saber: el vínculo entre comunicación, cultura y política; la inserción de las tecnologías de la comunicación y sus posibles impactos sociales; y, por último, el análisis del fenómeno de la transnacionalización de la comunicación. Producto de relaciones asimétricas entre los sujetos sociales, la comunicación social ingresaba como una dimensión fuertemente conflictiva en el plano de la política y la cultura. Distanciándose del análisis ideológico funcionalista, los artículos publicados en *Crítica y Utopía* concentraron sus esfuerzos en trabajar aquellas ideas que ponían el foco en el momento de la recepción y el papel activo de los actores de la comunicación, incluyéndolos en los procesos de transformación que en la sociedad tenían lugar a partir de la implementación de las nuevas tecnologías de la información y de la internacionalización de la comunicación. Los estudios en comunicación se encontraban en pleno proceso de renovación teórica, marcados por una fuerte tendencia hacia la institucionalización. Realizar un seguimiento de la influencia del pensamiento democrático nos resultó productivo para poder afirmar que la comunicación ingresaba al análisis social como dimensión fundamental: en sus relieves era posible estudiar la lucha por la significación y, por lo tanto, la constitución de la identidad de los sujetos que participarían de los conflictos del orden democrático. Cabe destacar entonces la fuerte vinculación de la comunicación como campo de estudios con el campo de la cultura y la política: basta mencionar las reflexiones sobre el papel material de los sistemas de comunicación en la sociedad, su capacidad de alteración de los mecanismos de constitución del sentido común y las consideraciones sobre la posibilidad de construir una significación divergente. La comunicación, en definitiva, se volvía una apuesta de los procesos de cambio democrático.

En el tercer capítulo, entonces, nos dedicamos al análisis de las relaciones entre la conformación de un nuevo paradigma democrático, la nueva reflexión teórica sobre la comunicación y la emergencia de una renovada concepción sobre la intervención intelectual. Sin ser uno resultado directo del otro, es posible afirmar que estos tres fenómenos se vincularon en un proceso interacción recíproca, configurando una suerte de sensibilidad o constelación conceptual; introducirnos en el análisis de sus relieves nos ha permitido visibilizar los nexos que se establecieron entre estos procesos. Para ciertas

tendencias (recordemos la postura del consejo de redacción, condensada a través de las intervenciones de Delich) la defensa de la autonomía de las prácticas propiamente intelectuales y el desarrollo de un lenguaje específico expresaba un compromiso con la identidad intelectual y con el desarrollo de las Ciencias Sociales. Estos posicionamientos convivían en la revista con otras corrientes minoritarias más vinculadas a la tradición populista, que concebían el saber popular como fuente privilegiada para el estudio de las transformaciones sociales. Sin embargo, y aquí un punto paradójico, ambas tradiciones se desarrollaron bajo el mismo paradigma: la necesidad de debatir en clave democrática los conflictos sociales.

La revalorización del ideario de la democracia ha provocado distintas reacciones al interior de la intelectualidad de izquierda, haya sido éste abrazado con optimismo o percibido con cierta desconfianza. Desde este punto de vista, creemos que un aporte de este trabajo ha sido evidenciar la emergencia de una innovadora propuesta de intervención por parte de los intelectuales que han trabajado temáticas del campo de la comunicación y la cultura a comienzos de los años ochenta. En su especificidad como intelectuales de la comunicación, es posible identificar una tendencia a fomentar mayores canales de participación y expresión de las pluralidades, como forma de intervención política en la lucha por la construcción de una significación divergente: el diseño de las políticas públicas de comunicación se convirtió en un punto central del debate intelectual.

Para finalizar apuntamos que, naturalmente, numerosas ideas y preguntas siguen abiertas e indican un camino para líneas de investigación futuras. Brevemente, señalamos que queda pendiente profundizar en el desarrollo del curso de la revista *Crítica y Utopía* a partir de los años 80' y la instauración del paradigma neoliberal en el país, así como también ampliar la investigación del itinerario de los intelectuales que llevaron adelante su proyecto editorial. También explorar de qué manera se desarrollaron los debates en torno a la democracia una vez instalado el gobierno democrático. Por otro lado, en lo que respecta al análisis de los estudios en comunicación en la Argentina, sería interesante analizar la configuración de la identidad del intelectual en comunicación durante la década de los noventa, una vez consolidado el régimen democrático y el neoliberalismo. Finalmente, otra línea posible de exploración consistiría en poner en relación las reflexiones sobre

comunicación y cultura del período desplegadas en otras revistas a fin de complejizar la reconstrucción del campo de posiciones teóricas e intelectuales del período.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

ACHA, Omar, *Cambiar de ideas. Cuatro tentativas sobre Oscar Terán*, Buenos Aires, Prometo Libros, 2017.

ALABARCES, Pablo, “Un destino sudamericano. La invención de los estudios sobre cultura popular en la Argentina”, en *Revista Argentina de Comunicación*, Año 1, N°1, 2006.

ALTAMINANO, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2013.

— *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2011.

ALTHUSSER, Louis, “Marxismo y Humanismo”, en *La revolución teórica de Marx*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1967.

ARICÓ, José, “Pasado y Presente”, en *Pasado y Presente*, N°1, Córdoba, abril-junio, 1963.

BAUMAN, Zygmunt, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Quilmes, 1997.

BARBERO, Jesús Martín, “Comunicación popular y los modelos transnacionales”, en *Revista Chasqui*, N°20, 1986.

BOURDIEU, Pierre, “Los usos del pueblo”, en *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa, 1996.

BURGOS, Raúl, *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.

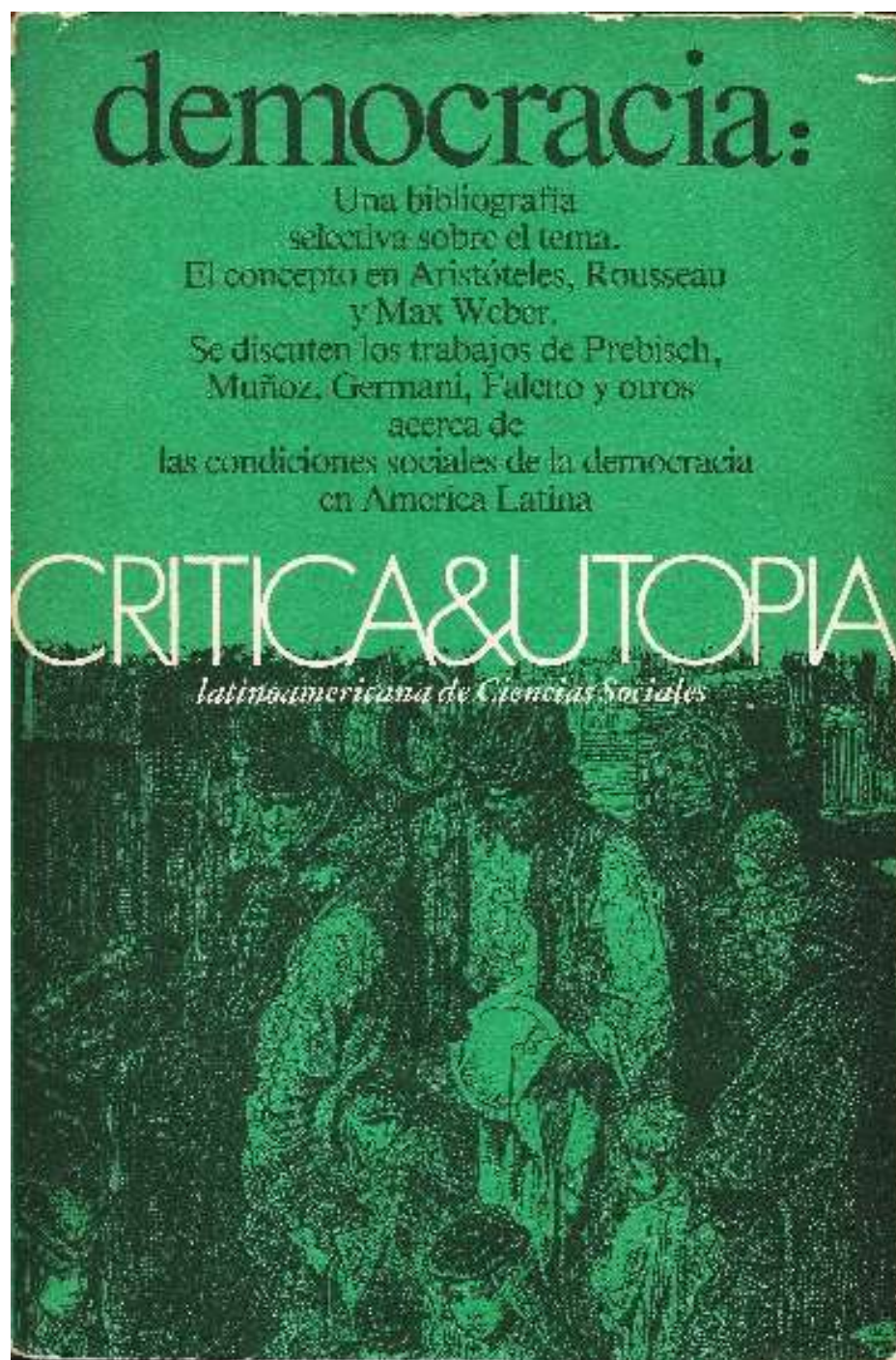
- CALETTI, Sergio, “Reflexiones sobre teoría y cambio social”, en *Comunicación y Cultura*, N°10, México, 1983.
- CALETTI, Sergio, y CASULLO, Nicolás, “El socialismo que cayó del cielo”, en *Controversia* N°14, México, 1981.
- CASCO, José María, “El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983”, en *Íconos*, N°31, mayo, 2008.
- CASULLO, *Comunicación: La comunicación difícil*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1985.
- “Materiales sobre Polonia (Solidaridad y los medios de comunicación)”, en *Comunicación y Cultura* N°8, México, 1982.
- FORD, Aníbal, “Teórico 1 (13/9/1973)”, en *30 años después. 1973: las clases de Introducción a la Literatura y otros textos de la época. Política, comunicación y Cultura*, La Plata, Ediciones de Periodismo y Comunicación (UNLP), 2004.
- “La utopía de la manipulación”, en revista *Contraseña*, N°1-2, diciembre. 1982.
- “Jauretche: un modo nacional de ver las cosas”, prólogo a Jauretche, Arturo, *La colonización pedagógica y otros ensayos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982.
- “Respuesta a una encuesta, “Literatura y crítica: una encrucijada, una encuesta (primera parte)”, en *Revista latinoamericana*, n°2, junio 1973.
- “Literatura, crónica, periodismo”, Buenos Aires, *Capítulo Universal* CEAL, (serie “Literatura contemporánea”), 1971.
- FREIBRUN, Nicolás, *La reivindicación de la democracia. Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2014.
- GARATEGARAY, Martina y REANO, Ariana, “Apuntes para una historia intelectual de la transición democrática”, en revista *A Contracorriente*, vol. 14 n°2, 2017.
- “Democracia, intelectuales y política”, en revista *Estudios*, n°29, enero-junio, 2013.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor, “Cultura transnacional y culturas populares en México”, en *Cuadernos Hipanoamericanos*, N°431, 1986.
- GONZÁLEZ, Horacio, *Los días de la comuna. Filosofando a orillas del río*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

- IDEZ, Ariel, *La revista Sitio y las figuras del intelectual sobre el fin de la dictadura*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, 2017.
- LACLAU, Ernesto, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Ediciones Nuevas Visión, Buenos Aires, 1993.
- LANDI, Oscar, *Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.
- LECHNER, Norbert, “De la revolución a la democracia”, en *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*, Chile, FCE, 1988.
- LENARDUZZI, Víctor, *Revista “Comunicación y Cultura”. Itinerarios, ideas y pasiones*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- LESGART, Cecilia, *Usos de la Transición a la Democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*, Homo Sapiens Ediciones, Santa Fe, 2003.
- MANGONE, Carlos, “El santo oficio de los intelectuales”, en *La Bizca* N°3, Buenos Aires, 1985.
- MATTELART, Armand y SCHMUCLER, “Construir la democracia”, en *Comunicación y Cultura*, N°12, México 1984.
- *América latina en la encrucijada telemática*, Buenos Aires, Editorial Paidós, 1983.
- MATTELART, Armand y MATTELART, Michèle, *Pensar los medios. Comunicación y crítica social*, Éditions La Découverte, Paris, 1986.
- MURARO, Héctor, “Prólogo”, en Ford, Aníbal, Rivera, Jorge, Romano, Eduardo, *Medios de comunicación y cultura popular*, Buenos Aires, Legasa, 1985.
- PATÍÑO, Roxana, “Revistas literarias y culturales argentinas de los 80”, en *Ínsula*, núm. 715-716, Barcelona, 2006.
- “Narrativas políticas e identidades intelectuales en Argentina (1990-2000)”, LASC, University of Maryland, 2003.
- *Intelectuales en transición. Las revistas culturales argentinas (1981-1987)*, San Pablo, Cuadernos de Recienvenido, Universidade de Sao Paulo, 1997.
- PATÍÑO, Roxana y SCHWARTZ, Jorge, “Introducción”, en *Revista Iberoamericana*, núm. 208-209, Pittsburgh, 2004.
- PORTANTIERO, Juan Carlos, “La última entrevista a José M. Aricó”, en *Estudios* N°5, Córdoba, CEA, 1995.

- RINESI, Eduardo, *¿Cómo te puedo decir? Notas sobre el pensamiento de Oscar Landi*, Buenos Aires, Ediciones Colihue, 2013.
- RIVERA, Jorge, “La otra orilla de la ciencia”, en *La investigación en comunicación social en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.
- RUSSO, Juan, “Pensar y hacer la democracia, sobre Francisco Delich”, en *Estudios* N°36, Universidad Nacional de Córdoba, 2016.
- SARLO, Beatriz, “Raymond Williams: una relectura”, en *Punto de Vista* N° 45, abril, 1993.
- “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”, en revista *América: Cahiers du CRICCAL*, vol. 9-10, 1992.
- “Intelectuales: ¿Escisión o mimesis?” en *Revista Punto de Vista* N°25 diciembre, 1985.
- SCHMUCLER, Héctor, “Construir la democracia”, en *Comunicación y Cultura*, N°7, México, 1987.
- “Un proyecto de comunicación/cultura”, en *Comunicación y Cultura*, N°12, México, 1984.
- “Apuntes e interrogantes para reflexionar sobre política”, *Controversia*, n° 11-12, México, 1981
- “La investigación (1975): ideología, ciencia y política”, *Comunicación y Cultura*, N°4, 1975.
- “Donald y la política”, en Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al Pato Donald*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002 [1972].
- SIGAL, Silvia, *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.
- STRASSER, Carlos, “Francisco José Delich (1937-2016)”, en *Revista Uruguay de Ciencia Política* Vol. 25 N°2, ICP, 2016.
- WILLIAMS, Raymond, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 2000.
- ZAROWSKY, Mariano, *Los estudios en comunicación en la Argentina. Ideas, intelectuales, tradiciones político-culturales (1956-1985)*, Ciudad de Buenos Aires, Eudeba, 2017.

- “De Los Libros a Comunicación y cultura. Praxis editorialista y proyecto intelectual en el itinerario de Héctor Schmucler”, en *La Trama de la Comunicación*, vol. 20, n°1, junio 2016.
- “Del exilio a los nuevos paradigmas: los intelectuales argentinos de la comunicación en México (de Controversia a Comunicación y cultura), en *Comunicación y sociedad*, Universidad de Guadalajara, México, N°24, julio-diciembre de 2015.
- “Vanguardia, comunicación y populismo: itinerario intelectual de Aníbal Ford (notas para una historia de la comunicología argentina)”, en *Sociedad*, n° 32, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, octubre 2013.

ANEXO

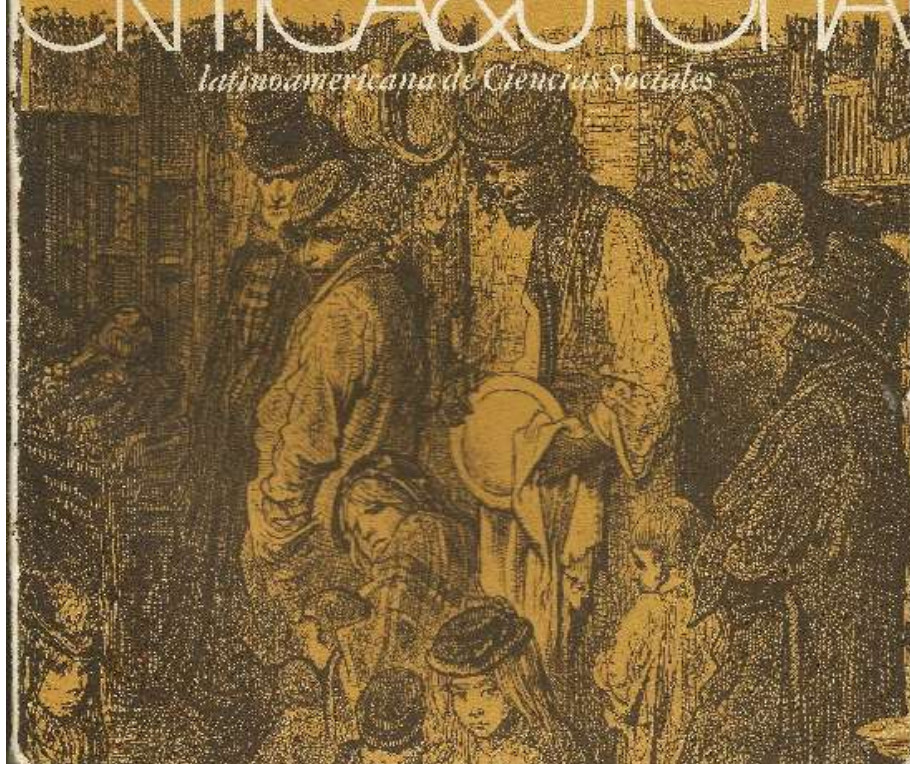


1979, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°1

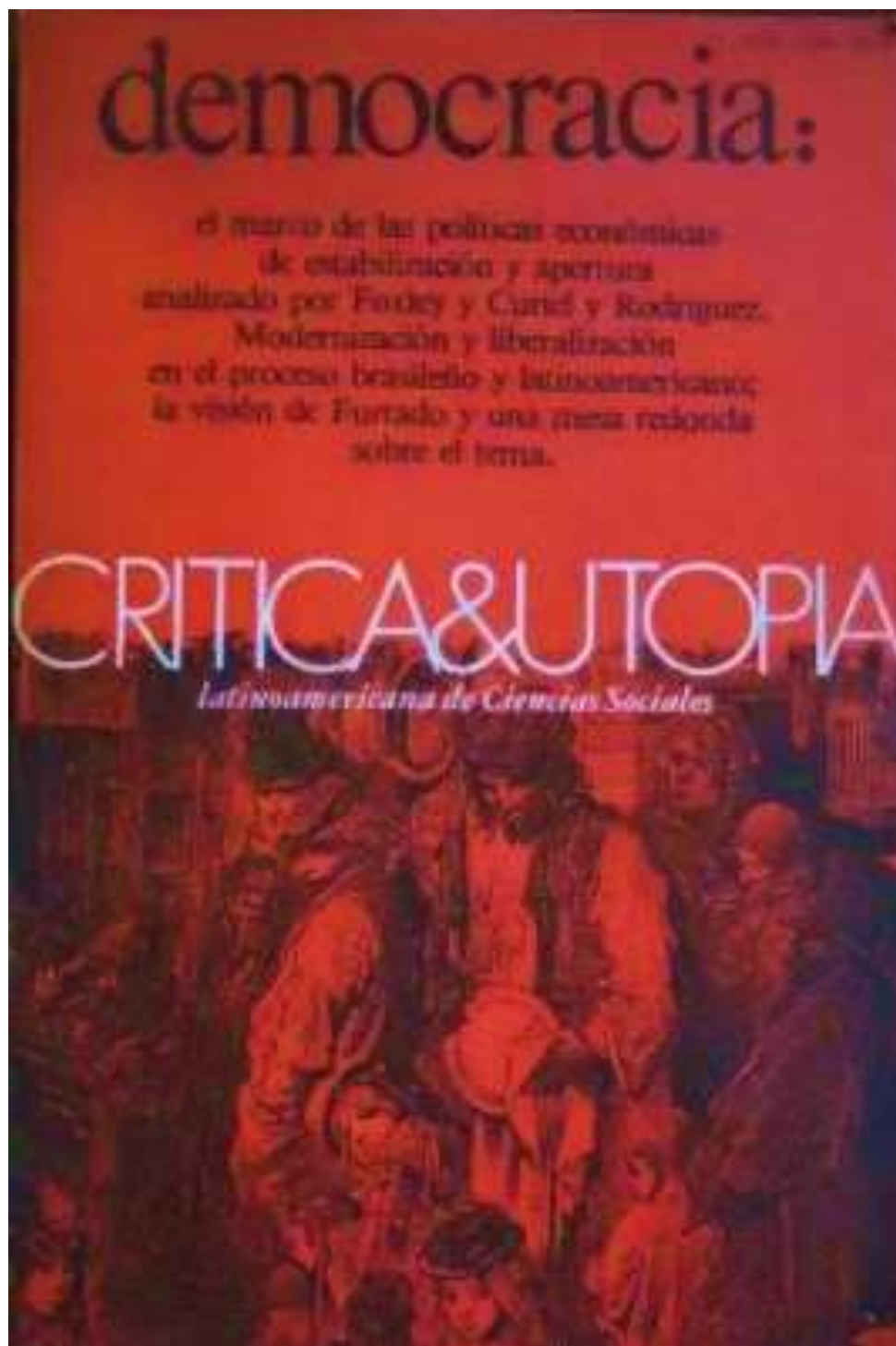
democracia:

Germán Rama
señala su relación con Educación.
Silva Michelena
con el mundo y
Reyna con los sindicatos.
Los clásicos: Locke y Pareto

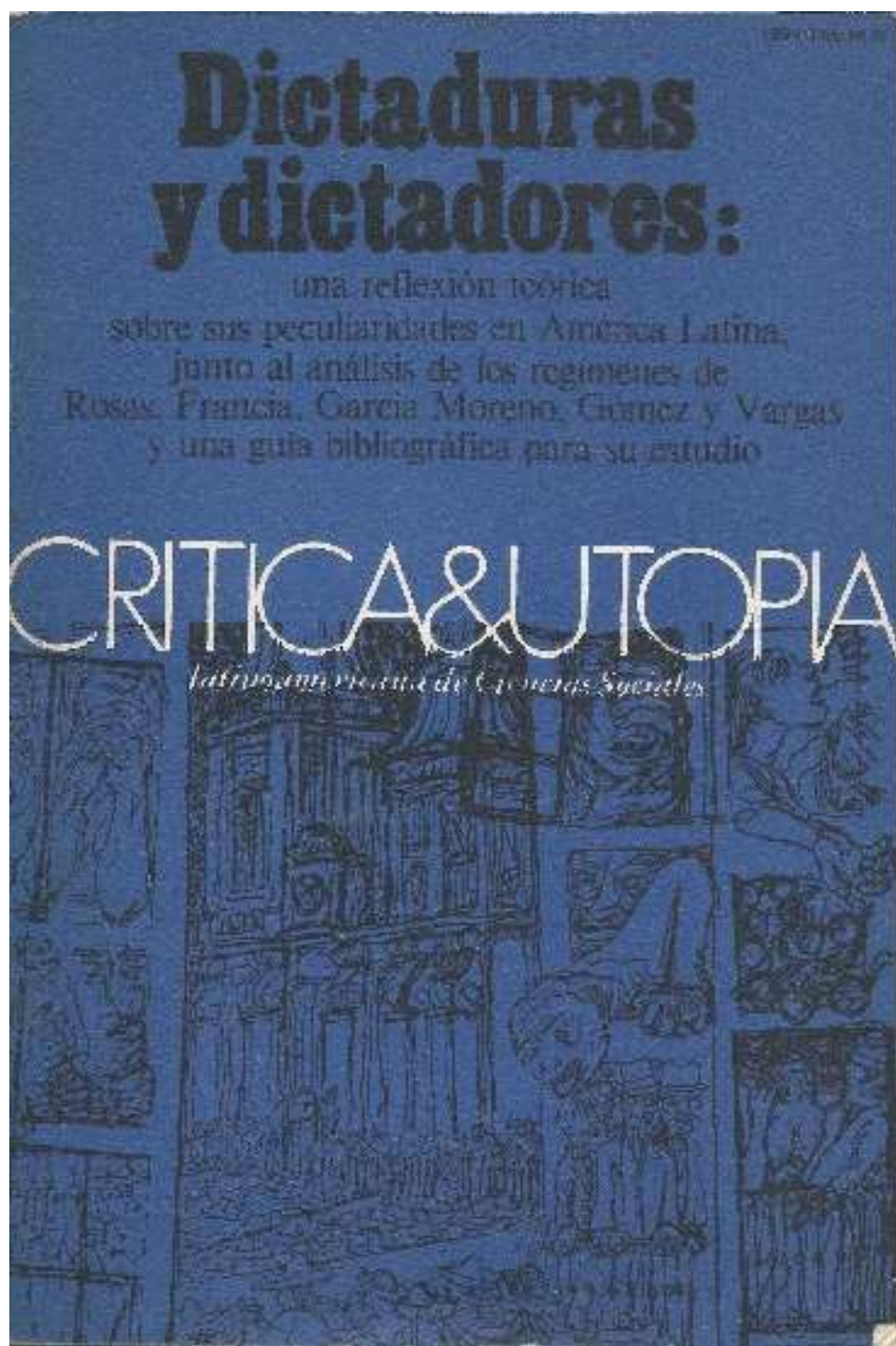
CRÍTICA & UTOPIA
latinoamericana de Ciencias Sociales



1980, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°2



1981, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°4



1981, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°5

ISSN 0326-9675

Sociedad civil y autoritarismo

el problema
de la participación política y social
en América Latina
ante los proyectos neoliberales y
las transformaciones que éstos inducen.

CRÍTICA & UTOPIA

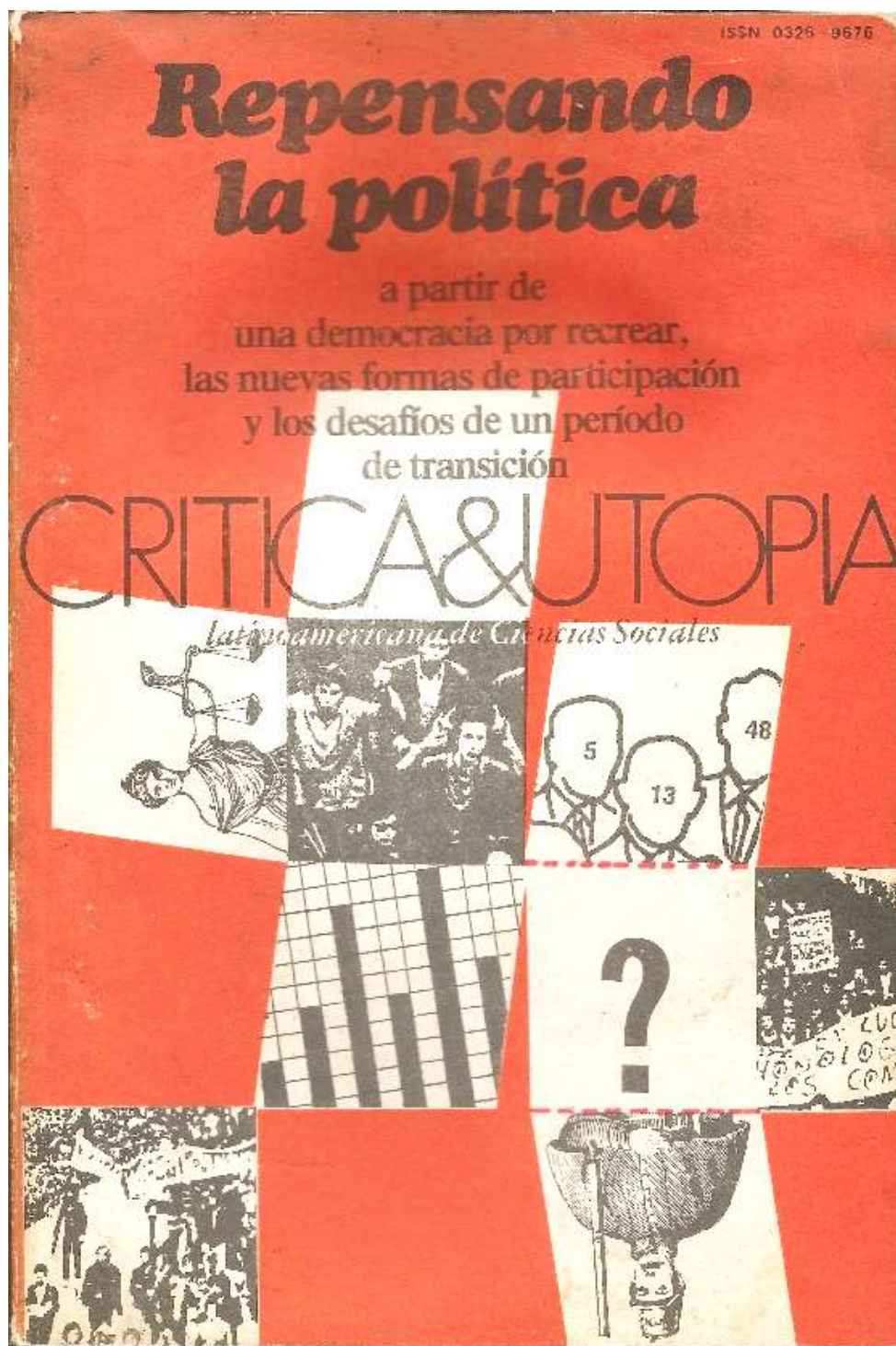
Latinoamericana de Ciencias Sociales



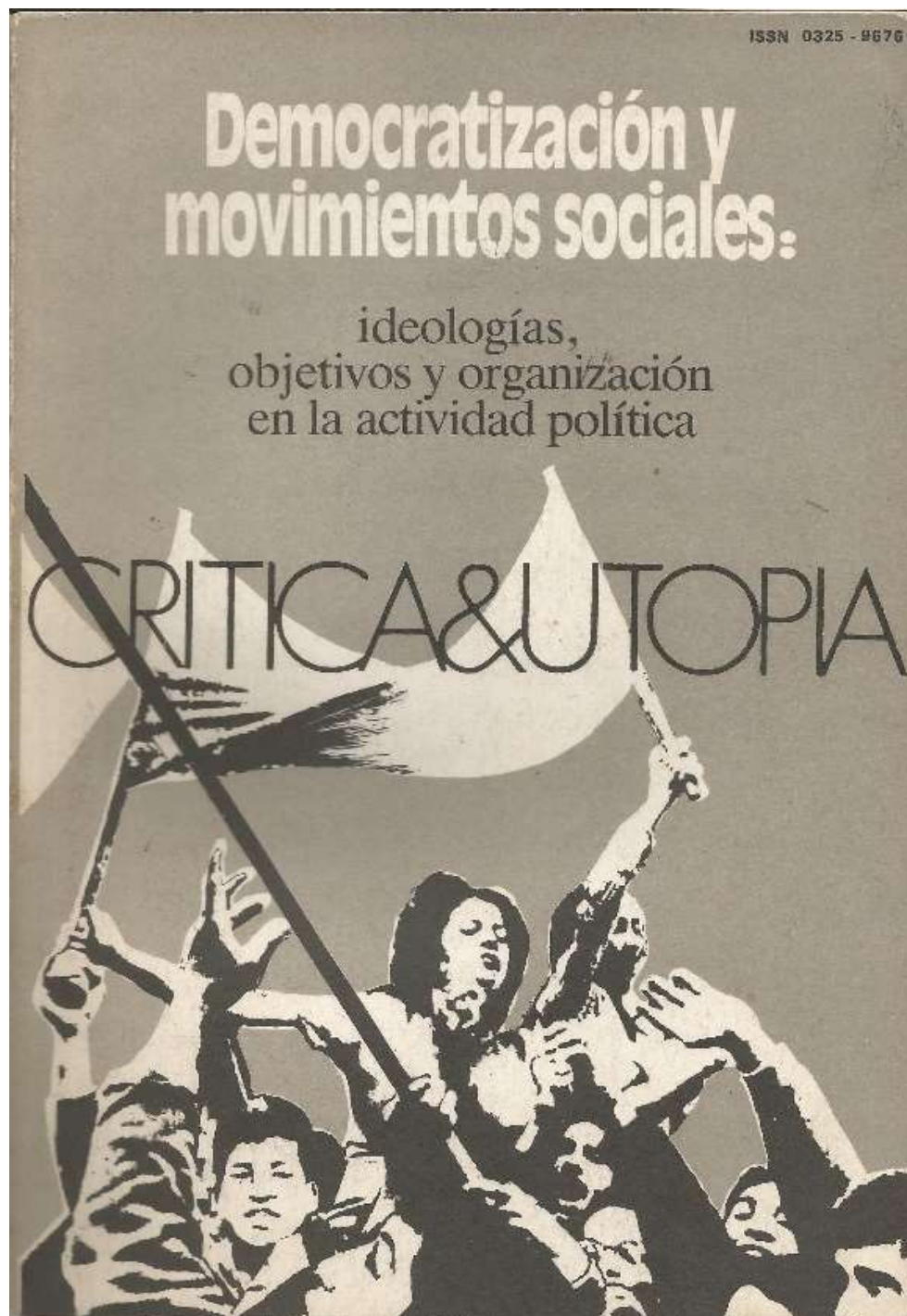
1982, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°6



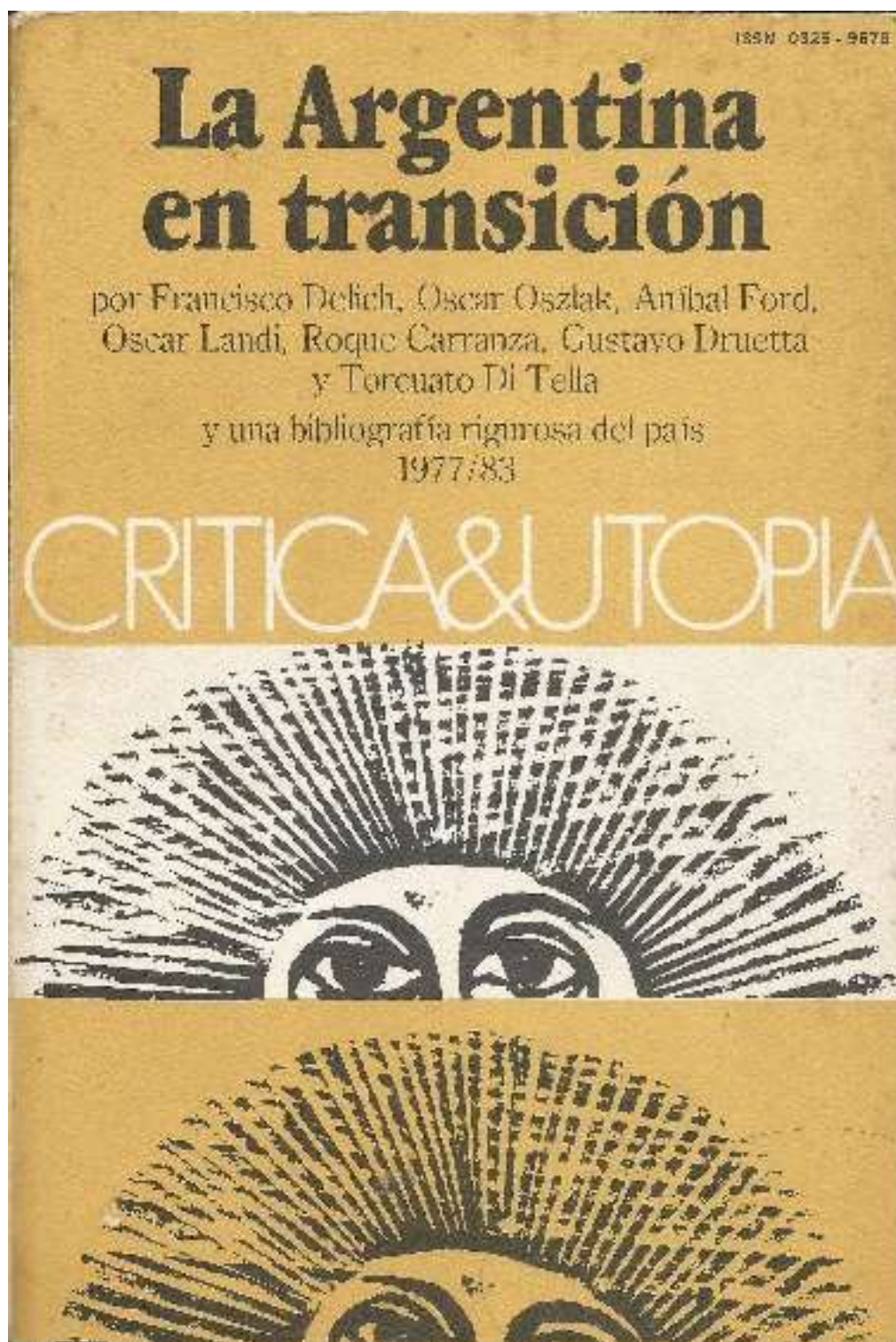
1982, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°7



1982, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°8



1983, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°9



1983, Tapa de Revista *Crítica y Utopía* N°10/11